



hay vida
más allá
de los polos
(conversación
sobre otra Venezuela)

josu landa
julio bolívar

Fondo Editorial
del **Caribe**

MALTIEMPO
REFLEXIONES

hay vida más allá de los polos

conversación sobre otra Venezuela

Multiempo Editores
Fondo Editorial del Caribe

1ª edición, 2019

© Josu Landa, 2019

© Maltiempo Editores, 2019

undiaunviajero@gmail.com

© Fondo Editorial del Caribe, 2019

fondoeditorialdelcaribe@gmail.com

Depósito legal

DC2019001393

ISBN

978-980-18-0727-8

Edición al cuidado de:

Julio Bolívar

Fidel Flores

Diagramación y diseño:

Fidel Flores

Fotografía de portada:

Julio Bolívar

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

hay vida más allá de los polos

conversación sobre otra Venezuela

josu landa
julio bolívar

Males como estos [las guerras], tan enormes, tan horrendos, tan salvajes, cualquiera que los considere con dolor debe reconocer que son una desgracia. Pero el que llegue a sufríroslos o pensarlos, sin sentir dolor en su alma y sigue creyéndose feliz, está en una desgracia mucho mayor: ha perdido hasta el sentimiento humano.

San Agustín, *La ciudad de Dios*, vol. V, lib. XIX, cap. 12.

Ahí viene Quetzalcóhuatl. / Viene con las cuatrocientas voces del zenzontle al amanecer. / Viene con el caracol del viento. / Viene con las flores. / Viene con el vuelo del águila. / Viene con las plumas luminosas de Xochiquétzal. // Se oye el brotar de nuevos corazones. / Se oye el despuntar de las milpas tras la lluvia. // La serpiente de áureas escamas / se lleva las sombras de Mixcóhuatl y Huitzilopochtli. // Amigos míos: / ya se asoma Quetzalcóhuatl con los colores del alba, / ya viene el tiempo de gozar.

Príncipe Tlacahuepan, «Sartal de flores», en *Romances de los señores de la Nueva España* (Apéndice Teotihuacano).

Recordad lo dicho por el gran Poseidón a los estrategos que urdían la guerra de Troya: «Reventaréis todos, a causa de la guerra». Recordad lo dicho por Casandra, que todo hombre de bien debe evitar la guerra. Recordad lo que todo hombre sensato ha constatado en cada guerra, que al final de la contienda no es posible distinguir entre vencedores y vencidos. La guerra es la derrota de todos.

Ninfodoro de Melos, Notas preparatorias para los diálogos con los delegados del imperio ateniense, durante la guerra del Peloponeso. (Probable fuente de inspiración de *Las Troyanas*, de Eurípides y del lib. V o VI de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, de Tucídides).

Si se mira rectamente, para cobrar fama de hombre justo, hay que aplicarse a tratar con amplitud y generosidad a los propios súbditos, a infundir confianza en sus propias legiones y, con eso, capacitarse para ayudar a los ejércitos de otros gobernantes. De esa manera, no tendrán enemigos en el mundo y los beneficios serán incalculables para todos.

Que los reyes y altos funcionarios no sepan servirse de estos grandes bienes es por ignorar lo que es lo más urgente y necesario en el mundo.

Mo Ti, *Política del amor universal*, «Condena de toda agresión armada III», p. 79-80.

La conversación que se registra en estas páginas se produjo en Caracas, entre la segunda quincena de mayo y la primera de junio de 2019.



vivir la filosofía, pensar la política venezolana

Julio Bolívar: *Josu, eres el autor de obras dedicadas a la filosofía, particularmente Sócrates, Platón, los estoicos, el epicureísmo, Marx, la poesía, la narrativa... Vienes a menudo a Venezuela por razones académicas y familiares. Este año tienes una visita un poco más dilatada, para promover la ética, impartir un curso en UCV y hacerte cargo de varios asuntos académicos, dar conferencias, leer poesía como de costumbre. Pero ahora, has participado en varios medios mostrando tus preocupaciones por la vida política nacional. ¿Por qué ahora quieres hablar de la situación nacional?*

Josu Landa: En realidad, nunca me he desentendido de la situación venezolana. Siempre me ha dolido el país. Lo que pasa es que me parece poco ético hablar del país desde fuera. He sido bastante prudente. Solo en ocasiones extremas he movido algún comunicado, para tratar de evitar una confrontación que llegue a la guerra civil. Por lo general, emito mis opiniones en privado. En esta ocasión, decidí dedicar la mitad de mi año sabático a actividades académicas, aquí en el país, y claro esto me pone en relación directa con lo que sucede y pienso que eso me da un poco más de «autoridad», para hablar de Venezuela. Ahora, siento más la necesidad de levantar la voz, porque como filósofo me interesan mucho las bases de reflexión y de sustentación teórica y ética de la política, máxime en un país con los graves problemas que enfrenta el nuestro.

Aclaro, de una vez, que no milito en ningún partido y no tengo compromiso con ningún gobierno ni fuerza política alguna. Mi única militancia está en la poesía y en la filosofía,

o sea, consagro mi vida a un amor ferviente por la verdad. Y si, por si acaso, alguien quisiera saber cómo se come Josu Landa —cosa que seguramente a nadie le importa un comino— diría que trato de ser un simple socrático menor.

JB: *Antes de entrar definitivamente al «tema país», me gustaría que definiras qué es ser filósofo para ti.*

JL: Asumo la filosofía como un modo de ser y de estar en el mundo; no tanto como una carrera, una profesión, que también lo es. Entiendo la filosofía en un sentido clásico riguroso: como una forma de vida, que se distingue por comprometerse plenamente con la búsqueda de la verdad y con el ejercicio de la razón, para vivir bien en este mundo. Todo lo demás son elementos accesorios: la carrera, la facultad, las clases, los libros... Cualquiera puede ser filósofo, si asume esa idea del amor ardiente por la verdad.

JB: *Por cierto, este es un país donde todo el mundo proclama tener la verdad. Aquí hay dos sectores claramente definidos y enfrentados y cada uno cree poseer la verdad. ¿Qué observarías tú sobre esto?*

JL: Quisiera agregar un punto sobre mi idea de la filosofía: le asigno un fuerte compromiso político a la vida filosófica. Ha habido filósofos que, con toda legitimidad, se apartan de la política. Pero también ha sucedido que grandes filósofos han considerado a la política como el centro de la filosofía, tras constatar que el ser humano es un ser sociable, un ser comunitario, un ser político.

JB: *Un animal político...*

JL: La famosa definición de Aristóteles significa que el ser humano pertenece a la polis, que no puede vivir si no es en una comunidad; no que sea alguien que se dedique a la política partidista. En determinadas situaciones históricas, ha habido filósofos que han desdeñado la comunidad deliberadamente y con razones, por asumirse como ciudadanos

del universo. El cosmopolitismo es una postura bastante temprana y legítima, que de todas maneras mantiene el principio de la pertenencia humana a determinada comunidad. Así que, a su modo, también es político. Hay, pues, una cosmopolítica. Para mí lo idóneo es colocarse en esa perspectiva universal, desde anclajes nacionales concretos. Como sea, no hay manera de zafarse de la política, aunque tampoco se justifica reducir todo a política.

división social, polarización política

JB: *Se trata de una idea mucho más amplia de la política...*

JL: Claro. Es cuestión de tener en cuenta a la persona, a la comunidad y al orden cósmico. Y eso implica asignarle un grave compromiso a la filosofía: pensar las vías de una política justa para cada individuo y para los colectivos humanos, en el plano de la realidad universal. Así que una filosofía que no aporte algo a una política sana, constructiva, con un sentido humano, es una filosofía que no sirve. Esa convicción explica que acepte dialogar contigo sobre el país: me mueve la esperanza de poder aportar algo positivo desde la filosofía. Ahora, volviendo al punto de tu pregunta, efectivamente hay un hecho notorio indiscutible que es una extrema polarización: el enfrentamiento extremo y sistemático entre dos grandes bloques que creen tener la razón.

El país está escindido en dos grandes polos irreconciliables, pero eso refleja algo más grave: una profunda división social, en términos de una polarización de la vida política cotidiana. Y eso nos pone de nuevo ante un fenómeno muy humano que solemos olvidar. Uno de los grandes problemas humanos es que creemos que sabemos sin saber (esa era la gran preocupación de Sócrates, cuando procuraba corregir los procesos de producción de verdad), pero la otra confu-

sión perniciosa es que todos creemos que, al actuar, estamos actuando bien. En general, pensamos que nuestra acción se sustenta en una corrección teórica, técnica, política, ética... Es muy poco frecuente que alguien haga algo a sabiendas de que está mal. El que actúa en un sentido y sus oponentes coinciden en que todos creen estar en lo correcto. El problema está en las divergencias de interpretación, de interés, de carácter. Eso explica la discordia. La discrepancia me parece un fenómeno natural e indiferente; es decir, puede ser constructiva o destructiva. Si tenemos conciencia de todo eso, buscamos el equilibrio, el acuerdo. Lo que pasa es que hay gente que cree que está bien una política polarizada y de hecho proclama una polarización de la política deliberadamente. Es ahí donde hay que hacer un esfuerzo supremo por dejar atrás, no solo la polarización política, sino también la división social. Además, hay que advertir que la polarización viene acompañada de un curioso acuerdo entre los opuestos: todos están inconformes con la situación existente y, en consecuencia, todos coinciden en la necesidad de cambiarla.

coincidentia oppositorum: **todos queremos un cambio político**

JB: *Claro. Es evidente que los diferentes grupos políticos plantean la necesidad de cambiar; unos, cambiar el gobierno; otros, cambiar los planes, los programas, no necesariamente de gobierno. ¿Cómo se caracteriza esa necesidad de cambiar? ¿Qué es lo que quieren cambiar?*

JL: Coincido contigo en que la conciencia de que se necesita un cambio es compartida por tirios y troyanos, pero de manera distinta. Resulta natural que quien se opone al *establishment* exacerbe los elementos negativos del sistema político vigente y procure cambiar sus estructuras. Y, en el bando oficialista, es normal también que procuren mantener

el *statu quo*. Pero, aun así, ni siquiera el propio presidente Maduro está contento con su gobierno: sabe que presenta graves fallas. Él mismo, a cada rato, está hablando de que hay que corregirlas. Que lo logre es otra cosa, porque a veces sus pretendidos correctivos generan problemas peores. Pero la conciencia de que se impone un cambio está en ambos polos de la política nacional.

JB: *Sí. Recientemente, el presidente exhortó a toda su estructura de gobierno a hacer una especie de autocrítica y de corregir el rumbo. Pero eso se ha hecho varias veces, sin que se vean resultados tangibles.*

JL: En principio, esa coincidencia es un elemento que debería apuntar hacia un equilibrio. Y si no da lugar a negociaciones y acuerdos, lo que hace es exacerbar y enredar la polarización. Ahí es donde parece estar la clave del «juego trancao», en nuestro tablero político. La voluntad política y los intereses en juego van en una dirección distinta al bien común. Quienes hablan de cambio, en general, están pensando en sus apetencias políticas y económicas personales y grupales. Esto es lo contrario a una genuina política. Es pura anti-política. Entiendo la política como el arte de procurar el bien común y, por lo mismo, el arte de renunciar o postergar o moderar intereses que pueden ser legítimos, para llegar a equilibrios en revisión y renovación permanentes. Hablar de intereses es hablar de clases y grupos y, a fin de cuentas, es hablar de luchas de clases. En esto, el marxismo tiene toda la razón. En lo que se equivocan, tanto el marxismo como otros movimientos del siglo XIX, es en pensar que esa pugna es el único motor de la historia y en que es posible superar esa situación, en un orden idóneo en el que no haya clases ni Estado. Eso me parece inverosímil, porque el ser humano genera siempre mecanismos de distancia y de diferenciación interhumanas, vinculados a intereses y eso siempre se traduce en la conformación de agrupaciones y en pugna

intergruppal. Por eso, el arte de la política no debe apuntar a la desaparición de las clases —cosa, para mí, imposible—, sino a la permanente búsqueda de equilibrios interclases. Ahora, para llegar a ese estado, todos tienen que poner de su parte, todos tienen que asumir que el bien común está por encima de cualquier otra consideración. A partir de las coincidencias en puntos como este, se podría pensar en una nueva política, cuyo punto concreto de arranque podría estar en una autocrítica de los agentes políticos en juego.

JB: *Concretamente, ¿a qué intereses y grupos te refieres?*

JL: No viene al caso trazar aquí un mapa de la lucha de clases en Venezuela. Lo que sí se puede hacer es considerar procesos muy conocidos. Para mí, la política es el arte de la justicia y justicia es bien común, es reconocer lo que corresponde a cada quien, reparar los daños infligidos, acatar con pulcritud la legalidad —y, sobre todo, el «espíritu de las leyes»—, ocupar con probidad y dignidad el lugar que corresponde a cada quien en la comunidad, evitar toda *hybris* (toda desmesura)... Esto choca contra el egoísmo de personas y de grupos. El joven Nietzsche hablaba del «egoísmo de los propietarios», para referirse a los capitalistas, los terratenientes... todos los que tienen propiedades. Esa caracterización de Nietzsche incluye el elemento moral en el sociológico, lo que ayuda a enriquecer la lectura de la realidad política. La referencia al egoísmo pone al descubierto el elemento ético inherente a los procesos sociales y políticos. Y eso significa poner de bulto la participación del deseo en esos procesos. Por lo general, la política «normal» pierde de vista todo esto. La mayoría de los políticos ni se entera de que eso también está en juego. Les resulta más cómodo dejarse guiar por esquemas prefijados, tópicos, lugares comunes, prejuicios... es decir, vicios en el uso político de la razón.

JB: *¿Podríamos hablar de dogmatismo en la vida política?*

JL: El dogmatismo es una variante de lo que estoy diciendo. En lugar de asumir la complejidad y la riqueza vital de la realidad política, lo que hacen muchos con responsabilidad pública es rendirse a interpretaciones prefabricadas, que ahorran el trabajo de pensar, de investigar los procesos políticos y sociales concretos. El dogmatismo impide comprender los alcances de una potencial tendencia a un conflicto permanente de intereses, que se modula de manera concreta y singular a lo largo de la historia. Una conflictividad de fondo, que siempre ha existido, existe y existirá, solo que de manera diferente, según las épocas y los contextos culturales; por ejemplo, la Grecia y la Roma antiguas, el imperio español, el siglo XIX europeo, las formaciones sociales asiáticas de antes y de ahora... Esa diversidad y el carácter histórico de la pugnacidad grupal, de clase, exige una política de mente abierta. Hay que entender que la política no es exacerbar el conflicto, a cuenta de una fijación dogmática en programas teóricamente prefijados. Eso lo que hace es llevarnos al salvajismo, a la jungla, a la imposición, a la autocracia, a la negación del otro, a la guerra, al conflicto, a la zozobra, a la incertidumbre, a la peste, a la muerte etc, con alguna «respetable» pseudojustificación de cariz ideológico.

el sentido del poder

JB: *Esa manera de entender el ejercicio del poder permea a todas las sociedades, todas las estructuras.*

JL: Sí, porque el poder no es una cosa que está configurada como materia y sustancia, presente frente a nosotros. El poder no es algo que se «tome», sino una disposición a ser ejercida en estructuras de relación interhumana. Hay que reconocer la aportación de pensadores como Foucault al

caracterizar el poder de esa manera. Podemos hablar de un «ser social», a partir del pensamiento de Hegel y de Marx, pero esa realidad no se articula como una sustancia material, sino más bien como una red de relaciones permanentes y de estructuras dinámicas muy ágiles y en constante alteración y combinación que conforme con las circunstancias, conforme con los elementos entrópicos etc., se va rehaciendo, se va reconstituyendo. Así que, el poder no se toma: el poder se ejerce; con poder, actuamos. Entonces, la idea sería usar esa posibilidad en función del bien común, de la felicidad general. «Poder» significa capacidad de incidir en la voluntad de los demás y capacidad de lograr propósitos que nos tracemos. La cuestión es ponerlo al servicio de la justicia. Y ¿qué es la justicia? No es tan fácil responder esta pregunta y aunque acabo de adelantar algunos trazos definidores, no me autoengaño con la ilusión de que dije algo de validez universal. Nadie tiene la verdad última al respecto. Todo el mundo cree que sabe qué es eso, en lugar de reconocer que lo ignoramos y escuchar a los demás, porque al hacerlo ya se están exponiendo intereses de grupo y de clase, sin reflexionar adecuadamente. Esa limitación nos induce a buscar equilibrios, acuerdos. Esa es mi idea general de la política y ahí es donde la filosofía no solo puede sino debe aportar algo valioso.

JB: *¿Quiénes pueden hacer realidad esos equilibrios? Tenemos veinte años bajo una orientación. Con el tiempo, han crecido la corrupción, la ineficacia..., el Estado se ha debilitado, no hay autonomía de poderes... Del lado de la oposición, también tenemos una enorme cantidad de errores políticos... ¿Quién está llamado, entonces, a hacer algo distinto?*

JL: Entiendo que tu pregunta se centra en los agentes políticos que deben hacer eso. Yo partiría del problema político principal y más urgente, para mí, a mitad de 2019, que es el de la polarización emanada de la partidocracia existente.

Le doy esa importancia, porque depende de cómo se vaya desenvolviendo la actual pugna polar que caigamos en una guerra civil o que sucedan cosas inaceptables como una intervención militar extranjera etc. Por fortuna, según nos acabamos de enterar, se vienen dando encuentros entre oposición y gobierno en Noruega. Eso suena un tanto esperanzador, considerando que todos aspiramos a un cambio, pero hay diferencias importantes en torno a su signo y a la manera de lograrlo. Justo para dirimir esas discrepancias están el diálogo político y la negociación. Veamos entonces qué agentes políticos están en juego aquí, para seguir el hilo de tu pregunta.

La izquierda ha venido moviéndose, tradicionalmente, con la ilusión de que hay un sujeto histórico del cambio y de la acción política. Por cierto, he notado algo muy curioso: me asombra ver cómo la polarización en la vida política cotidiana, tiene a su vez un correlato en una polarización acerca de quién está ocupando «el lugar correcto de la Historia». Desde los tiempos de Obama, oigo a los gobernantes estadounidenses decir que ellos ocupan el lugar correcto de la Historia. Trump y sus halcones han insistido al máximo en que ellos son los que están en el lado correcto de la Historia. Pero, por su lado, Maduro y sus seguidores más consecuentes han señalado, también, que ellos encarnan el lado correcto de la Historia. ¿Qué es lo que me parece curioso? Una especie de resurrección del historicismo, cuando todo el mundo pensaría que había desaparecido, después de la caída del Muro de Berlín y los afanes del sepulturero Fukuyama. Ahora resulta que el historicismo está muy vivo. Esa polarización me parece totalmente banal, despistada: mera ilusión que busca legitimar lo que venga. Es ridículo pelearse por ver quién pone su banderita en el lugar correcto de la Historia.

tiempo de política

JB: *Se ve como una manera muy limitante de hacer política.*

JL: En realidad, es un modo del lo que ya hemos señalado como anti-política. Esa polarización ideológica internacional está operando de manera determinante en la polarización interna.

Desde una reflexión teórica más abierta, podemos cuestionar el supuesto de que exista una entidad sustancial llamada «Historia». Eso es algo sin fundamento firme, algo no manifiesto. No tenemos por qué calarnos la idea de que el tiempo tiene un comienzo originado en la decisión gratuita de un dios, a lo que le sigue un desarrollo y un momento de cierre escatológico: el fin de los tiempos. Es mera cuestión de fe: un ideologema que prospera con Hegel y su continuador Marx. Incluso Fukuyama cayó en ese juego, al identificar ciertos episodios políticos como expresión del «fin de la Historia».

Para mí, el tiempo es una condición inherente a los procesos que se despliegan en la realidad; no un objeto, una realidad independiente y sustancial. Así que, si me preguntan cuál es «el lado correcto de la Historia», apenas llegaré a balbucir que se trata del vacío infinito de la posibilidad. Es decir, el horizonte completamente abierto a la creatividad política, donde es posible la acción equilibradora, cohesionadora, unificadora, humanizadora, realizadora, «etificante» y edificante de la comunidad. Lo único que me parece teóricamente asumible es que los procesos políticos se efectúan conforme con el principio de sucesión causal de los fenómenos, sin que sea manifiesto que respondan a un plan o finalidad histórica ideológicamente predeterminado.

JB: *Hablas de la política como proceso. ¿Qué factores entran ahí?*

JL: Esa visión del tiempo-proceso político me parece clave, porque pone en cuestión el supuesto de un agente histórico predestinado. Si el tiempo se mueve conforme con un plan y ese plan es la Historia, se hace necesario un agente privilegiado para su realización. En el caso de las religiones, está la creencia judía en el Génesis bíblico y la escatología de la venida del Mesías, cerrando todo tiempo, toda Historia, para salvarnos de los entuertos del pecado original. Entre los cristianos, la Ciudad de Dios, es la manera trascendente de cumplimiento de la Historia como política-de-Dios. El esquema creación del tiempo-despliegue de la Historia-fin de los tiempos es el que opera en esos monoteísmos orientales, en los que se incluye el Islam. Ese esquema exige siempre un «pueblo elegido»: los judíos, la cristiandad, los guerreros de la Yihad. En el momento de la secularización de la Europa moderna, ese agente histórico es el llamado «proletariado».

Ahora, la pregunta es quiénes conforman el proletariado, hoy en día. La noción de proletario es de origen latino y refiere al desheredado, al hijo de una familia numerosa, que no ha recibido la herencia familiar, porque el padre la ha otorgado a otro de sus hijos. Es alguien que se queda en la calle, sin más posesión que sus manos y su cerebro. Marx observa, con razón, que el trabajador de la industria capitalista moderna posee justamente eso y lo llama proletario. Y, con su óptica historicista, le asigna el carácter de sujeto histórico del gran proceso revolucionario, que llevará a la humanidad a la sociedad sin clases y sin Estado, en fin: a un paraíso restituido, que representará el fin del tiempo lineal de la Historia. En el fondo, hay que tener fe en el discurso marxista, para creer en eso. Quienes nos fiamos más de la razón y nos fijamos en lo que acontece ante nosotros percibimos que los procesos productivos los efectúan personas,

que no tienen muestras de ninguna condición histórica especial. Por lo demás abundan los trabajadores sumidos en la inconsciencia, la indiferencia política y hasta la corrupción sindical. Así que no se sostiene la idea del obrero como sujeto predestinado de la Historia, como tampoco tiene vigencia el supuesto de un «lugar correcto de la Historia».

JB: *Definitivamente, no hay supremacía histórica de una clase.*

JL: No. Cuando Marx asignó al proletariado el carácter de sujeto de la Historia, estaba pensando en los mejores trabajadores de su tiempo. Como botón de muestra, hay un personaje que muy pocos conocen hasta en la propia izquierda. Me refiero a Joseph Dietzgen, un curtidor alemán autodidacta, a quien Marx y Engels alaban mucho porque, según ellos, llegó a concebir el materialismo histórico por cuenta propia. Con trabajadores así, que parecen volar al nivel de Hegel, al tiempo que conspiran como Babeuf, me parece lógico que Marx piense en el proletariado como la clase que podrá desbancar y sustituir a la burguesía, en la conducción del curso de la Historia. Esos obreros podrían realizar, como clase emergente, una labor equivalente a la de la burguesía, que se la pasó siglos dando forma a una visión propia del mundo, en contra de la Iglesia, la monarquía, el feudalismo etc. En ese ímpetu de clase, desempeñó un papel decisivo la disciplina que introducen los procesos productivos seriales y despersonalizados en los cuerpos de quienes originariamente fueron campesinos y artesanos libres. También las experiencias de apoyo mutuo y de organización obrera, dirigidos a combatir los abusos del capitalista. El capitalismo es una organización de la economía y de la vida y eso se traduce en un biopoder, como dicen Foucault, Agamben y afines. Marx pensó que la sola dinámica estructural del capitalismo, con su efecto disciplinador y organizador, iba a configurar un sujeto dotado de

los elementos teóricos, morales, prácticos, técnicos y tácticos que le permitieran dar cumplimiento al plan de la Historia, que se realizaría del todo, en el momento de eliminar para siempre las clases y los Estados habidos y por haber.

Pero aquella clase obrera que, en su momento, se enfrentó con muchísima dignidad y creatividad, con sentido de clase, con mucha unidad y fuerte *esprit de corps*, se ha venido disolviendo en una atmósfera copada por un sindicalismo en su mayor parte corrupto y mafioso, el confort material relativo de los Estados de Bienestar, el fracaso reiterado de procesos políticos impulsados a su nombre, el desencanto ante tantas utopías, los efectos ideológicos de la propaganda burguesa y el *marketing*, la insistencia dogmática en programas fallidos y, sobre todo, las modificaciones en los procesos productivos, hasta el punto de que el empleo de fuerza de trabajo tiene muy poco que ver con lo que sucedía en los tiempos de Marx e incluso los tres primeros cuartos del siglo XX. La idea que se tiene hoy en día del empleo productivo es un obstáculo serio para la conformación de una clase obrera homogénea y los trabajadores actuales están muy lejos de creerse tocados por un destino histórico.

También en este punto hay que tener en cuenta la singularidad venezolana. Mientras el neoliberalismo ha logrado disolver las estructuras y dispositivos del Estado de Bienestar, el gobierno bolivariano se empeña en mantenerlas en Venezuela. Ahora, si el capitalismo distorsionado que ha existido en Venezuela logró disciplinar bastante —aunque a trancas y barrancas— a la gente que sustrajo al mundo rural, para garantizar el funcionamiento de la industria petrolera y la distorsionada economía capitalista colateral, el proceso revolucionario chavista, con todo y ser gobierno, no ha podido dar con la manera efectiva de disciplinar a quienes, por activa y por pasiva, han tenido protagonismo económico

y político en el país, después del Caracazo de 1989, ni a la sociedad en su conjunto. La consecuencia final de todo eso es que ahora no contamos con una clase diferenciada que pueda desempeñar el papel de vanguardia histórica. Ahora hay una diversidad de agentes político-sociales, con proyectos y agendas contestatarias, pero sin sello asignado desde alguna forma del historicismo. Además, está la apuesta del gobierno bolivariano por el juego democrático, lo que asigna una importancia capital a la vía electoral para acceder al poder y mantenerlo y, así, adquiere el máximo relieve una correlación político-social marcada por la polarización de los grupos mejor definidos, por el juego anti-político de la partidocracia y por la existencia de un amplio segmento mayoritario que se coloca entre los dos extremos, sin por ello ser centristas.

JB: *Todo eso difiere mucho del rol histórico de la burguesía, que sí tenía un proyecto político claramente definido.*

JL: En un principio, la burguesía fue una minoría ilustrada. Luego, se expande como clase emergente con los arietes de la economía, la ciencia, la técnica. Pero siempre ha sido minoritaria. Se diría que el proletariado en que piensa Marx es, en su origen, un segmento social muy dilatado, que habrá de requerir una vanguardia, es decir, una minoría selecta que supuestamente ilumine y guíe al gran conjunto que conforma la clase. Y por ahí se cuelan las contradicciones, entre dicha vanguardia y la base, que ha puesto en evidencia el socialismo real y, a su manera, también el complejo universo del trabajo, en las sociedades capitalistas contemporáneas. En el caso de las vanguardias de corte socialista o comunista, el historicismo ha sido el puntal más fuerte de esas contradicciones.

JB: *La situación en este campo, hoy en día, no es como en los tiempos de Marx.*

JL: Eso es un hecho, de cara al proceso histórico general en el mundo occidental. Se puede poner en duda, con fundamento, la existencia actual de una genuina burguesía y un proletariado propiamente dicho. Los dos grandes polos de la lucha de clases, que habría de traer al mundo el reino de la libertad y la redención de la humanidad, según la visión mesiánica y milenarista de Marx, ya no existen a escala planetaria. Pero, en el caso de Venezuela, esa inexistencia viene dada por las características de la economía rentista, basada en la extracción monoprodutiva del petróleo. Ese capitalismo petrolero distorsionado no generó una auténtica burguesía ni un proletariado «de verdad» (según la definición marxista de esta clase).

En un plano general —o sea, más allá del caso venezolano— el Estado de Bienestar posibilitó la conversión de importantes sectores laborales en una especie de aristocracia asalariada, que tenían unos niveles de vida y de protagonismo social jamás imaginados por sus antepasados, decimonónicos de la época de Marx y la I Internacional. Hoy en día, eso está en crisis por la *miserabilia* neoliberal, por la primacía de intereses grupales y de clase en contra de las mayorías asalariadas. Además, el sector de los que viven de un salario es muy heterogéneo. Difícilmente conforma una unidad, salvo por el elemento común del salario. En esta época de gran depresión económica, a partir del 2008, se ha exacerbado la situación de injusticia de los asalariados y tendemos a la sobreexplotación, a la depauperación, a la dificultad cada vez mayor de satisfacer las necesidades más básicas. Pero, claro, eso puede, a lo mejor, generar una rearticulación de metas y de fines y de estrategias para hacer valer unos intereses. Pero fuera de eso no hay elementos para pensar en la existencia actual de una clase al estilo de la burguesía clásica. Tampoco existe un proletariado

como tal, en estos tiempos. En realidad, los entendidos en la materia, están señalando que los grandes propietarios o los grandes personeros de las firmas de sociedades anónimas capitalistas globales, en una proporción significativa, son herederos de fortunas. Son gente que conforma una oligarquía transnacional, sin más proyecto «histórico» que el mayor de los éxitos en diversos negocios, junto con la sobreexplotación y la dominación más severa de quien no pertenezca a su campo social.

JB: *Estos capitalistas son mucho más globales.*

JL: Aparte de que son más globales, no tienen el fondo humano que, pese a todo, pretendió tener la burguesía a la que se refieren Marx y Engels de manera encomiástica, en el *Manifiesto comunista*. Hoy en día estamos ante una degradación ideológica y ética de las élites. Algo que interpreto como indicio de una decadencia general de los sectores hegemónicos. Y, en el terreno de los explotados –los humillados y ofendidos de siempre–, tenemos una multiplicidad atomizada, una heterogeneidad inmanejable, malamente comunicada con base en mecanismos como las redes sociales, sin la cohesión necesaria para fundar un verdadero proyecto político-social, que nos lleve a un mundo realmente mejor. Pero, pese a todo, es innegable que hay importantes y novedosos agentes políticos, que no se resignan a soportar el actual estado de cosas.

JB: *Pero ¿cómo incide todo eso en el caso preciso de Venezuela?*

JL: En el caso venezolano, como no hemos tenido un capitalismo auténtico, no hemos conocido una burguesía nacional genuina. Tampoco ha existido aquí un gran proletariado. Aquí, a lo sumo, ha habido varias vanguardias de intención proletaria: construcciones organizativas puramente ideológicas, no una gran clase objetiva. De todos modos, hay agentes

políticos presentes y vivos, aunque constreñidos por una guerra política, económica, mediática, psicológica, geopolítica, que por el momento fluye como una polarización de agendas, propuestas y movimientos tácticos diversos. Ese campo hiperpolarizado es el que ocupan el chavismo y las fuerzas que se le oponen; bandos, ambos, que condensan la partidocracia nacional.

Pero esos dos factores políticos no tienen una igual cohesión. Al menos es lo que se aprecia. El abanico de grupos opositores ha perdido articulación orgánica y padece un debilitamiento claro de sus liderazgos de antaño. Sin ánimo de ofender, la dirigencia opositora parece haberse convertido en un *pandemónium* de ambiciones, que ya no sabe cómo hacer política de verdad, que ha perdido toda creatividad programática y, en el fondo, se sostiene con el viejo discurso anticomunista y retardatario de los tiempos de la Guerra Fría y con el apoyo político y material de Estados Unidos. Ha caído en el inmediatismo, la apuesta por el atajo golpista. Es decir, ha caído en uno de los modos más peligrosos de la anti-política, que se conecta con el proceso de conversión del espacio público en ocasión para la cleptocracia. Los únicos elementos unificadores de este sector son su fe dogmática en el neoliberalismo, el afán de enriquecerse a costa de recursos públicos y la sumisión al gobierno norteamericano de turno.

JB: *A pesar de que son cosas que no aparecen claramente reconocidas.*

JL: Cierto, pero cuando tratas de descifrar la política opositora, con lo que nos topamos es con eso. Siempre ha sido así, pero en la «era Guaidó» aparecen dirigentes que actúan sin tapujos como agentes del gobierno de Trump. Y esto marca, en su caso, dos aspectos muy importantes: primero, una relación con el país y, junto a eso, una relación con la política. En cuanto a la relación con el país, me parece obvio

que el cogollo que ahora dirige la oposición ha renunciado sin remilgos a una identidad nacional, para subordinarse a una potencia extranjera. En las más importantes manifestaciones de la oposición, en el primer semestre de 2019, las banderas norteamericanas opacan a las venezolanas. Ese bando de la polarización está dirigido por el propio Trump, sus halcones y un minúsculo grupo de venezolanos, que militan sobre todo en Voluntad Popular, aunque no falte alguno de Primero Justicia. En los hechos, eso configura una especie de oligarquía dentro de la oligarquía tradicional venezolana. En ese caso, se me hace disparatado hablar de una burguesía. Como sea, ese sector no presenta los rasgos de un agente de cambio histórico. Cuando más, será un factor de preservación de las más rancias reliquias de la explotación y la dominación en el mundo.

JB: *Visto que las bases teóricas y prácticas del cambio histórico se modificaron ¿quién o quiénes serían el o los nuevos agentes de transformación?*

JL: Ya caducó el viejo discurso de la burguesía y el proletariado. Si tratamos de apegarnos a la realidad, observamos por una parte la existencia de una oligarquía global —ese obsceno 1 % que posee más de la mitad de la riqueza mundial y cuenta con todos los medios para imponer sus designios, literalmente, a todo el mundo—. Frente a ese sector, están los explotados de siempre, más una amplia serie de pequeñas vanguardias sociales que llevan cuando menos unos 50 años de actividad contestataria y de reivindicación de los derechos de la mujer y de minorías marginadas, humilladas, sometidas a procesos de explotación y dominación más o menos complejos. No se puede negar la voluntad de cambio del feminismo. También se debe reconocer el potencial impugnador y transformador de muchas prácticas sociales nocivas y antihumanas que implica el ecologismo,

así como las importantes minorías indígenas, en regiones como América Latina. Y esos son solo algunos ejemplos. En fin, es innegable la insurgencia de nuevos agentes político-sociales, pero en general carecen de una visión unitaria del horizonte histórico, están muy lejos de elaborar un programa común y deben enfrentar serios obstáculos. No solo la natural tendencia de las oligarquías al conservadurismo, la reacción y el fascismo, sino también el desencanto y el recelo ante las viejas utopías y el socialismo real y, algo que parecía inconcebible: la renovación de modos de explotación anti-humana que creíamos históricamente superados, como el esclavismo clásico, y situaciones de involución social, como el caso de la sistemática poda y tala de la seguridad social.

Podría decirse que hay una base humana residual de carácter fascista, que nos lleva a siglos muy remotos y esto es un serio obstáculo en la ruta a un mundo mejor. Pienso que, por ejemplo, el discurso de Trasímaco registrado por Platón, en los libros primero y segundo de su *República*, aparece como claro referente protofascista, para la voluntad de dominio encumbrada en la economía neoliberal y en las plutocracias del mundo. El fascismo es una posibilidad de la anti-política mucho más complejo, peligroso, potente y arraigado en el suelo histórico de lo que se suele pensar. Por eso, sigue proyectándose en el tiempo, quizá como expresión de una premodernidad residual en la política actual, cuando no de una anti-modernidad militante.

Hay que tener presentes los elementos anteriores, para concebir con un mínimo de pertinencia a un sujeto histórico de cara a nuestro presente y futuro políticos. En el bando opositor, comprometido a fondo con el programa neoliberal globalizado, solo aparece la figura del *homo oeconomicus*, que viene a ser el epítome y la encarnación de las relaciones sociales capitalistas llevadas a sus extremos más injustos:

el tipo que supuestamente es empresario de sí mismo, la supuesta mónada extrasocial, el que como decía por ejemplo el ex-presidente mexicano Vicente Fox puede vivir hasta con un «changarro»: un tarantín, como diríamos en Venezuela.

JB: *O sea, los emprendedores...*

JL: Eso: los emprendedores. Hasta el gobierno chavista ha asumido este discurso de los emprendedores. Esto solo puede verse como una especie de sincretismo de discursos. Pero, en fin, retomo el hilo de la conversación. Desde el bando opositor, se asume que el *homo oeconomicus* es el sujeto histórico, el faro que ilumina el lado correcto de la historia. En el fondo, estamos hablando del emprendedor a todos los niveles (personal y colectivo, actual e histórico).

Por el lado bolivariano, ya no se puede sostener la idea del proletariado como sujeto prominente de la Historia. En realidad, la izquierda tiene que plantarse ante el hecho de que, tanto el socialismo real como el neoliberalismo han fracasado, por lo que será necesario inventar e intentar otra cosa. La alternativa a esos dos polos programáticos, podría ser, la política de la justicia, sin más (y sin menos). Quizá el protagonista de esa novedad histórica será el *homo politicus*, propiamente dicho: una figura de lo humano opuesta a la pseudomónada humana neoliberal y a los cruzados del Mercado absoluto y que, por ello, no reduce la vida a economía y posee y ejerce una sabiduría política dirigida al bien común. El *homo politicus* viviría la política como algo indisociable de la ética, sin las ataduras de preconcepciones historicistas y, en lo que hace a su pertenencia sectorial, sería un agente transversal, especialmente –no únicamente– arraigado en el muy diverso mundo de los explotados, los humillados, los pobres, los sometidos a injusticias de todo tipo. Quiero pensar que el mejor futuro para el género humano y para

Venezuela, es el que nos depare una comunidad de genuinos políticos, casada con el único programa político sensato: el de la justicia.

JB: *Pero el rumbo político que se tome está determinado por los referentes ideológicos.*

JL: Sí, pero eso también tiene sus paradojas. Por ejemplo, la polarización nos impide ver que, en última instancia, tirios y troyanos, todos, somos comunistas. ¿Por qué? Porque inevitablemente, puestos a hacer política, solo podemos pensar en algo que derive en el bien común, del modo que sea. Si un proyecto político no deriva en el bien común ¿quién puede proponerlo con un mínimo de credibilidad? El neoliberal más exacerbado o el anarcocapitalista más encandilado –tipo Nozick, en Estados Unidos– piensa que por la vía de la anulación de la sociedad, del Estado y de la política, así como por la afirmación de un mercado sin regulaciones –el Mercado absoluto– se va a llegar a donde se tiene que llegar: a una forma del bien común: a un régimen de relaciones que, al beneficiar a determinado individuo, favorezca a los demás en su entorno. Es la paradoja de reivindicar un individualismo monádico y autista, con la esperanza de que eso acarreará un beneficio económico y social para todos. Dado que el bien común es la esencia de toda orientación comunista de la economía y la política, cae de suyo que, al final del día, el neoliberal más extremo también es comunista, aunque le pese.

Esa involuntaria coincidencia de los opuestos, pone de manifiesto que la discrepancia polar se coloca en el plano de las vías que propicien el bien común. Los de orientación socializante creen que basta con poner en marcha procedimientos colectivistas, comunitarios, centralizados, estatistas... para garantizar el bien común. Pero –y aquí viene

la paradoja— los efectos de la aplicación de esos métodos son todo lo contrario a lo esperado: limitación severa de las libertades, prácticas autoritarias, nomenclaturas de egoístas privilegiados, atentados sistemáticos a la ética, control político-social represivo y muchas otras calamidades, ajenas a toda idea respetable de bien común.

Algo parecido pasa en la trinchera opuesta. Permitir que los inversionistas hagan negocios sin cortapisas legales ni sociales, sin siquiera pagar impuestos, para retribuir el empleo de servicios públicos que solo pueden haber sido habilitados con una labor colectiva, amparados en la creencia de que una «mano invisible» regulará espontáneamente, para bien de la economía y la sociedad, las relaciones económicas y sociales, solo puede llevar a toda clase de excesos e injusticias, a la exacerbación de la desigualdad, a la inestabilidad económica y a diversos desastres graves. El abuso es inherente a la lógica del capital y es ridículo pensar que, al no ponerle ningún control, la dinámica económica, por sí sola, generará beneficios al conjunto de la sociedad. La liberalización absoluta de precios siempre ha tenido efectos desastrosos, quizá porque el precio de la mercancía es el nudo de todas las contradicciones del capitalismo, incluyendo las de carácter moral. La historia siempre ha demostrado que la lógica del capital sin freno tiende a la catástrofe económica. Por eso, se ha visto acompañada de reacciones sociales de todo tipo, como por ejemplo los llamados «motines de subsistencia». El Caracazo de 1989 —por citar un botón de muestra cercano a nosotros— es un fenómeno que se inscribe en esa tradición, de muy profundas raíces en Europa y en todo los lugares donde se conjugaron la revolución industrial y el liberalismo económico.

intereses de clase y anti-política

JB: *Visto así ¿podemos concluir que la oposición venezolana no está realmente interesada en hacer política?*

JL: Ya hemos venido adelantando algo al respecto. Por lo menos, desde hace unos 35 o 40 años se ha venido consolidando, en América Latina, una tendencia a reducir los cargos públicos a espacios de latrocinio, a plataformas de cleptocracia disfrazada de política. En general, las formaciones políticas identificadas con la conservación del viejo régimen de dominación y con el capitalismo han derivado en equipos muy funcionales en el uso de los medios de comunicación masiva y ahora en el manejo de las redes sociales, para fines inconfesables y reñidos con la política. Son maquinarias eficaces en la simulación política y, así, en la penetración del alma de la gente, para acceder a un espacio en el que sea posible saquear capitales públicos, recursos oficiales, y enriquecerse de la noche a la mañana, al tiempo que trabajan en función de intereses privados personales y grupales, nacionales y globales. A esa anti-política se ha reducido lo que comúnmente llamamos «política» y, en general, la oposición venezolana –lo digo con pretensión de objetividad– está jugando ese juego, aspira a acceder al espacio público para montar una estructura de administración de negocios, no precisamente nacionales, y favorecer y atender intereses individuales y grupales.

JB: *Y, en el lado del gobierno, ¿no sucede lo mismo?*

JL: Sucede algo parecido, pero las diferencias son notables. Las inclinaciones a saquear el erario público también se dan en el campo chavista. Por la manera como han venido mostrándose hasta ahora, en determinadas esferas oficiales, las considero una incrustación focal de la tendencia a reducir a cleptocracia lo que debería ser política de justicia. Pero es

posible que se expanda como microrrobo o minisaqueo, en los más diversos niveles de las estructuras de gobierno, a consecuencia de la pulverización de los salarios de los funcionarios, especialmente a raíz de las severas limitaciones de liquidez a que han sometido al gobierno las sanciones, bloqueos y embargos financieros del gobierno norteamericano. Esa gente va a tratar de «resolver», dando sablazos a diestra y siniestra, porque además de que el hambre aprieta, muchos de ellos no tienen ni la conciencia ni los niveles de compromiso con el proceso político bolivariano ni las bases éticas para afirmarse en una conducta recta.

Pero todo eso, con ser grave y deplorable, no parece responder a una política y una estrategia ad hoc. Además, hay que dejar sentados un par de puntos. Uno, que la corrupción no se limita al campo del gobierno y de la política (donde también entra la oposición) y, dos, que la corrupción se expande por toda la sociedad, en el modo de micro y minicorrupción incrustada en la vida cotidiana de la gente. De hecho, sin la corrupción impulsada y ejercida por ciertos empresarios, algunas de las grandes corporaciones capitalistas y todo lo que se les parece, no habría corrupción en el mundo político ni alcanzaría los niveles de ahora, casi a escala planetaria.

En una sociedad con limitaciones éticas graves, como la nuestra, casi todo el mundo tiene algo de corrupto. En fin, esos son aspectos que habría que desarrollar en otro momento. En el caso concreto de la corrupción de partidos y políticos, no me inspira respeto la cómoda operación consistente en meter en el mismo costal a corruptos de pelaje chavista y a gente como Peña Nieto y su equipo, de México. Estos últimos actuaron como grupo deliberadamente organizado para asaltar las arcas del estado y favorecer intereses empresariales transnacionales. Algo parecido puede decirse

de ciertos sectores de la oposición venezolana que, bajo la dirección de algunos halcones de Trump, participaron en la peligrosa provocación de febrero pasado, en la frontera colombo-venezolana, cuando pretendían introducir al país, de manera ilegal, cajas del ejército norteamericano, amparados en la falsa bandera de la «ayuda humanitaria». A las primeras de cambio, aprovecharon la ocasión para embolsillarse fondos de diversa procedencia.

Desde el punto de vista ético, todos los corruptos son igual de condenables. En ese plano, es ridículo hablar de corruptos mejores o peores. Pero no es lícito igualar la corrupción ejercida como «política de Estado» o programa partidista, a delitos focales, perpetrados contra un gobierno que pretende conducirse con probidad. No es lo mismo configurarse adrede como grupo de asalto del presupuesto público —y concebir eso como una «carrera política»— que aprovecharse de resquicios en las más diversas instancias gubernamentales, con el fin de efectuar actos corruptos que benefician a unos cuantos, en detrimento de un gobierno. No es lo mismo, por ejemplo, la trama de los Doce Apóstoles ligados a Carlos Andrés Pérez, que los llamados «bolichicos» de ahora, que hasta donde se puede ver y demostrar, se allegan con la cuchara grande buenas tajadas del erario, a espaldas del gobierno. En el primer caso, la corrupción es un componente estructural de una idea anti-política de la política; en el segundo, se presenta como fenómeno colateral no planeado.

La tendencia cleptocrática ha afectado al chavismo «desde fuera» y a pesar de la mayoría de dirigentes del oficialismo. Es prácticamente imposible que un proceso político como el bolivariano se libere de «enemigos internos» y los corruptos de procedencia chavista son una forma de quintacolumna del chavismo. Los grandes corruptos de origen o coloratura

chavistas, hasta donde se puede ver con datos más o menos duros y con pruebas, cuentan con la aversión y la condena político-moral de la dirigencia y las bases bolivarianas. De hecho, están siendo perseguidos, capturados y procesados desde el propio gobierno y desde organismos policiales y legales nacionales e internacionales. Esto no los exime de responsabilidad ni del señalamiento del pésimo tino que han tenido, a la hora de nombrar a ciertos funcionarios. Siempre me ha asombrado la capacidad del propio Chávez para rodearse de ciertos personajes abominables y desdeñar colaboradores potenciales de primera categoría. Una limitación inconcebible e imperdonable, en alguien cuyo estilo de mando era tan personalista.

JB: *Ok. Pero recuerda que íbamos a hablar de anti-política.*

JL: No creas que me olvidé de eso. El asunto de la pseudo-política cleptocrática importa, en la medida en que nos permite ver sus efectos en la vida política y social del país. La falsa política de quienes ven un jugoso botín en todo lo que huelga a gobierno y presupuesto público se establece en la dinámica normal de ciertos partidos y grupos como lo contrario de una genuina política: como pura anti-política. La prevalencia del neoliberalismo genera, de por sí, una atmósfera anti-política, toda vez que subordina toda la acción social y la individualidad misma a la economía (concretamente, a la economía capitalista). Padecemos una fuerte economización de la vida. Podría decirse que se ha dado un fenómeno de naturalización de los procesos económicos. Hoy nos resultaría extraña una vida en la que no dedicáramos tanto tiempo y esfuerzo al consumo, a la producción, al manejo de cuentas bancarias, a la gestión de créditos, al debate sobre abstrusas cuestiones financieras, a la planeación de consumos futuros, a la procura de dinero mucho más allá de lo necesario para una vida digna y mesurada, a la lectura de informes económicos

y ofertas etc. La economía es el gran biopoder en la era del neoliberalismo. Nos llenan el alma de economía y se moldean nuestros cuerpos conforme con las lógicas y la dinámica de la economía. El Mercado se convierte en el gran absoluto y todo se mide y se pondera en términos de éxitos en los negocios y horizontes futuros rebosantes de ganancias. Es casi lógico que algo así convierta la política misma en una fuente de negocios y que lo haga como algo «natural». Cae de suyo que, así, el presupuesto público se convierta en un botín y más aún en un país dotado de las riquezas que posee Venezuela. Todo esto dificulta el compromiso social y la contención ética en la acción política. Y, como ya hemos visto, esto es algo que, con sus particularidades, afecta tanto a tirios como a troyanos.

Pero hasta aquí nos hemos demorado en una de las dimensiones de la anti-política: el simulacro de política que encubre la corrupción. Pero hay otros modos de erosionar la política. Hay anti-política, cuando la gente pasa a un segundo o tercer plano y la partidocracia sienta sus reales, cuando los factores políticos se ocupan preferentemente de negocios oligárquicos a costa de los intereses de la «polis», cuando en el fondo se preserva la economía rentista porque resulta más ventajosa para intereses privados que el impulso de opciones económicas alternas, cuando la identidad política se define por la obstrucción sistemática de los proyectos de las fuerzas rivales, a los que se ataca sin cuartel como al peor enemigo, cuando se evita todo acuerdo y equilibrio con el fin de llegar a la situación de «mientras peor se pongan las cosas, tanto mejor», cuando en lugar de promover programas justos, organizar y educar a quienes los asuman y acopiar fuerzas para acceder al poder por vías democráticas y constitucionales, se opta por el atajo inmediatista y sus derivaciones golpistas, cuando tanto egoísmo y grupalismo se proyecta en la tolerancia al injerencismo

e incluso en la sumisión a potencias extranjeras, cuando las ejecutorias partidocráticas ponen en primer plano los intereses capitalistas neoliberales globales. Y también hay anti-política, cuando, con el pretexto del apego a principios y de ocupar «el lado correcto de la Historia», se encastillan los grupos en el impulso de proyectos mesiánicos, transitando vías que no llevan a la cohesión social, a los equilibrios que se avienen con los intereses y las vidas de la gente.

Y ya que hemos incursionado en este tema, no podemos dejar de lado una forma muy especial de anti-política: la que resulta del odio a la política y los políticos. La primera variante es la anti-política ejercida por los partidos y los políticos «profesionales». La segunda es una actitud compartida por amplios sectores de la sociedad, desde el pueblo común hasta estratos elevados en la escala social. Sucede que, cada tanto, cunde en la sociedad un hartazgo y un rechazo a «la política» en abstracto, como resultado de decepciones permanentes con políticas, partidos y políticos muy concretos. Cuando escuchamos a cada rato y en todas partes, expresiones como «La política es demasiado sucia», «Todos los políticos son igual de ratas», «Todos los partidos son el mismo miasma» y otras por el estilo, estamos en una atmósfera malamente política, donde se denigra a la política en general, junto con todo «animal político» que tenga el descaro de realizar su vocación. Esa actitud es muy peligrosa, porque favorece enormemente las intenciones y acciones de advenedizos, improvisados, oportunistas, fascistas y demagogos de todo pelaje, ansiosos de meterse a la política, con el cuento de que ellos no son políticos y que, más bien, están contra la política, los partidos y los políticos. En momentos de partidocracia ramplona y decadente y de falta de ética y de creatividad política, esas ideas cunden con la velocidad y la fuerza del fuego en un reguero de pólvora.

rentismo, asistencialismo, evergetismo

JB: *Tú hablabas de un agente distorsionador de la economía y la política ¿a qué te referías?*

JL: Me refería, sobre todo y en primer lugar, al petróleo y al gas, a la riqueza fácil, rápida, masiva, que genera la economía petrolera. Pero, en los últimos tiempos, debido a la presión que ejercen las sanciones, bloqueos y embargos norteamericanos contra el país, habrá que tomar en cuenta al oro y a los minerales estratégicos que abundan en el país y que surgen como un sucedáneo del combustible que supuestamente habrá de seguir moviendo y sosteniendo a nuestra singular economía rentista.

JB: *Con aquella oferta del Socialismo del Siglo XXI, lo que hizo el gobierno fue darle continuidad a un modelo heredado.*

JL: Cierto: le dio continuidad al viejo modelo rentista; pero, en un primer momento, parecía el único viable, de cara a la enorme deuda social heredada por el gobierno de Chávez. Entonces, hay que reconocer que el chavismo heredó —no inventó— el modelo rentista y enfrentó con él las grandes necesidades materiales, nunca satisfechas, de la mayor parte del pueblo. El proceso bolivariano exacerbó los elementos negativos del rentismo tradicional, justo mientras más se ocupaba de atender a los sectores de la sociedad más injustamente tratados, víctimas de una desigualdad y de una miseria lacerantes y de una profunda descomposición político-social. Los gobiernos chavistas se han aplicado a fondo en un enorme esfuerzo de justicia social, pero eso no alcanza a ser un genuino socialismo y, al contrario, ha reforzado los elementos más perturbadores y nocivos de nuestro ya vetusto rentismo. La lucha por una distribución más justa de la riqueza generada en el país es algo encomiable; lo que no se puede aceptar es que el gobierno no haya dado el salto del asistencialismo a la organización,

educación e inversión social necesarias para que, por medio del trabajo digno, de la autonomía personal y la solidaridad colectiva luche cada quien y cada comunidad en pro de una situación social digna.

No me parece exagerado decir que, con el chavismo, la vieja economía rentista ha devenido una economía evergetista. Aquí, con la revolución, no se ha dado un salto del rentismo petrolero a alguna forma de economía sana, sino a un sistema donde un «evergetismo popular» —toda una paradoja, en el plano histórico— tiene demasiada importancia. El evergestimo era el procedimiento del patriciado y los emperadores romanos, para garantizar la estabilidad y la cohesión comunitarias, cuando estas se ponían en peligro a causa de las hambrunas. Consistía, simplemente, en compartir algo de sus enormes riquezas, regalando comida a la gente. Era una válvula de escape ocasional. Con los chavistas, el evergestimo aparece como una práctica «desde el propio pueblo» —no desde la oligarquía— y de carácter permanente. Este gobierno ha exacerbado el recurso a la dádiva vertical, sin corresponsabilidad necesaria de los beneficiarios. Eso hace que el evergestimo se presente con visos de una intención clientelar.

JB: *¿No es el equivalente al asistencialismo?*

JL: Para mí, el evergestimo es el extremo del asistencialismo. Aquí, algunos han llegado a plantear elevar el esquema de los CLAP¹ a rango constitucional. Eso me parece un exceso y una confusión. Estoy de acuerdo con que se impulsen programas para contrarrestar los gravísimos efectos

¹ El acróstico CLAP sintetiza el nombre de unos organismos populares denominados «Comités Locales de Abastecimiento y Producción». En general, su base organizativa viene a ser una especie de ampliación de

de la hiperinflación táctica, que practican de manera egoísta los factores nacionales e internacionales de la economía, tanto formales como informales. Los CLAP son parte de eso, como un mecanismo de emergencia y su vigencia está limitada por los vaivenes de los ataques que sufre la economía venezolana, en detrimento de la gente común. Por eso, rechazo las propuestas en pro de su eternización. Me resulta obvio que la actividad de los CLAP no es lo que siempre se ha entendido como socialismo. En fin: no son un modelo económico, sino un paliativo estratégico circunstancial, con todas las trazas del evergetismo. Podría aceptarse que se trata de un evergetismo signado por una intención de justicia social. Pero eso no le quita su condición de dádiva vertical emergente.

Ahora, si uno hace un balance de lo que ha sido la enorme política social de los gobiernos chavistas, se ve obligado a concluir que, con todo lo que tiene de positivo, esa política se ha ido torciendo, distorsionando, hasta adaptarse —al mismo tiempo que la estimula— a una economía capitalista débilmente tradicional, «extraña» más que heterodoxa, sin cuajar en reformas ni revoluciones significativas. Una estructura económica no bien vertebrada, que encuadra y permite la coexistencia tensa y dispareja con una serie de opciones de

los Consejos Comunales. Su función principal consiste en facilitar a los sectores económicamente más débiles el acceso a alimentos básicos y productos de primera necesidad, a precios módicos. Con el tiempo se ha convertido en una amplia red popular-gubernamental de distribución de comida, que hace contrapeso relativo a la hiperinflación y la escasez. Se ha venido asentando la idea de que la típica caja de comida que distribuyen los CLAP llega, al menos una vez al mes, a más de 6 millones de familias venezolanas, lo que en términos demográficos puede traducirse en un nutrido sector de la población de un país que cuenta con aproximadamente 30 millones de habitantes.

carácter socializante, cogestionario, autogestionario, cooperativista, muy focales y limitadas. También con sectores de la economía controlados por instancias gubernamentales, a raíz de expropiaciones y medidas similares que no han tenido un éxito significativo o, de plano, han fracasado rotundamente. Y aprovecho para llamar la atención, aquí, sobre el vínculo entre economía, política y ética. Las dimensiones de ese fracaso, junto con las del evergetismo están en función del déficit ético que afecta al país.

una economía híbrida

JB: *Entonces ¿cómo habría que definir la economía venezolana?*

JL: Todo indica que es una estructura económica híbrida. Y ahí, en ese encuadre, es donde se decide la secular contraposición ideológica —más que técnica o científica— entre capitalismo y socialismo. La realidad económica concreta de Venezuela es de hibridaje, de combinaciones sincréticas, pragmáticas, según intereses y conveniencias. Trato de distinguir el hibridaje del pluralismo económico. La mera coexistencia de modos de producción resulta perjudicial; pero el equilibrio entre ellos me parece un *desiderátum*, contra el pensamiento económico único, que es el capitalista liberal. Aquí no hay nada como un capitalismo «puro» ni como un socialismo «puro», según las definiciones de manual. Esto pone de relieve lo que parece un falso problema: el de la supuesta oposición irreductible entre el capital y los modelos económicos más acordes con el bien común.

Me parece que debemos distinguir entre capital y capitalismo. Pienso que se puede formular con fundamento la idea de que el capital ha existido siempre, aunque el capitalismo sea un fenómeno relativamente reciente. El capital ha sido —y todo indica que seguirá siéndolo— un medio imprescindible

para el funcionamiento de toda economía con un mínimo de complejidad. El capital es un medio de producción entre otros. El capitalismo lo que hace es convertir al capital en soporte de una lógica de explotación y acumulación y, de esa forma, lo que es un medio también actúa como un fin.

JB: *El otro componente, para hacer funcionar los procesos productivos es la fuerza de trabajo.*

JL: Por supuesto. Ningún proceso económico funciona, por muy complejo y tecnificado que sea, sin el factor humano. Cierta discurso ideológico ha exacerbado la confrontación entre capital y trabajo, cuando se trata de medios que se requieren mutuamente. El capital nada logra sin el trabajo y este no es viable sin el concurso de aquél, incluso en tiempos de robótica, como los que se anuncian.

Hubo capital en Egipto, en Mesopotamia, en Grecia y Roma, aunque fueron sociedades esclavistas. El esclavismo es una manera de resolver el problema de la fuerza del trabajo que mueve medios productivos. Y el capital forma parte de lo que constituyen las fuerzas productivas. Por consiguiente, el capital es inevitable para cualquier modo de economía, en cualquier momento y en cualquier lugar. De hecho, los socialismos realmente existentes siempre fueron estructuras centralistas, verticales, de reacomodo, y redimensionamiento de capitales manejados por el Estado. Por eso, muchas veces se hablaba de que la Unión Soviética era un capitalismo de Estado. Pero el capitalismo convierte el medio de producción «capital» en un fin en sí e impulsa una lógica consistente en producir más en menos tiempo y con menos costo y en acumular el máximo de riqueza con la mayor rapidez, con el máximo beneficio y el mínimo de obstáculos posible.

El problema no está en el capital, sino en la relación que tengamos con él. El punto está en alcanzar un equilibrio, un

justo medio en nuestra relación con un factor inevitable de la lucha por la subsistencia —más aún en sociedades complejas como la nuestra— que es el capital. El problema está en la lógica del capitalismo, que es lo que se nos presenta como algo perturbador, anti-humano; una fuerza que aniquila vidas y comunidades, que pone el egoísmo de los propietarios por encima del bien común.

¿Qué opción nos queda? Una economía del bien común, una economía justa en un encuadre político justo, que necesariamente va a requerir capitales. Será una economía, por tanto, «capitalista» en ese sentido y así llegamos al punto de que lo único humano realmente es algo como un «social-capitalismo». Esa puede ser la solución.

JB: *Hablas de una especie de modelo sustentado en un equilibrio entre capital e interés general. ¿Cómo lograr eso?*

JL: El socialismo pretende introducir un elemento ético, humanista, en el plano de las relaciones de producción y en las sociales y políticas, que derivan de un modelo que no se subordina a ningún interés privado. La transformación de la economía y de las relaciones de producción debe estar a la par de una transformación de las relaciones sociales y políticas. Eso me parece correcto. En el fondo, eso implica una relación de la gente con los capitales sustentada en la justicia, en una sensibilidad humana, en un compromiso social. En concreto, supone afrontar de manera adecuada el espinoso problema de la explotación de personas, que la lógica del capitalismo lleva a extremos anti-humanos. Y por eso me permito proponer un social-capitalismo, un «invento» —para decirlo al modo de Simón Rodríguez— viable en un país tan dotado de recursos como este. De esa manera, se superaría la pugna polarizante y permanente entre el capital y el socialismo. Me parece una pugna falsa.

el dogma del crecimiento económico

JB: *En el libro Ética² se afirma que la pobreza y la riqueza son estados sociales éticamente indiferentes: ser pobre no es un mal en sí, tampoco es un bien en sí. Sobre este tema se ha generado aquí un discurso político manipulador. Unos ensalzan la pobreza, otros ponen a la riqueza como lo máximo. Para unos, el rico es malo en sí y el pobre es bueno en sí. Ha cundido una idea adánica del pobre, ante la cual conviene insistir en esa indiferencia de la que tu hablas. El gobierno ha hecho uso oportuno de esos prejuicios, para en nombre de la justicia social expropiar empresas, tierras, propiedades... que ha llevado a la ruina. Eso habla del fracaso de un proyecto supuestamente revolucionario.*

JL: Lo que creo que ha venido fallando es la eficiencia. Las fallas en eso han sido y son tan grandes y persistentes que el propio gobierno las ha reconocido muchas veces y ha prometido superarlas; siempre sin éxito. La inoperancia tiene una clara faceta ética y esto es algo que requiere un análisis específico.

En tu pregunta hay dos dimensiones: una es la parte de los ricos y los pobres. Ya adelantamos que la riqueza y la pobreza, como tales, no tienen signo moral alguno. Quiere decir que pueden ser buenas o pueden ser malas, según cómo operen en determinado proyecto ético. Si el contar con abundantes recursos nos hace mejores personas y contribuimos así al bien propio y al común, no hay problema ético alguno con la riqueza. El punto es la relación ética con la riqueza. Una fortuna mal habida ya está manchada por el mal; pero si alguien hereda una propiedad, una empresa, un capital o se gana la lotería en buena lid, eso no hace malo a nadie, por sí mismo; tampoco lo hace bueno. Hay

² Fundación Ethos, *Ética (Orientaciones básicas)*, Puerto La Cruz (Venezuela), 2018.

que asentar esto, porque algunos piensan que enriquecerse es una especie de designio divino, una bendición celestial, que le da a alguien poderes cuyo injusto ejercicio estaría así justificado. Eso también es falso. Entonces, si el medio de adquisición de la riqueza ha sido inmoral, quien haga uso de ella estará marcado con el estigma de ese mal. Esto pone a una parte de los capitalistas en un serio aprieto ético. Marx señaló, en alguna parte que no recuerdo, que en general los capitales iniciales de las grandes empresas tenían un origen delictivo, injusto.

JB: *Esos son prejuicios.*

JL: Pues, te diré... Con mucha frecuencia es verdad. Proudhon concluyó que la propiedad es un robo. Me parecen planteamientos defendibles. Una riqueza hecha a base de una explotación intensa de gente no tiene una justificación moral precisamente fácil. Es un modo de la *hybris*.

JB: *¿Cómo crecen las sociedades si no generan riquezas?*

JL: Según se ha visto, en la historia, hay muchos casos de prosperidad económica y social obtenida con medios mucho más justos que la explotación capitalista silvestre, sin limitaciones legales ni morales.

Pero, además tu pregunta impone una consideración crítica ante lo que considero un dogma: el dogma del crecimiento económico. ¿Por qué el crecimiento es la gran bandera de nuestras sociedades? Este asunto no se puede manejar con seriedad, si nos limitamos a admitir la obligatoriedad de un crecimiento económico de estilo capitalista como una tesis inapelable, que no requiere demostración alguna, que resulta «naturalmente» obvia para todo ser pensante.

del «socialismo real» al social-capitalismo

JB: *Claro, el crecimiento económico no siempre garantiza equilibrio social.*

JL: No solamente no garantiza equilibrio social, puede ser un gran elemento distorsionador de todo. Gente lúcida como Jorge Riechmann han mostrado los límites y la destructividad del capitalismo en curso. El mundo sometido al capitalismo neoliberal global del presente se enfrenta a un tope y a un descenso estructural en el crecimiento y la destructividad de este modelo va en aumento. Solo que algunos capitalistas «tropicosos» no quieren enterarse.

Buena parte de la izquierda –la de orientación chavista, por ejemplo– se aferra al desarrollismo y al dogma del crecimiento económico. Esa actitud tiene mucho que ver con la necesidad de responder a un añejo problema histórico-político, además de la necesidad de afrontar la deuda social heredada del antiguo régimen. El proyecto bolivariano, con Chávez a la cabeza, se sintió en la necesidad de ofrecer respuestas a la crisis de la vieja izquierda, a raíz de la quiebra y el derrumbe del «socialismo real». En principio, puso en práctica la operación consistente en reinventar a Bolívar, a Zamora, a Negro Primero y otros próceres de la Independencia. Más tarde, intentó redefinir el viejo socialismo-comunismo, con base en algo que se llamó «Socialismo del Siglo XXI». La expresión no la inventaron los chavistas. Partieron de una premisa defendible: el fracaso del socialismo real no significaba privarse de reorganizar sociedades de capitalismo distorsionado, como la venezolana, de acuerdo con alguna forma alterna de socialismo. Estoy de acuerdo con ese supuesto: la humanidad requiere algún modelo socializante y a eso me refiero, cuando propongo el social-capitalismo. Pero la deriva chavista fue otra: pretendieron

cubrir el vacío dejado por el fracaso del viejo socialismo más o menos soviético, con políticas económicas y sociales que no remiten a un referente ideológico, sino a un referente temporal, el siglo XXI. Y cuando termine el siglo XXI ¿qué va a pasar? Y ¿qué misteriosa esencia hace de la todavía poco conocida atmósfera social de este siglo un fundamento ideológico? Desde que apareció, esa etiqueta me pareció un insustancial truco discursivo.

JB: *Cualquiera lo convierte en un simple slogan.*

JL: Aparte de eso, lo que más me importa destacar es la diferencia específica, con la que se pretende distinguir el género o tipo de socialismo que pretende impulsar el chavismo. Se trata nomás de una ubicación en el siglo actual. Eso, a mí, no me dice nada. El siglo XXI no es ninguna esencia que sustente ninguna ideología o programa. Estamos, cuando más, ante el nombre de un momento en el despliegue del tiempo. Y el siglo XXI no tiene nada de especial, ni siquiera para quien se identifique con una idea historicista de la política, porque el tiempo es mera condición del desarrollo de todo proceso y no una sustancia que pueda actuar como plataforma en la que se coloquen los acontecimientos históricos. La maniobra teórico-ideológica resultó fallida, pero todo indica que obedecía a una necesidad de los sectores populares que accedieron al poder con el chavismo. Necesitaron configurar un discurso alterno y eso me parece legítimo, aunque en el camino hayan cometido errores garrafales y por eso estamos ante una situación que requiere serias autocríticas y cambios.

JB: *Tú entras en ese debate, cuando planteas una opción distinta, el «social-capitalismo». ¿Cómo hay que entender eso?*

JL: Sé que más de uno dudará de mi cordura. Veo a muchos dibujar una sonrisita sarcástica en sus labios, al oír hablar de «social-capitalismo». Creo poder defender la idea, en la

medida en que diferencia capital de capitalismo; es decir, distingo un simple medio de producción de una lógica de explotación y acumulación anti-humana y destructiva. Con ese término, pienso describir un orden de actividad y relaciones humanas definidas por la combinación de dignidad humana, ética, trabajo, justicia, ley y capital. Finalmente, todo indica que es imposible que dejemos de aprovecharnos los unos de los otros³. Si «explotar» significa sacar algún provecho material y/o moral del ejercicio de las capacidades y de las actividades de determinadas personas, me parece claro que no podemos vivir en este mundo sin que explotemos y nos exploten, en algún grado y en todos los órdenes de nuestras existencias humanas. No hay vida social, sin el cumplimiento de ese hecho. De lo que se trata, entonces, es de evitar por medio de la ética, leyes justas y prácticas sociales humanistas que eso se convierta en un atentado a la dignidad humana y en dominación abusiva. En eso, habrá de ser decisivo subsumir el medio inevitable llamado «capital», en una economía raígalmente social y adecuadamente delimitada por contenciones de carácter ético, legal y político. Esto me parece posible y necesario.

JB: *¿Y eso no se parece demasiado a una socialdemocracia?*

JL: No niego las similitudes con las expresiones más influyentes de una visión socialdemócrata de la economía —algo como la desabrida «tercera vía» de Toni Blair—, pero hay una diferencia de raíz, que anula o minimiza esas afinidades aparentes. La socialdemocracia decimonónica era obrerista

³ De hecho el capitalismo puede ser visto como un extremo de una suerte de «ley de devoración universal», un comerse los unos a los otros, que determina casi a la totalidad de los seres vivos. Los interesados en este asunto, pueden consultar el libro de Josu Landa, *Teoría del caníbal exquisito (Atisbo)*, México, La Jaula Abierta, 2019.

y se colocaba en algún nivel de la confrontación de clases, que hoy en día, me parece, no viene a cuento. La socialdemocracia de la segunda posguerra mundial, postkeynesiana, casada con el «Estado de Bienestar» que apuntalaba, en el plano social, a la Guerra Fría, se articuló como gran soporte administrativo, sindical, político... de los intereses capitalistas. Yo no planteo nada de eso. Me limito a llamar la atención ante el hecho de que sin capital no hay economía viable, como antesala del reclamo de que ese medio se ponga al servicio del bien común y de la justicia, en lugar de ser la base de una explotación anti-humana que beneficie a unos pocos. Esto implica una idea ética de la economía y de la política; es decir, una creativa praxis económica y política, sustentada en la ética y en leyes justas.

autocrítica pareja

JB: *Cuando hablas de autocrítica ¿en qué estás pensando?*

JL: Lo de la autocrítica nos lleva directo al plano de los dos agentes políticos polarmente enfrentados. Esos son sujetos históricos dinámicos y no tienen una responsabilidad histórica en términos de cumplimiento de un plan de la Historia. Tienen una responsabilidad política con el presente de cara al futuro. Ambos agentes han fallado en el impulso de sus programas políticos y eso llevaría a la necesidad de un cambio. Ambos concuerdan, a su manera, en que no se puede continuar así y, por ende, se hace necesario un cambio político-social. Pero ¿por dónde empezar ese cambio? Pienso que por una revisión de sí mismos, por una autognosis, que es lo que denominamos normalmente como una autocrítica. Es decir, reconocerse a sí mismos como alguien que ha cometido graves errores y estar dispuestos a una rectificación, a una corrección, para que las cosas cambien.

Los agentes más claramente definidos con el proceso bolivariano, los exponentes del proceso bolivariano, deben someter a cuestión todas sus grandes iniciativas. Cuestionar no es descalificar, sino hacer las preguntas pertinentes, para dar en el clavo en lo que se quiere investigar. Por una parte, el chavismo debería mirarse a sí mismo, con voluntad realmente autocrítica, por ejemplo, en lo tocante al origen de su fuerza política, que fue un golpe de Estado fallido y reiterado. De esa manera, el chavismo se incorporó a la vieja tradición golpista y uno podría decir que eso se le revirtió como una especie de karma. Desde Cipriano Castro para acá, la historia política nacional está vertebrada por una larga cadena de golpes de Estado. Prácticamente un siglo repleto de conspiraciones y asonadas militares y cívico-militares. Con la reducción del país a poco más que un surtidor de petróleo, en vista de los efectos económicos y sociales de esa transformación, el golpismo se convirtió casi que en el método privilegiado de acceso al poder, en el siglo XX y en lo que llevamos del XXI. Sin negar la existencia de procesos electorales y programas democráticos, lo más notorio es el predominio de la ruptura del hilo constitucional, el desconocimiento del pacto social de turno.

El chavismo originario, con el propio Chávez a la cabeza, para mí, cometió ese error. Soy de los pocos que, desde una postura de izquierda, nunca hemos estado de acuerdo con los golpes que asestaron al gobierno de Carlos Andrés Pérez, en 1992, pese a que fue un personaje que siempre me pareció indefendible; en muchos aspectos: una encarnación de la anti-política. Nunca me han satisfecho los argumentos con los que se pretende justificar la salida de CAP por una vía abrupta, no democrática. La descomposición a que llegó la estructura política de la IV República, bajo su gobierno, me parece innegable, pero aun así debió ser desplazado del poder siguiendo las pautas de la constitución vigente. El

chavismo debería reconsiderar eso autocríticamente, porque ahora le están dando sopita de su propio chocolate, como se dice en México. Finalmente, el chavismo ha sufrido varias intentonas de golpe de Estado y, aparte de eso, cuando menos, un intento en toda regla de asesinato del presidente. Y, claro, si repruebo el golpismo fundacional de los chavistas, no puedo menos que hacer lo propio con el variopinto y sostenido golpismo de los opositores.

En realidad, hay que ir más allá de señalar y repudiar el conspirativismo tan intenso de la política venezolana. Tengo la impresión de que nuestra realidad política, sobre todo, en el último medio siglo, está sometida a la ley anti-política de acción/reacción. Me explico: el Pacto de Punto Fijo excluyó de la dinámica política y trató de aislar violentamente al PCV, al MIR y a sus importantes bases populares organizadas, en el encuadre de la Guerra Fría. Eso suscitó la respuesta guerrillera de los años 60 y varios golpes militares de izquierda. La brutal derrota de que fue objeto todo este sector, originó un repliegue de la izquierda insurreccional, que no pudo ser subsanado por ningún avance de la izquierda electoral e institucional. Ni el MAS ni el PCV ni el MIR pacificados pudieron hacerse de posiciones significativas en la estructura de la IV República. Se fue larvando el descontento y la frustración, que desataron toda la violencia en torno al Caracazo, tras el chispazo de las esperanzas carlosandresistas frustradas por el propio CAP, en 1989. Esto, a su vez, dio pie a las violentas sublevaciones de los jóvenes militares del Movimiento Bolivariano Revolucionario, con Chávez al frente, en 1992.

La incorporación de éstos a la actividad democrática no impidió la reacción golpista opositora de 2002 y, desde entonces, al país está sometido constantemente a proyectos insurreccionales, reñidos con la constitución vigente (huelgas

patronales de carácter político, sabotajes a la industria petrolera, actividades de desestabilización callejera con miras a derrocar al presidente por medios inconstitucionales, guerra no convencional, intentos de magnicidio, desobediencia civil en el área económica, golpes suaves, asonadas civico-militares, como la del 30 de abril pasado...) ¿Qué nos espera, de continuar con el despliegue de la ley anti-política de acción/reacción? Se supondría que a una eventual expulsión del chavismo de Miraflores, por medio de procedimientos inconstitucionales, le sucedería una respuesta de intención restauradora, no precisamente democrática, pese a la brutal represión con la que se la combatiría, desde las fuerzas de la actual oposición. Esto supondría una exacerbación del estado de guerra, de mayor o menor intensidad, que ya nos afecta y si llegara a restituir al chavismo o algo que se le pareciera, generaría la esperable reacción de sus oponentes y enemigos.

¿Debemos seguir así? ¿Tiene que ser ese el futuro político de nuestro país? Es lógico que toda persona sensata procure evitar un curso así de la Historia. No precisamente por medio de la aniquilación fáctica de ninguno de los agnistas polarmente enfrentados, sino por una interrupción ética, humanista, del desenvolvimiento de la ley de acción/reacción. Es el momento de decir basta a ese modo del desarrollo político, por medio del apego estricto a la Constitución y del control ético y legal de la praxis política en el país. La reivindicación del diálogo, el acuerdo y la negociación como vías de reestructuración de la economía y la política venezolanas del presente entraría en ese terreno. También el ejercicio de la autocritica, que me parece tan importante. La autocritica rigurosa de todos los implicados en la política nacional podría ser clave para interrumpir el permanente proceso de acción/reacción conspirativo.

JB: *Después del 27 de noviembre de 1992, que fue como una réplica*

del golpe perpetrado el 4 de febrero, el chavismo rectificó y tomó la ruta electoral. Sin embargo, celebran todos los años esa intentona, hasta el punto de que el 4-2 es ahora una fecha patria. ¿Qué dices a eso?

JL: El 4 de Febrero se ha convertido nada menos que en una de las cuatro patas en las que se sostiene la plataforma ideológica del chavismo y eso me parece a mí éticamente cuestionable. Desde mi modesto punto de vista, los chavistas deben autocriticarse mucho, en lo tocante a las formas de impulsar sus políticas. Muchas veces ha caído en la trampa de la buena intención como justificadora de todo. Está bien: prefiero la buena intención a la mala, pero hay que reconocer que muchas iniciativas bienintencionadas han derivado en desastres.

Ya hemos hablado de la resurrección del historicismo por parte de los dos bandos polarmente enfrentado, dentro y fuera del país. El enaltecimiento del golpe fallido del 4-2-1992, por parte del chavismo, responde a ese referente ideológico. Los implicados se sienten como gente que está cumpliendo una misión histórica, que está en el lado correcto de la Historia. Eso no tiene un verdadero sustento ético-político. Pero, además, los impulsores del proyecto bolivariano cayeron en la vieja ilusión de pretender transformar la sociedad desde arriba, sin sentar las bases de una transformación ética de las personas implicadas en ese proceso. También se ilusionaron con la posibilidad de impulsar grandes cambios de la noche a la mañana. No digo nada de esto en detrimento de lo que considero grandes logros sociales del gobierno bolivariano. Soy de los que no aceptan nada en bloque ni rechazan nada en bloque. Pero también soy más amigo de la verdad que de Platón. Como filósofo, estoy obligado a atenerme a lo manifiesto y lo verdadero. Me parece obvio que no podíamos seguir como estábamos en la IV República y que todo el cúmulo

de energías sociales y políticas liberadas por el chavismo ha sido, en general, positivo. Pero también me resulta claro que el proceso bolivariano ha generado algunas consecuencias indeseables y ha presentado fallas graves.

JB: *Sobre todo en el terreno económico.*

JL: Las políticas económicas han sido su gran falla, su talón de Aquiles. Es posible que en esto haya incidido el apego dogmático del gobierno bolivariano a las fórmulas ensayadas por la izquierda comunista, desde la Revolución Bolchevique. En lugar de crear, de manera imaginativa, fórmulas apegadas a la singularidad de la historia económica del país y al enorme poderío de los petrodólares, se esmeró en tratar de adaptarse a diversas variantes del pensamiento económico marxista. El dogma del modelo económico más o menos prestigioso sustituyó al mandado simonrodriguista de inventar una república específica. Ese dogmatismo generó enfrentamientos grupales y de clase, mientras más virulentos mayores eran los intereses afectados. El espinoso asunto de las expropiaciones sin fundamento claro tiene su origen ahí.

JB: *Otra vez el tema del mesianismo, la acción de quien se cree asignado como sujeto político por las leyes de la Historia.*

JL: Junto a todas esas cosas, está el furor chavista de impulsar cambios con una velocidad excesiva. Esa premura en la acción social, política y económica colide frontalmente con fuertes intereses. Más aun, si se presenta, como ha sido el caso —aunque no siempre— con ciertos aires de prepotencia y verticalidad mesiánica: «Nosotros somos el sujeto histórico. Somos los portadores del Bien. Venimos a paso de vencedores. Apártense ustedes, burgueses y pequeñoburgueses...» Así, empezaron a tomar el control de partes estratégicas de la economía, como ciertas industrias básicas, sin tener

las capacidades técnicas ni los soportes éticos y humanos necesarios para impulsar una sólida economía alterna. Me parece legítimo tratar de modificar lo que está mal, encarar las viejas injusticias capitalistas, combatir la explotación abusiva y todos sabemos que, en la vieja siderúrgica de Guayana –por tomar un ejemplo importante: el principal sector industrial después de PDVSA– había gravísimos abusos y excesos de todo tipo. Había que cambiar esa situación, pero no con base en la asunción dogmática de una serie de prejuicios, fórmulas y consignas prefabricadas por agentes políticos muy diferentes a nuestros trabajadores.

Sectores importantes de la clase obrera han mantenido una relación más que cuestionable con sindicatos corruptos y corruptores. Los que, en el pasado, escaparon de esa influencia han sobrellevado en general una vida de explotación, depauperación, alienación, injusticias y carencias de formación muy acusadas. Aunque la mayoría es gente de buena fe y han participado del discurso esperanzador del chavismo, resulta bastante difícil que cuenten con las bases científicas y técnicas necesarias para administrar y conducir, de manera estable y eficiente, industrias de una complejidad tan grande como la siderúrgica de Guayana. Nosotros no contamos con trabajadores como los obreros metalúrgicos de San Petersburgo, convertidos en bolcheviques, que son capaces de cosas como leer *El Capital* y que, por lo mismo, cuentan con las disposiciones necesarias para echar a andar cualquier cosa, incluso poner a rodar un paralelepípedo, casi como si fuese un cilindro.

JB: *Porque se han leído a Dostoiévski. Han leído su propia alma.*

JL: Es probable. Como sea, han alcanzado una formación cultural muy amplia, una disciplina y un conocimiento del medio muy superior, según todos los indicios, a los de

nuestro trabajador común. Esas limitaciones, encubiertas por los prejuicios ideológicos sobre la clase obrera, están en la raíz de considerables catástrofes, que el gobierno debería reconocer con espíritu autocrítico y aplicar los correctivos del caso en su programa económico-político.

JB: *Pero, en lugar de la humildad autocrítica que planteas, el gobierno se ha caracterizado por actitudes ríspidas, fuera de tono.*

JL: En lo personal, le doy mucha importancia a las formas en política. Muchas veces, son el factor principal de la efectividad de las más importantes iniciativas políticas. Y la verdad es que Chávez mismo y algunos de sus allegados en la jerarquía se han distinguido por menospreciar las formalidades, aunque en justicia también pienso que han tenido mucha paciencia ante ciertas campañas obviamente calumniosas y arteras. Puedo echar mano de un botón de muestra de formas anti-políticas: el proceso de Referendo para la Reforma Constitucional de 2007. Que yo recuerde fue la única ocasión en la que Chávez perdió un proceso electoral. El primer atentado a las formas políticas fue su lectura de los resultados como una «una victoria de mierda», por parte de la oposición. El segundo, la iniciativa parlamentaria dirigida a subsanar esa derrota, en la parte relativa a la reelección indefinida de los cargos de elección popular, en una Asamblea Nacional dominada casi por completo por el chavismo. Se trata de excesos inadmisibles desde la sensatez y los principios éticos y democráticos. Desbordamientos, expresiones de la *hybris*, como también lo han sido, por ejemplo, las abusivas cadenas de radio y televisión impuestas a la gente, a cualquier hora.

Claro está, en eso de la *hybris*, de la desmesura en las formas y en los hechos, la IV República también tuvo lo suyo. Por ejemplo, los discursos y los actos arbitrarios de

Rómulo Betancourt contra dirigentes políticos, sindicales, estudiantiles y militares, desde el comienzo mismo de su mandato, son parte prominente de la antología de la anti-política en Venezuela. ¿Qué es la *hybris*? Es el nombre griego de la desmesura, los excesos, del acto de salirse de madre, sea ante los límites constitucionales, los límites éticos... Una revisión autocrítica del oficialismo y de la oposición debería tender a superar en algo esa plaga de la política y de la vida.

JB: *Según lo que vienes planteando, la oposición también debe hacer su autocrítica. Se supone que eso enriquecería el debate y ayudaría a resolver la crisis.*

JL: Sí. Un paso así, dado con seriedad, elevaría el nivel del debate político y debilitaría la intensidad de la polarización, lo cual ayudaría mucho a un encuentro nacional, a un acuerdo nacional, a un pacto social, más allá de las eventuales y necesarias negociaciones políticas puntuales. Una autocrítica global y puntual del chavismo abarcaría otros aspectos aparte de los señalados. De seguro salen algunos otros en la conversación. Pero lo idóneo es la autorrevisión de los agnistas políticos más relevantes. De hecho, la autocrítica de la oposición es más urgente, porque todavía no ha rendido cuentas de sus actuaciones en el poder durante casi 40 años.

Está sucediendo algo muy llamativo: los dos grandes polos están ahí copando la política nacional, pero algo está pasando que la población está harta e inconforme con ambos. Las duras calamidades que afectan a la gente no se traducen en un apoyo sustancial, programático, estratégico a la oposición. El descontento masivo ante la durísima situación económica y social no deriva en un estallido contra el gobierno ni en un aumento significativo en las adhesiones a las fuerzas opositoras ni en el surgimiento de una tercera

vía esperanzadora. Hay pequeños conatos de opciones alternas, como el llamado «chavismo crítico» o los grupos que promueven un referendo consultivo. Nada de esto logra conectar con la gente. Quizá porque, en el caso de los chavistas disidentes, el campo bolivariano ya está copado por los chavistas oficiales, que enarbolan la ortodoxia en el manejo del «legado de Chávez». El referendo consultivo arrastra la rémora de la diversidad de interpretaciones de una cláusula constitucional. El referendo consultivo no es lo que contempla la constitución, para expulsar a un presidente. Para eso está el referendo revocatorio. No entiendo por qué no acuden a esta vía quienes están convencidos de que la solución de los problemas del país pasa necesariamente por sacar a Maduro del gobierno. Por el momento, es la única opción constitucional.

Esto último me parece decisivo: por encima de todo, no romper el hilo constitucional. Ya vimos las graves consecuencias de la ley de acción/reacción, con su larga cadena de violaciones del orden constitucional en nuestra historia contemporánea. Algunos han llegado al punto de recurrir a la desesperación como la actitud apropiada, «natural», ante la grave situación del país. Esa actitud favorece la búsqueda de atajos, estimula el golpismo en todas sus variantes y, por eso, pone en riesgo la democracia representativa que aquí tenemos, digan lo que digan algunos. Los tiempos constitucionales son de capital importancia y me parece vital que se desarrolle una cultura política que deje atrás, para siempre, la anti-política del inmediatismo y la desesperación, que incitan a algunos al golpe de Estado y al activismo sin sentido, por el simple hecho de que no están conformes con un gobierno. De lo que se trata es de hacer política, organizar, educar, activar las fuerzas necesarias para derrotar en las urnas o apuntalar equis gobierno. Los atajos pseudopolíticos siempre llevan a un abismo.

JB: ¿Y tú crees que la oposición no ha venido haciendo política en el sentido que estás planteando?

JL: Mi idea de la política no tiene por qué ser aceptada por nadie. Así que no exijo que se hagan las cosas como uno quisiera. Eso sería estúpidamente pretencioso de mi parte. Lo que, en todo caso, planteo es una idea rigurosa, ética y constitucionalista de la praxis política, universalizable, es decir, compartible por todos, no porque convenga a todos –algo, en general, imposible– sino porque es respetuosa con todos. Lo que es bueno y válido para el pavo debe serlo para la pava.

La polarización, el inmediatismo, el golpismo y todo eso son la anti-política y deben ser descartados. Algo que puede contribuir a eso es la renuncia al negacionismo recíproco, entre gobierno y opositores. En el caso de las fuerzas bolivarianas, se evidencia ese negacionismo en no reconocer las aportaciones sociales, culturales y políticas que, en su momento –no importa si de manera limitada e imperfecta o no– hizo la llamada IV República. Y por el lado de la oposición hay una tendencia permanente a ignorar y menospreciar los logros del proceso bolivariano. En ambos casos, se trata de pura anti-política.

La oposición no toma una postura nacionalista, patriótica, y se subordina a los intereses hegemónicos de una potencia extranjera. Mientras no supere esa enorme falla, no podrá adquirir un mínimo de credibilidad en los más amplios sectores populares. En general, la oposición está desconectada de las mayorías populares, porque sus dirigentes y sus referentes de clase principales tienen vínculos con ciertas ramas dolarizadas de la economía, un *modus vivendi* y maneras de estar en el país ajenas, por completo, al común de los venezolanos. Es un sector político-social sin

un compromiso con la suerte de las mayorías populares ni con el mismo país.

Está comprobado que la élite opositora ha jugado de manera aviesa el deplorable juego de arruinar importantes ramas de la economía, con efectos nefastos para las mayorías. Ese sector acusa a los chavistas de haber arrasado empresas expropiadas y contraer con ello la economía nacional en su conjunto. Y tienen bastante razón en ese señalamiento. Pero, con métodos e intenciones distintos, también la «oposición económica» –con Fedecámaras a la cabeza– ha afectado severamente a la economía nacional, al convertir el territorio normal de actividad económica en un espacio de acción política, en desmedro de sus responsabilidades de carácter productivo y comercial. En realidad, hay una confluencia, un pacto claro, una identidad de intereses entre la acción política opositora y el manejo de la economía como arma política. Por supuesto, ni la oposición política ni la económica aceptan el señalamiento de ser corresponsables del desastre económico nacional, agravado ahora con sanciones financieras, embargos de recursos legítimos etc, perpetrados por el gobierno de Trump y que ese sector acepta y aun celebra, pese a la gravedad de sus consecuencias en la gente.

Muchos ideólogos de la oposición dicen que esta idea forma parte del discurso «gobiernero». Lo cierto es que la guerra contra la dinámica económica nacional existe. Eso me parece una evidencia. A título de simple ejemplo: ¿por qué no es posible que en Venezuela se cumpla el más elemental acuerdo, entre empresarios y gobierno, sobre precios y salarios? Se han dado casos de compromisos que los empresarios y comerciantes rompen, a las primeras de cambio, en detrimento de la gente. En cualquier país, esa sería la más obvia medida anti-crisis y funcionaría. En Venezuela no es posible, tanto por las tasas de ganancia a

las que están acostumbrados los factores de la economía como porque así intervienen en la anti-política destinada a arrinconar al «Régimen», con independencia de las consecuencias que todo eso tenga en nuestras vidas.

modernidad chucuta en un horizonte de hipermodernidad

JB: *Es cierto que este gobierno ha hecho justicia de alguna manera con una deuda social histórica, con los programas sociales, por ejemplo, con el tema de las pensiones, que antes no eran universales y ahora las han convertido en algo casi automático: llegas a cierta edad y te dan tu pensión, hayas trabajado y cotizado al seguro o no. Pero me preocupa que esos programas sociales sean parte de un mecanismo de control de la gente, a través del llamado Carnet de la Patria.*

JL: Te metes ahora con un asunto muy complejo, un punto en el que intervienen muchos factores. Empezaría por colocarlo en el terreno de una limitación que se observa en los dos grandes bandos de la polarización y que consiste en haber perdido de vista los intensos y acelerados procesos de alteración e innovación que se están dando en el mundo. En este momento, está en marcha un proceso más de remodelización a escala global, encuadrado en un contexto de reestructuración geopolítica multipolar. Nosotros no podemos examinar con un mínimo de seriedad la política realmente existente en Venezuela, sin considerar ese tipo de factores. Seríamos demasiado «endogámicos» y nos autolimitaríamos demasiado.

Tenemos una fuerte apuesta por una modernidad social, económica y política a fondo. La Venezuela del siglo XX se dejó seducir por las luces rutilantes de la economía petrolera y por los cantos de sirena de una democracia modernizante. Pero, en realidad, su alma, su ser profundo,

su psique colectiva, tiene mucho de premoderno, al punto de que podría pensarse que el país ha conocido, cuando más, una modernidad chucuta. Y esto contrasta con un entorno de hipermodernización en marcha. Cuando uno observa la lucha política entre gobierno y oposición aquí, se queda con la impresión de que se olvidan de esto o, de plano, nunca se han enterado de verdad. Salta a la vista la existencia de cursos de remodelación fuertes, que están presionando todos los órdenes de la vida nacional y ante los cuales no parecen tener mucha claridad los agentes políticos y económicos más relevantes. Estamos recibiendo, vía China, Rusia, Europa e incluso Estados Unidos, pese a todos los problemas generados por las sanciones y los bloqueos contra el país, derivaciones de ese vertiginoso movimiento innovador en el terreno tecnológico, fuertemente conectado a una recomposición de los procesos productivos, con severa incidencia en el trabajo, en el sindicalismo, en las leyes laborales, en la relación de la economía y sociedad con el trabajo y con otras dimensiones de la existencia humana.

JB: *¿Te refieres al mundo occidental?*

JL: No solo. Se trata de un fenómeno planetario. En términos geográficos y culturales, China no es Occidente, pero está en la cresta de la ola de este movimiento. Se puede decir lo mismo de Japón y los llamados «tigres asiáticos», aunque al igual que China se han apropiado como pocos de algunos aspectos esenciales de la modernidad occidental.

JB: *Tengan democracia o no.*

JL: Ese es otro asunto. Lo que quiero destacar ahora es que los países y regiones que vienen decidiendo el curso actual del mundo están montados en cuestiones como la tecnología 5G, la robótica, la nanotecnología, la conquista del espacio sideral, las soluciones al calentamiento global y

la destrucción ecológica del planeta, la conveniencia o no de alimentos transgénicos y la de los «impulsores genéticos», la generación de políticas de ocio apropiadas, los poderes de la biotecnología, las tendencias a la precarización e incluso a la extinción del empleo, la elaboración de complejos algoritmos para una mayor efectividad en la mercadotecnia y en el control social, la implantación de una renta básica universal y toda una serie de fenómenos que rompen por completo con las tradiciones, en nuestra relación con el mundo y con las maneras de conocerlo. Ya ni siquiera el metro y el kilo son lo que eran; la célebre vara de platino iridiado dejó de ser la referencia universal de medida del espacio; ahora, cuando se habla de «metro», se refiere una función de la velocidad de la luz.

Mientras el mundo corre por esa ruta de modernización vertiginosa, aquí en general ni siquiera contamos con una conciencia profunda de sus alcances ni, menos aun, con los elementos teóricos para una seria consideración acerca de la mejor manera de relacionarnos con ese proceso, de modo que nos resulte humana y ecológicamente favorable. En esta orilla del abismo que nos separa de todo eso, lo que encontramos es un esfuerzo insólito y prácticamente sisífico—de permanentes subidas y bajones— por algo a la vez tan atrasado (evergetista) y tan vitalmente necesario para algunos sectores como las cajas CLAP o la instalación de un buen sistema eléctrico o de servicios elementales como el agua, el aseo urbano o una red de mercados bien organizados y limpios o de infraestructuras públicas elementales. El hecho de que Estados Unidos se dedique a ponerle trabas de todo tipo al desarrollo soberano del país no es razón suficiente para explicar la enorme brecha entre las tendencias hipermodernizantes y nuestro orden económico-social híbrido lastrado de premodernidades y arcaísmos de lo más nocivos y lacerantes.

No soy de los que rinden culto a la vorágine modernizadora, pero se trata de una realidad que se nos impone y pienso que, para afrontarla de la mejor manera, hace falta generar el discurso humanizador que ofrezca la alternativa espiritual y material adecuada, incluso en un tiempo de polarización extrema y de sórdidas guerras no convencionales como el presente. Ese discurso debe tomar nota, incluso, de los aspectos positivos que puedan ofrecer procedimientos y actitudes de muy antigua data y, por ende, «premodernos», como los que todavía conservan y ejercen los pueblos indígenas, por ejemplo.

JB: *Pero, sin negar esos elementos positivos, pareciera que tienen mayor peso los aspectos más atrasados de las visiones premodernas.*

JL: En este momento, es claramente así, al menos en lo que hace a la vida política, donde se perciben los efectos de una premodernidad residual, en aspectos como el caudillismo, el evergetismo, el clientelismo. Estos vicios ya están ampliamente documentados, por ejemplo, en regímenes tan antiguos como el imperio romano y los han practicado aquí tirios y troyanos, en el contexto de una economía rentista parasitaria, que en sí misma es una antigualla histórica. Los gobiernos de la IV República hicieron todo eso, quizá con la salvedad relativa del evergetismo, por razones obvias: no tenían forma de distribuir una riqueza petrolera que se embolsillaban las élites. Los gobiernos bolivarianos, en su afán de cubrir la deuda social histórica, han reforzado el evergetismo y eso puede tender a derivar en clientelismo. Pero también hay que tener en cuenta que las sanciones comerciales y los bloqueos financieros que impone Estados Unidos al país, lo que hacen es reforzar las potencialidades clientelares de la política social del gobierno, porque dejan sin otra opción que el Carnet de la Patria y las cajas CLAP —es decir, el acceso relativo a fondos públicos que nos per-

tenecen a todos— a sectores muy amplios de la población. Me parece que nada de eso se aviene con una modernidad política que debe estar a tono, en el plano político y ético, con los procesos de remodelación en marcha.

JB: *Puede ser solo una anécdota inocua lo que te voy a comentar. En cierto momento, un líder de la oposición, Manuel Rosales, dijo: «Vamos todos a sacar el Carnet de la Patria». Fue acusado de traidor, de chavista; casi lo queman en una plaza. Pero, comparto tu planteamiento de ser más comprensivos con ese tipo de mecanismos, en la medida en que se trata de recursos de todos los venezolanos...*

JL: ...Y que, por lo mismo, es justo que, en condiciones tan duras como las actuales sean accesibles, en principio, para todos los venezolanos en situación menesterosa. Ahora, como sucede con todo lo humano, eso que en este momento es de justicia puede convertirse en ocasión y mecanismo de injusticias diversas, sobre todo, cuando no se ha expandido en la sociedad una conciencia política y crítica modernizadora. Se supone que en una sociedad beneficiada por una modernidad sujeta a las debidas determinaciones éticas y jurídicas no deberían existir estructuras asistencia- listas masivas, pero lamentablemente no hemos alcanzado ese nivel. Y ahí es donde se ve la urgencia de una política sustentada en la ética.

El asistencialismo puede ser inevitable en circunstancias de gravísima crisis como las de ahora y en la medida en que no lo tomemos como recurso acomodaticio, para no cambiar nada. Así que, en el fondo, el asistencialismo es una etapa que debemos dejar atrás; el evergetismo debe ser superado.

Ya que planteas tus inquietudes sobre el Carnet de la Patria, mi idea es que no debería existir, si Venezuela no sufriera una severa crisis generada por factores exógenos y

endógenos. Dado que no es el caso, me parece lógico que el gobierno recurra a mecanismos que eleven la eficacia de sus programas sociales. No se puede negar que eso implica riesgos de clientelismo. Pero esa clase de peligros también está relacionada con el nivel ético de la gente. En fin, en condiciones menos rudas, debería desaparecer del panorama político-social. Pero toda medida política importante implica riesgos, que por muy grandes que sean no deben impedir su mejor aplicación posible. ¿Que el carnet puede servir para un control policial de la gente? Podría ser, pero no le veo mucho sentido a esa posibilidad, porque los venezolanos estamos sometidos a un nivel considerable de control, desde que se nos obligó, hace muchas décadas, a poseer una cédula de identidad. Luego, están el padrón electoral, las cuentas y tarjetas bancarias... todas son factores de control potencial. No veo cómo el gobierno pueda enterarse más de nuestras vidas, por medio del dichoso Carnet.

JB: *¿Qué otros aspectos impugnarías en la actual política venezolana?*

JL: La lista sería larga. Lo digo con responsabilidad y modestia, porque sé que se puede cometer injusticia al juzgar la praxis política concreta «desde fuera». Es demasiado fácil criticar, instalado en un cómodo punto de observación, mientras que es muy difícil gobernar con eficiencia. Pero, además, no se trata de ser exhaustivos. Así que me limitaré a algunos otros puntos que se encuadran en lo que hemos llamado «anti-política». Por ejemplo, uno de esos aspectos es la tendencia de los partidos y movimientos actuales a desaprovechar la función educativa de la política. El electoralismo y el gompismo derivan en el desprecio de todo lo que no sea puro pragmatismo. Por eso, la anti-política actual es un obstáculo para la buena formación de la gente. Y ojo: no se debe confundir educación con mero acceso a información.

Otra cosa que las fuerzas políticas venezolanas deben superar es cierta tendencia a no rendir cuentas, a evitar la transparencia. La responsabilidad del gobierno en esto, por razones obvias, es mayor que la de la oposición, pero esta también es bastante turbia en sus ejecutorias. Es indefendible el hecho de que el Banco Central de Venezuela haya permanecido un montón de tiempo sin informar sobre la marcha real de la economía nacional. Hace falta mucha más transparencia en lo tocante a las enormes inversiones hechas por los gobiernos chavistas. Ahora, tampoco vamos a caer en la falacia de que esa opacidad demuestra que todos esos fondos han sido pasto de la corrupción. Decir esto me parece patético. Ya hemos hablado de cómo la anti-política ha potenciado la reducción de la política a cleptocracia; es decir, se debe reconocer que también el chavismo en el poder ha dado cabida a corruptos de tomo y lomo; gentuza sin principios estimables y sin más interés «político» que el de trepar a puestos «donde haiga». Pero está a la vista que los gobiernos de Chávez y Maduro han invertido grandes sumas, por ejemplo, en vivienda para los pobres y en pensiones para la gente de edad. Pero una realidad política sana implica que la gente sepa con precisión qué ha pasado con los dineros públicos, en los últimos 20 años.

JB: Tú dices que es evidente que han hecho inversiones. Pero la exigencia de rendir cuentas no es suficiente. Es necesario presentar los proyectos, con tiempo y con los números claros, para que se dé una evaluación seria de lo que se invierte. Pero también es obvio que hay una cantidad de iniciativas inconclusas. Por ejemplo, está el tema de las inversiones en ferrocarriles, las que se han destinado a empresas expropiadas y a cuyos propietarios no les han pagado las indemnizaciones. Se pueden rastrear situaciones similares, a lo largo de sectores como la salud y algunos programas sociales, con reclamos de la justicia y de la población.

JL: La ineficiencia, el burocratismo, la corrupción... que

se han registrado en muchas zonas de la estructura de gobierno, son fenómenos tan obvios que, muchas veces, hasta los propios dirigentes del proceso bolivariano los reconocen públicamente. Lo que pasa es que no se ahonda en eso, no se conocen los alcances precisos de esas calamidades y, sobre todo, no hay correctivos reales. Ahí están, para seguir con tu ejemplo, los avances de proyectos como los ferrocarriles y no sabemos con la certeza necesaria la causa de su paralización. Claro, esto genera un montón de conjeturas y rumores, en medio de la decepción de la gente. Nada de eso favorece ni al gobierno ni al país ni a nadie. El gobierno debería asumir con mucho más sentido autocrítico este asunto y emprender, si puede hacerlo, los correctivos del caso y, si no puede, reconocerlo o presentar un plan de acción alternativo. Alguien tiene que responder ante la sociedad, por lo que sucedió ahí.

El manejo de algunos puntos estratégicos, como por ejemplo el de la explotación y exportación del oro exige sigilo y reserva. Pero eso es algo excepcional. La tendencia del gobierno a la opacidad en su función administrativa no favorece un orden político sano. Por supuesto, esto vale también para las gubernaturas en manos de la oposición y, en general, para la falta de claridad que también caracteriza a esta, en todo lo relativo a los recursos de que dispone. ¿De dónde proceden, en qué se usan exactamente, qué mecanismos de control y de acceso ciudadano a la información relativa a su aplicación existen?

formas políticas y blindajes ideológicos

JB: Quisiera que ampliaras un poco el tema de las formas políticas. La manera como el gobierno trata al oponente, como enemigo, descalificándolo como contrarrevolucionario, parece cosa de otro tiempo. Y no sé por qué, si alguien hace críticas, es objeto de ataques y, si se trata

de militantes del chavismo, son expulsados y execrados. Creo que no es un descuido formal solamente. Creo que hay ahí una intención de fondo o que tienen una idea de la política distinta a la del resto. Por ejemplo, ese slogan que repiten a cada momento de «No volverán». Todo eso está reñido completamente con la idea de democracia.

JL: En tu planteamiento hay dos dimensiones y a ambas las vamos a abordar. Una es la dimensión de las formas y la otra es la del sectarismo. Claro, conectan, pero tienen una entidad diferente. En cuanto a las formas ahí no se salva nadie. Las formas agresivas de acción política no son privativas del sector bolivariano. También las practican las fuerzas opositoras, muy dadas a satanizar y criminalizar al chavismo. La oposición venezolana se ha esmerado mucho en elaborar un discurso ad hoc, según el cual los gobiernos chavistas configuran un «régimen» —palabra que no usan de manera técnica, sino con tono despectivo— dictatorial, terrorista, criminal, asesino, castro-comunista... un narco-Estado forajido y linduras por el estilo. Si traigo esto a colación no es porque esté jugando a la equidistancia en los señalamientos. Puede advertir alguien que, siempre que se formula un señalamiento en un sentido, viene Josu Landa y busca la manera de resaltar los hechos o los indicios que le hacen un contrapeso conveniente desde el bando opuesto; es decir, expongo un elemento de juicio en sentido contrario y con igual valor heurístico. En la polarizada política venezolana, es altamente probable que a cada imputación que se le haga al gobierno se le pueda contraponer una equivalente en detrimento de la oposición y viceversa. Así que no es que uno se ponga a jugar con algo tan delicado como la materia que aquí abordamos. Lo que busco es tratar de elevar, hasta donde lo permiten mis modestas capacidades, el nivel del análisis y del debate políticos, con el máximo apego posible a la verdad. Y eso me exige hacer señalamientos a diestro y siniestro.

La política venezolana está demasiado determinada por los blindajes ideológicos que están en confrontación ahora. Esos blindajes vienen de la configuración de aquella «trinidad gringa», que ya mencionamos: el Destino Manifiesto, la Doctrina Monroe y el Gran Garrote. Esta es la plataforma de un discurso que no necesariamente se corresponde con la realidad o lo hace de manera muy limitada o, de hecho, puede hasta contradecir la realidad. ¿Qué quiero decir con esto? Que, tanto la oposición como el oficialismo, construyen sendos discursos de forma tal que nos ahorren a todos el esfuerzo de caracterizar con verdad al otro y al conjunto de la realidad política. Luego, catequizan a la gente con sus clichés y los catecúmenos se instalan cómodamente en ellos. La guerra política funciona así. El chavismo interpreta la realidad desde su perspectiva y hace unas caracterizaciones de quien considera su enemigo principal y sus enemigos secundarios. Está, en primer lugar, «el imperialismo», que me parece un concepto bastante arcaico, para dar cuenta del abusivo poderío norteamericano. En su caso, me parece más apropiado hablar de hegemonismo con arrebatos de pretensión imperial, no de un imperio propiamente dicho. Tampoco estoy seguro de que la estructura de poder norteamericana represente una etapa específica del capitalismo, que haya dejado atrás en la Historia a las demás. Se me hace más bien una potencia extrema de la *libido dominandi*, en el plano geopolítico, y Trump me parece el colmo de esa voluntad de dominio a escala personal. Pero el chavismo se conforma con etiquetar a ese gran enemigo como «El Imperio» por antonomasia, siguiendo viejos dogmas del discurso marxista-leninista. Y, a su vez, en un alto contraste blanco-y-negro, arma su representación del «enemigo interno» —la oposición, en general— con los rasgos más execrables: ultraderechista, fascista, reaccionaria, apátrida,

terrorista, entreguista, corrupta, amiga y promotora de la desigualdad, racista, exclusivista... acreedora de una factura histórica enorme, que nunca ha reconocido y por la que no ha pagado, de muertos, desaparecidos, torturados y demás víctimas de funestos y sistemáticos actos represivos, durante casi 40 años.

Pero la oposición es el negativo fotográfico de eso y hace exactamente lo mismo que el chavismo, solo que con signo contrario. Ya hemos visto cuáles son los epítetos con los que los opositores venezolanos tratan de caracterizar al chavismo. Conviene revisar hasta qué punto se sostiene con rigor su discurso sobre su acérrimo enemigo polar. Decir, por ejemplo, que lo que tenemos aquí es un gobierno fallido, forajido, narcoterrorista, que está encabezado por un dictador ultra corrupto, puede funcionar para ganar adeptos, para sembrar sentimientos identificables con su proyecto, para cohesionar grupos que le permitan impulsar sus políticas... Pero habría que ver si se corresponde con la realidad.

He vivido bajo una dictadura feroz y he vivido bajo el neoliberalismo puro y duro, como también fui modesto agonista de la vida política en la IV República. Así que conozco bastante bien las cosas a las que se refiere la oposición, cuando trata de asentar su imagen del enemigo chavista. Eso me permite juzgar con bastantes bases el discurso de la dirigencia opositora sobre el chavismo, aunque puedo equivocarme, por supuesto. En una genuina dictadura, no hay partidos políticos ni libertad de expresión ni derecho de asociación ni de libre tránsito ni a hacer huelgas... En la Venezuela bolivariana existen todas esas garantías, hasta el punto –bastante asombroso– de que a cada rato se hacen denuncias contra la supuesta ausencia de esos derechos justamente ejerciéndolos, sin obstáculos. Esto no niega manejos ventajistas y actuaciones autoritarias y sectarias,

en un contexto de déficit democrático general (no solo imputable al chavismo). Y, por supuesto, es legítimo combatir esas fallas y abusos, conforme con las leyes vigentes. Ahora, si alguien recurre a las garantías constitucionales, para dar golpes de Estado, tendrá que prepararse para afrontar la reacción de ese mismo Estado, en legítima defensa. Otra cosa es que esa reacción sea excesiva y sin respeto a los derechos fundamentales. Esto nunca se debe aceptar, pero quien atenta contra un orden en general democrático, como el bolivariano, debe asumir su responsabilidad ante la ley. Así que decir que esto es una dictadura, no solo es un error garrafal de caracterización, que impide una visión política apropiada, sino un despropósito que «deseduca» a la gente, ante la eventualidad de que algún día enfrente una auténtica dictadura.

En fin, la oposición ha sabido hacer maniobras de carácter ideológico muy claramente delineadas, con toda intención, de forma tal que ha construido una «estructura de paja», que no se corresponde con la realidad. Es patético proclamar que esto es una dictadura y hacerlo, por ejemplo, en una rueda de prensa, en plena calle, sin que no haya un detenido y los medios nacionales e internacionales dan cuenta de ello libremente. Eso no quiere decir que el gobierno en su momento no reprima a sus oponentes. Eso es otra discusión. No todo acto represivo implica la presencia de una dictadura; porque, si eso fuera cierto, la primera dictadura sería la de Estados Unidos; la segunda, la de Francia, por citar un par de casos, donde la autoridad no se tienta el corazón para arremeter con brutalidad contra quienes medio perturben el *establishment* político.

Ya sabemos lo difícil que ha sido la tarea de definir, con el debido fundamento teórico, en qué consiste un fenómeno como el chavismo. No conozco ninguna conclu-

sión satisfactoria a ese respecto, aunque se han propuesto decenas de etiquetas, todas con un grado limitado de adecuación a ese objeto de análisis. En lugar de profundizar al máximo en su comprensión, algunos influyentes ideólogos de la oposición han preferido proyectar en el chavismo los males que el viejo discurso republicano y de izquierda observaba en dictaduras de verdad. La maniobra es muy sencilla: basta con asignar a Chávez y a Maduro los signos distintivos de Franco y de Pinochet. La operación es aun más fácil y simplista, cuando se trata de igualar a los dirigentes venezolanos con Stalin y con Fidel Castro, así como al socialismo bolivariano con Cuba y con la Camboya de Pol Pot. En esa jugada conviven residuos del rabioso discurso anticomunista de la Guerra Fría con orientaciones como las del politólogo norteamericano Gene Sharp, el cerebro de los «golpes suaves» que ha estado promoviendo Estados Unidos en Centroeuropa, en el mundo árabe, en el Lejano Oriente y, claro, en Venezuela.

JB: *¿Tú crees que la oposición debe reconocer autocríticamente esto que vienes señalando?*

JL: Si reconociera eso estaría muy bien. Le exigiría que se revisara en la construcción de ese discurso. Si realmente le resulta funcional es porque arrastra gente con el odio. En filosofía hay una falacia muy conocida: la del Hombre de Paja (*Strawman*). Tú construyes una imagen de algo con los rasgos más negativos que puedas imaginar, se los endilgas a tu oponente —con base o no— además lo promueves con la táctica propagandística —muy perversa, pero muy eficaz— de reiterar una mentira un millón de veces hasta que se convierte, supuestamente en verdad. Si aplicas esto a alguien como Maduro, nunca vas a necesitar demostrar que es un dictador, asesino y lo que quieras. Simplemente basta con que lo promulgues y Maduro será, para muy

amplios sectores, un dictador y un asesino. Y cuidado con que a alguien se le ocurra cuestionar esos dogmas falaces. Eso no es «políticamente correcto» y quien se atreva a nadar contra esa corriente, nomás haciendo uso de su razón, será rechazado y hasta perseguido por algunos de los grandes demócratas que comulgan con la oposición.

la política como racionalización del odio

JB: *En el desarrollo de tu argumentación, has enfatizado en un punto que me parece sumamente importante: el de la manera de hacer política en el país, en los últimos 20 años, consistente en no convivir según las reglas de una democracia. Por un lado, cuando gana Chávez, en 1998, y amanece 1999 —¿recuerdas?— y viene el famoso deslave del estado Vargas (ahora, La Guaira). En el primer discurso que da en el Ateneo, Chávez afirma: «¡Voy a freír la cabeza de los adecos en aceite caliente!» Esa imagen tan potente es de violencia y de odio. A su vez, en el lado que no apoyaba a Chávez, se creó una especie de rechazo de clase. Empezaron a manejar categorías antiguas, premodernas, como la idea de que Chávez era un zambo que había llegado al poder. Un desprecio racial y de clase, en un país totalmente mestizo, sin darse cuenta de que las diferencias sociales se establecen en función de valores económico-sociales, no de ninguna particularidad étnica, un criterio que no se admite en un mundo globalizado. No creo que el odio sea de un solo lado. Es un odio compartido. Un odio que no permite observar objetivamente a un oponente político sino a un enemigo y que actúa con exclusiones o inclusiones en blanco y negro: si estás conmigo, eres mi amigo; si no, eres mi enemigo y te extermino. Esa lógica es la que creo que se ha impuesto en estos años. Por eso esta situación tan crítica, que pareciera no tener salida: se invoca la guerra, se invoca a la invasión militar extranjera.*

JL: El punto del odio político efectivamente hay que reconocerlo como parte de la realidad política venezolana.

Es algo que está presente en cualquier orden político excesivamente polarizado. La polarización precisamente incentiva las actitudes excedidas. Creo que en eso están operando dos aspectos muy importantes. Uno es el aspecto ideológico. No podemos olvidar que el proceso bolivariano es el desenlace de una larga trayectoria de pugnas marcadas por una feroz manera de participar en la Guerra Fría, que en Venezuela fue particularmente violenta. Los compromisos de quienes suscribieron el Pacto de Punto Fijo (AD, Copei y URD) con la Guerra Fría fueron macizos, profundos y de consecuencias muy graves en todos los ordenes. La idea de una política de confrontación, que llega al odio frente al oponente, tiene una de sus raíces en la Guerra Fría. Fue lo que soliviantó los ánimos entre clases y grupos que venían enfrentándose, cuando menos, desde los tiempos de Gómez y fomentó la persecución sistemática y cruenta del comunista, por el simple hecho de serlo. Se dio una satanización del enemigo que opera con mucha eficacia, en la medida en que ahorra a los implicados cualquier consideración, pensamiento, caracterización autónoma de las situaciones políticas y automáticamente asigna un carácter a una persona como enemigo fatal, peligroso, que hay que combatir a muerte. La ideología aparece ahí como racionalización oportunista del odio. No podemos olvidar el efecto de eso en la política.

La retórica incendiaria engarza bien en ese contexto donde se funden política y violencia. Chávez la ejerció ampliamente, pero es algo que ya se advierte en los modos de la Generación del 28 y sus herederos. Rómulo Betancourt fue un temible comecandela de la oratoria. Puedo recordar arrebatos verbales de Jóvito Villalba. Hasta alguien tan comedido como José Vicente Rangel cayó alguna vez en el

error de pensar que ciertas subidas de tono o expresiones malsonantes podían tener efectividad suasoria. Teodoro Petkoff no se quedó atrás en eso. En fin: no justifico nada de eso, pero pienso que tiene una explicación en la atmósfera de confrontación y de déficit ético en que se ha desarrollado históricamente la política venezolana. Sería muy deseable superar esa herencia inconveniente.

Junto a eso, estaba la descomposición del orden político de la IV República, que en el fondo fue el fracaso de una estructura partidista, de una parte de la partidocracia. En lugar de una democracia, lo que había aquí era una especie de convivencia de grupos y de partidos, que se batían entre sí en la carrera por acceder ventajosamente a la riqueza nacional, en competencia con los sectores económicos que siempre sacaban la mayor tajada. Eso llevó a un proceso no solo de corrupción, sino de degeneración del sistema, que derivó entonces en la confusión fatal de identificar esa situación con la existencia misma de los partidos y hasta de la propia política. Eso trajo, entonces, un anti-partidismo y un rechazo a la política en general. Era un proceso decadente, que arrasó con el espíritu democrático en importantes sectores sociales, dispuestos a descreer de la praxis política y a anhelar caudillos redentores antiguos y actuales.

Todo eso confluye con la decadencia de los liderazgos, el agotamiento de los proyectos y los programas políticos tradicionales, la confianza excesiva en la inercia de una democracia pseudo-representativa. En el fondo, también con la disociación de la élite de ese momento con respecto a la realidad social y política, el enorme abismo de desigualdad que existía entre los beneficiarios del rentismo parasitario y la gente común. Ahí es donde irrumpe un ser con dotes carismáticas extraordinarias, el caudillo mesiánico esperado por muchos, sobre todo después del hundimiento del

régimen de desigualdad, corrupción y represión sustentado en el puntofijismo y luego de pasar por el purgatorio, tras los fallidos golpes de Estado de 1992. Todo lo que fue y representó Hugo Chávez, desde el momento en que gana las elecciones de 1998, adquiere sentido a la luz de esos antecedentes históricos.

Chávez sacó provecho político, tanto de la polarización y el odio generados o estimulados por la Guerra Fría como del antipartidismo que motivó el desastre final puntofijista. Y, en la medida en que se fueron fortaleciendo él y su proyecto, se exacerbó la confrontación política y se estabilizó la polarización, todo ello con implicaciones en el impulso y desarrollo del odio político, desde ambos polos. Ahí es donde entran sendos procesos de producción discursiva, que generan, en cada bando, una imagen de su respectivo enemigo polar.

Las formas que adquiere la praxis pretendidamente política en Venezuela están determinadas por ese proceso de producción discursiva, encuadrado en una guerra ideológica. El peso excesivo de la ideología, en ambos bandos, incide en sus respectivas visiones de la realidad política. La polarización política está condicionada por la polarización ideológica. Mientras el polo chavista se apega a unas «sagradas escrituras» inamovibles, de carácter básicamente marxista y bolivariano, pase el tiempo que pase y suceda lo que suceda históricamente, el polo opositor se aferra a la dogmática de la cartilla político-económica neoliberal. La importancia de todo esto estriba en sus efectos a la hora de dar razón de la realidad política. En lugar del análisis y el estudio permanentes —sin que se renuncie a los principios— se impone la fijación en la autoridad que se le reconoce a la ideología de referencia. Se le atribuye a Hegel una frase que nunca he leído en sus libros y, para mí, difícilmente concuerda con

su sistema teórico. De todos modos, la saco a relucir aquí: «Si la realidad no se corresponde con la idea que me hago de ella, peor para la realidad». No digo que esa renuncia al análisis concreto de la realidad sea algo permanente entre los agentes políticos del país. Más bien, intento poner en primer plano el examen abierto y creativo de la realidad, por encima del apego a determinaciones de carácter estratégico ideológico de un bando y otro. La política hay que reinventarla a cada momento y los principios son imprescindibles para una identidad política, pero la fijación acrítica y no creativa a ellos es fuente de graves fallas y despropósitos, como las imágenes distorsionadas del otro, el odio y afines.

JB: *Creo que ves a la oposición como un bloque y no creo que sea un bloque, sino una cantidad de fragmentos que están allí, que tal vez se unen oportunamente en algún momento concreto, como unas elecciones, algunas eventualidades... No se puede ver a la oposición como al gobierno, que sí tiene más características de bloque.*

JL: No. Un momento. Tampoco creo que sea verdad esto último. Hasta donde alcanzo a ver, el chavismo también es un conglomerado de visiones, de fuerzas, de tendencias, de grupos. En lo esencial, algo parecido pasa con la oposición: confluyen, en esa palabra, partidos distintos, tradiciones diferentes, liderazgos diversos, interpretaciones discrepantes. Sin embargo, ambos se configuran como bloques, no sin dificultades, sobre todo en el caso de la oposición, cuya crisis de liderazgo y su desestructuración es evidente. No es descabellado imaginar que, si la oposición no termina de atomizarse en este momento, es por obra de la intervención norteamericana en su dinámica. El Departamento de Estado gringo exige e impone una unidad mínima de los grupos opositores. Como sea, casi en su totalidad, la acción política venezolana se reduce a la interacción polar de estos dos bandos, separados por un abismo de odio. Conviene hacer

votos por que las negociaciones de Noruega introduzcan, al menos, elementos de contención racional, aunque los procesos de diálogo deben ir más allá de probables pactos partidistas y cupulares. Es esto o la guerra abierta. Hay que ser indolente, insensible, irresponsable o estar demasiado perturbado por el odio, para preferir la segunda opción.

un país híbrido

JB: *Hablas de un país híbrido. Un país con tendencias modernas que conviven con aspectos premodernos residuales. Esto requiere más explicación.*

JL: En Venezuela, nunca llegó a formarse un capitalismo en sentido estricto. El primer hibridaje que podríamos registrar es el de un capitalismo deformado, distorsionado por la economía petrolera, que ahora se combina con un socialismo limitado. Ese es un primer hibridaje a destacar. Hablo de «socialismo limitado», porque el socialismo que proclama el gobierno no apunta a la transformación efectiva de las relaciones sociales conocidas, sino que se reduce a un compromiso social, a responder las exigencias de justicia social. Esto es positivo y loable, pero no se traduce en un modo de organización de la economía y la vida como los que proponían los grandes inventores de programas políticos-sociales, como Marx, Bakunin y otros.

JB: *Pero ha derivado en una especie de socialismo asistencial e improductivo.*

JL: Eso ya sería una especie de desviación. En términos de planteamientos programáticos, lo que se instaura es ese hibridaje de fondo. Estamos ante un sistema o régimen —uso esa palabra en el sentido de la teoría política, sin connotaciones peyorativas— lleno de contradicciones. Una de ellas es la que se da entre una vocación de modernidad y la permanencia de

una premodernidad residual. Un botón de muestra de esto: aquí es muy difícil realizar un trámite burocrático limpio en apego estricto a normas, porque lo más frecuente es que interfiere un compadrazgo, un contacto, un soborno, una palanca; es decir, procedimientos que ponen la estructura burocrática del país muy lejos de Max Weber, por ejemplo, quien justamente destacó la condición impersonal de los procesos administrativos modernos. Entonces, si uno se pone a observar por aquí y por allá, se va a topar con conductas y decisiones de carácter premoderno, en todas las instancias; por ejemplo, con la pervivencia de actitudes caudillistas o de sumisión a líderes, en el mismo momento que se está proclamando un apego frío y moderno a la normativa de un estado de derecho y se exhorta a la gente a ser críticos y dignos. Y así vivimos, en esa constante contradicción, que es característica de nuestra realidad política.

Eso dificulta mucho una calidad estimable de la democracia y, sobre todo, unas relaciones sociales y una vida política más justas. Ciertos residuos de premodernidad, en entornos modernos, suelen ser con frecuencia fuentes de injusticia; pero no me cansaré de reconocer que hay modos de acción político-social y de relación interhumana muy positivos, pese a ser ejercidas mucho antes de nuestra Modernidad. De hecho, me parece obligado impulsar la remodelación o actualización constante de lo mejor de los modos de vida sanos del mundo precapitalista y extraeuropeo. No calcarlos, sino reinventarlos de cara a nuestro presente. Eso, al mismo tiempo que se combate y se extirpan las peores expresiones políticas y morales pre y anti-modernas.

JB: *Todo eso suena al viejo debate entre lo antiguo y lo moderno, entre lo nuevo y lo viejo.*

JL: Siempre se da esa pugna. Eso es algo que no cesa y que está ocurriendo ahora mismo. Grandes pensadores de la política lo han señalado. Todo el mundo lo recuerda. No me voy a detener en eso. Siempre hay un desfase entre lo nuevo emergente y lo viejo históricamente agotado. Siempre nos persigue la sombra de un antiguo régimen. En el plano político, el problema está en que a cada rato nos topamos con aspectos premodernos negativos (por lo que implican de injusto, anti-ético y anti-humano); son expresiones de diversas etapas de antiguos regímenes, que la constante modernización histórica ha ido dejando atrás. Toda persona interesada en la transformación de su sociedad debe tener en cuenta esa «dialéctica» entre las prácticas sociales novedosas que emergen y las que caducan y se hunden.

Por cierto, todo esto me recuerda un libro excelente, que todo político debería leer: *El antiguo régimen y la revolución*, de Alexis de Tocqueville. Se trata de un examen muy acucioso de cómo la Revolución Francesa se cimentó en muchas estructuras, procedimientos y dispositivos del *Ancien Régime*. Esto refuta la ilusoria pretensión de los mesianismos y milenarismos de arrasar y aniquilar *ipso facto* el pasado, con la esperanza de construir un mundo perfecto totalmente nuevo. Ese entreveramiento de lo antiguo con lo moderno no se limita a la historia política. También se da en la vida cotidiana, en el ámbito que Unamuno llamaba «intrahistoria»: el silencioso transcurso del tiempo en las comunidades y pueblos, al margen de la Historia de bronce. Por ejemplo, en esta Venezuela tan abierta a lo moderno, uno constata a cada paso que la gran mayoría de los refranes que dice la gente —incluso en medios urbanos, bastante refinados y cultos, además de conectados con la hipermodernización en marcha— son de origen rural. No es extraño escuchar a un intelectual o incluso a una sifrina, el conocido dicho

«Cachicamo diciéndole a morrocoy 'conchudo'», en un café de Las Mercedes.

JB: *Lo que dices me recuerda aquel programa del gobierno, que rescataba el esquema de producción del conuco y promovía los gallineros verticales. Querían incorporar el campo a la vida de la ciudad. Abí estaba eso que estas afirmando: lo premoderno residual, en medio de lo actual moderno. Pero fue un fracaso. En tiempos en que los cultivos se diseñan con procedimientos muy avanzados, no se puede plantear el retorno al conuco como la alternativa agraria. Y, en una ciudad de las dimensiones de Caracas, no puedes proponer la cría de gallinas en el balcón como solución de la crisis alimentaria.*

JL: Acepto que una propuesta de ese tipo no puede ser el eje de una economía agraria nacional ni de una estrategia de soberanía alimentaria, en la Venezuela actual. Pero una remodelación de los procedimientos agrícolas basados en el equilibrio ecológico al mismo tiempo que en la satisfacción de necesidades básicas, puede ser completamente pertinente en cualquier contexto, incluyendo una ciudad con vocación moderna como Caracas. En las medidas y los lugares adecuados, con base en el uso de tecnologías blandas, el conuco debería ser reinventado e incorporado a la dinámica del PIB nacional. No estaría mal que las aceras de las ciudades estuvieran llenas de árboles frutales y que las azoteas de los edificios tuvieran huertas autogestionarias y que la gente tuviera cultivos hidropónicos en sus casas. No importa que, en un principio, se dé a pequeña escala. Es mejor eso que nada. Eso ya no es premoderno. En la medida en que responda a una remodelación de prácticas rurales antiguas se convierte en algo «ultramoderno», de avanzada. Ahora lo premoderno es la total disociación de la gente que vive en las ciudades con respecto a los sistemas ecológicos y el mundo rural. Porque esa es la paradoja de la dialéctica moderno-antiguo: que lo que en un momento

dato se agota históricamente, en otra circunstancia puede revivir con fuerza y convertirse en lo más avanzado. Ahora ¿por qué fracasan proyectos como el que tu mencionas? En buena medida, por el déficit ético que afecta a la mayoría de los venezolanos. Sin espíritu solidario, sin disciplina, sin conciencia comunitaria —es decir, propiamente política— nada de eso puede prosperar.

Pero cuando señalaba la incidencia negativa de ciertas actitudes y prácticas premodernas me refería, sobre todo, a las bases de la política. Por ejemplo, podemos tomar como punto de arranque lo que plantea Kantorowicz, en su libro *Los dos cuerpos del rey*. La idea de que el rey es una «corporación unipersonal» que conjuga en sí un cuerpo común y corriente, profano, con un cuerpo inmortal, sagrado, no es del propio Kantorowicz, pero este la estudia de manera brillante y descubre en ella, más allá de los trucos ideológicos en pro del monarca inglés, los cimientos de un orden jurídico y político que sustentaron órdenes de poder decisivo en la Europa premoderna. Ahí vemos cómo opera una política conforme con una estructura de vasallaje con respecto a un rey y con un sistema de poderes territoriales. Se trata de un esquema extremo, que impele a la sociedad a aceptar la infalibilidad del rey y la omnipotencia de sus ejecutorias. El esquema se reproduce, al menos en lo del ejercicio del poder absoluto, en los niveles medios e inferiores de la estructura. Es el paraíso de todo caudillismo y caciquismo, legitimado por la creencia en la sacralidad de la voluntad de dominio sin fisuras.

Ese esquema de poder es, en buena parte, superado por el de la división de poderes, igualdad jurídica de los ciudadanos, Estado de derecho, soberanía del pueblo, garantías constitucionales... los elementos que definen, en abstracto, la modernidad política. Todo eso se fue instaurando, en

muy amplias regiones del mundo, —incluyendo nuestro continente— en un proceso que ya lleva siglos. Sin embargo, en la práctica muchos de los procedimientos políticos reales y actuales son como si viviéramos en una época de cacicazgos, en el periodo colonial, incluso en medio de vestigios de feudalidad, de virreyes, y nobles colocados muy por encima de la ley y de la gente. Tanto en la política, como en el trabajo, como en la familia, como en el aparato escolar —y no hablo solo de Venezuela— ese esquema de relaciones se actualiza, con toda su carga de injusticia. La familia, por ejemplo —con todo y sus transformaciones recientes como institución— se mantiene como caldo de cultivo de lo más premoderno, en el peor sentido de la palabra. Como si la arbitrariedad monárquica descendiera al nivel micro de la pareja, de la relación paterno-filial etc. Visto desde esa perspectiva, eso del hibridaje —la mala solución de la dialéctica antiguo-moderno— es grave y permea, todos los niveles de la acción político-social.

las tribulaciones de la ética en la economía y la política venezolanas

JB: *Tú llevas años haciendo énfasis en lo que has señalado como un déficit ético del país. ¿Qué relación tiene eso con las estructuras premodernas y las fallas en las política venezolana?*

JL: En realidad, habría que atribuir esos arcaísmos a causas multifactoriales. Pero voy hacer énfasis en un punto: lo que yo llamo «déficit ético». La Venezuela del antiguo régimen pregomecista abarca todo el siglo XIX y parte del XX. Esa Venezuela fue totalmente trastrocada, por la esperanza ilusoria de una opción de la economía sustentada en algo que genera una riqueza rápida, fácil y masiva, que es el petróleo. Pero el déficit ético trasciende la economía y se disemina por

todo el orden social. A cada rato, en diferentes espacios y medios sociales, constata uno carencias y confusiones éticas y axiológicas de todo calibre. Incluso, al menos de manera parcial, podría señalar una especie de normalización del mal, con su consiguiente expansión en las élites y en los sectores populares. Hay mucha gente, aquí, que no sabe identificar qué es bueno y qué es malo, qué es el bien y qué es el mal. Por ejemplo, sobre todo en el Oriente, se oye con frecuencia una cancioncita que refleja esa confusión: «Chivo que come orégano / y con mecate maniao / es más sabroso, mi hermano, / si te lo comes robao.» Una sociedad que toma una idea así como algo normal y la celebra en sus fiestas y la deja pasar en sus medios audiovisuales presenta un claro síntoma de déficit ético. Después de ver algo así ¿puede extrañarnos que convivamos con vecinos y familiares bachaqueros, como si nada, y que se ensalce con total naturalidad la llamada «viveza criolla»?

Un país con tales limitaciones éticas no estuvo en condiciones de generar una moral capaz de afrontar la avalancha de riqueza que trajo consigo la explotación petrolera. Que yo sepa, nadie se ocupó seriamente de este pequeño «detalle», ni siquiera aquel profeta de la «siembra del petróleo». Por eso, tenemos una economía que no se puede colocar, sin problemas, en ninguna casilla de las que proponen las teorías económicas. La vieja visión fisiocrática no da razón satisfactoria de nuestra economía. Menos aun las tesis que tratan de dar cuenta de la economía industrial capitalista y del capitalismo neoliberal globalizado del presente. La economía petrolera se le impuso verticalmente a la comunidad y esta no halló medios éticos para asimilarla y ponerla humanamente a su favor. Así que, más allá de las caracterizaciones de academia, hemos tenido que adaptarnos a trancas y barrancas al tipo de economía propia de las regiones auríferas o diamantíferas.

JB: *De país minero.*

JL: No solo de país minero, porque podría tratarse de minas de carbón, por ejemplo. No: de país aurífero o diamantífero. El petróleo generó efectos semejantes a los del oro que atrae hordas en el viejo Oeste norteamericano o a los del oro que hace lo mismo en nuestro Arco Minero. Es como si tú vas al distrito minero de El Callao y te compras un refresco a un precio enorme, porque quienes dominan la economía local consideran que el nivel de intercambio de bienes es ese. Por eso, aquí no se puede hablar de modelos económicos que se ajusten a los patrones teóricos. En un contexto como ese, lo que prima es la ganancia rápida y masiva y eso da pie a otro híbrido: de casino con mina; pero de mina de oro o de diamante, no de cualquier cosa.

El petróleo llevó al país a una tensión en el orden económico, social, político y ético, porque es un mineral que promueve efectos económicos y sociales similares a los que se asocian con la explotación del oro. Aquí, el petróleo generó una economía cuya lógica resulta de la combinación de la dinámica del casino con la de la mina de oro. ¿Dónde se hallaba la moral de la sociedad venezolana del siglo XX frente a eso? En general, en un nivel primario, arcaico. Y ¿qué mentalidad estaba a la altura de esa fuente de remodelación brutal que fue el petróleo? El desfase ético y anímico, frente al impacto de la economía petrolera, debió de haber sido enorme y la gente nunca lo superó. Entre otras razones, porque nuestros antepasados no se ocuparon de eso ni dieron muestras de una conciencia sólida al respecto. Por ejemplo, no recuerdo a nadie de la influyente Generación del 28 interesado en este asunto. Sus preocupaciones eran políticas y sociales; lo ético aparece ante ellos como algo muy marginal. Y ahora estamos pagando las consecuencias de ese déficit ético, que tampoco nosotros hemos atendido con la seriedad necesaria.

En una economía de casino y mina y sin contenciones éticas y con un débil control legal, lo único realmente importante es obtener dinero a la máxima velocidad y de manera masiva. La economía petrolera generaba grandes ganancias a las compañías extranjeras y se formó una oligarquía parasitaria que tenía acceso casi directo a las regalías. Eso está documentado. Las empresas que activaron aquí la industria petrolera, desde comienzos del siglo XX —de procedencia holandesa, inglesa, norteamericana, básicamente— se despacharon con la cuchara grande y dejaron migajas para el país. Claro, no por tratarse de cantidades menores a las que una política petrolera más justa nos hubiera generado estamos hablando de recursos insignificantes. Esos dineros reducidos, pero aun así importantes para un país pequeño y atrasado, fueron a su vez a los bolsillos de ese grupo oligárquico, que dejó atrás al mantuanaje tradicional, ligado económicamente a la tierra.

Con la llegada de Chávez al poder, en principio, se obstruye la puerta de entrada de ese sector a la renta petrolera. Pero, con el tiempo, se ha venido configurando un poderoso dispositivo que combina capitalismo neoliberal, con acceso a recursos públicos de manera indirecta. En lo personal, aquí tenemos una de las principales causas del desastre económico de los últimos años.

JB: *Ese cambio en la relación de los factores económicos con la renta petrolera comenzó cuando Chávez modifica los términos de las regalías. Las aumenta de 3 a 30 %.*

JL: Si. Hubo una participación mucho mayor del Estado en la renta petrolera y eso generó una riqueza insólita. Al margen de fórmulas poco ortodoxas, distorsiones, corruptelas y demás, eso permitió al gobierno acometer con fuerza la meta de pagar la deuda social histórica heredada de la IV

República. Por su parte, al verse excluida del festín rentista o al impedirle su control, la oligarquía hegemónica en ese periodo histórico decidió combatir al gobierno bolivariano en el terreno político, más que optar por la generación de una economía menos parasitaria. Esto permitió el surgimiento de una muy oportunista «nueva burguesía» a la que se le brindaron muchas facilidades para hacer pingües negocios, a costa de la bonanza petrolera que se granjeó el chavismo, en sus primeros años en el poder.

JB: *Estamos hablando de la «boliburguesía»...*

JL: Así es. Pero, a los pocos años, sucede una paradoja. Con el impulso de las misiones, el gobierno puso a circular enormes masas de dinero. El asistencialismo procura una distribución social de la riqueza nacional, pero su prolongada y masiva aplicación abrió la posibilidad para un acceso indirecto a la renta petrolera, por parte de los factores económicos, por medio de una creciente inflación de los precios.

La combinación de asistencialismo y evergetismo con el aumento desaforado de la liquidez, el incremento en el poder adquisitivo de sectores tradicionalmente depauperados, las manipulaciones tácticas con el precio del dólar, la dependencia creciente de productos básicos importados por el aumento de la demanda, el consumismo generalizado como expresión del déficit ético, la persistente rebelión de los factores económicos contra las políticas económicas oficiales y las normas vigentes, la tendencia de dichos agentes a obtener tasas de ganancia obscenas... posibilitó a estos la reapropiación, por vía indirecta –los precios abusivos– de la renta petrolera.

La política de justicia social asistencialista se convirtió en una trampa para el gobierno y para los más necesitados. En la raíz de esa cruel paradoja están todas las expresiones significativas del déficit ético: la *hybris* de los factores econó-

nicos, siempre voraces e insaciables, la falta de contención de la gente en su mayor parte, muy dispuesta a consumir sin ton ni son, el impulso de una limitada justicia materialista, desde el gobierno, a tono con el menosprecio de la educación ética de la sociedad.

Se perciben con claridad los nexos de la ética con la economía y la política y cómo son preteridos e ignorados, tanto desde el gobierno como desde agentes fuertemente vinculados con la oposición política y sus proyectos inmediatistas y conspirativos (que vienen a ser lo mismo). Por eso, si estamos sufriendo una despiadada hiperinflación de los precios de las mercancías necesarias para la vida, es porque también hay una hiperinflación del deseo de los consumidores. Es como si se encontrara el hambre con las ganas de comer. Y en ambos términos de esa relación aparece la anti-ética de dos modos: el de la avidez abusiva de los comerciantes y demás factores económicos y el de la incontinenencia del consumidor sin educación moral.

ingobernabilidad económica

JB: *Veo que aceptas un argumento del gobierno: que la hiperinflación es inducida. Tal vez tengas razón, en parte, pero me gustaría que observaras un factor que estimula la inflación. Me refiero a que el gobierno tomó fincas, tomó fábricas, tomó propiedades de productores que tenían tradición. Algunas están canceladas; otras, no. Por ejemplo, en el sector ganadero, el nivel de la producción de carne está en un 20% y así, otros sectores. Creo que es un factor que debemos tomar en cuenta, a la hora de una lectura y de una caracterización de la economía, en este momento.*

JL: La inducción artificial de la inflación, en este país, es un fenómeno muy antiguo. No olvidemos que este ha sido el país de las «roscas».

JB: *Pero nunca había llegado a cifras de 7 dígitos. El año pasado, 2018, cerró en 1.698.844,2 %.*

JL: Estoy de acuerdo: nunca se había visto una carestía así. No me verás negando lo evidente. Es claro que estamos ante una macro, mega, súper, híper, giga inflación. Tampoco he negado la inconveniencia de las mayorías de las expropiaciones y he tratado de llamar la atención sobre las carencias éticas, técnicas y políticas que hay en la base de su puesta en práctica. Pero necesitamos fijarnos en la o las causas del fenómeno y ahí es donde entra lo de la inducción o no. Habría que estudiar con más detalle y rigor los efectos de ciertas expropiaciones en la producción y, por esa vía, en los precios. No todas tienen el mismo carácter ni generan las mismas consecuencias; algunas han sido decididamente positivas en el plano social y económico. Con todo, a la hora de analizar lo que pasa con la economía no aparece ningún elemento propiamente económico que explique niveles tan elevados de encarecimiento de los precios y toman relieve los de carácter ético y político. Cuando los factores de la economía aspiran a niveles insólitos de ganancia, cuando establecen lazos perversos con los procesos de acceso a las divisas que proceden del petróleo, cuando hacen un uso parasitario de esos recursos, cuando apelan a cualquier pretexto para no producir e incumplir compromisos, cuando recurren a referencias ilegales de paridad bolívar-dólar, cuando suscriben pactos relativos a precios y salarios para incumplirlos a la primera tentación, cuando las calificadoras de riesgo califican activos de manera tendenciosa... estamos ante el influjo de elementos no económicos en la economía. A eso llamamos «inducción»—un modo de intervención extraeconómica— y en todo ese juego de componentes se articulan las condiciones de la hipercarestía: la surrealista situación que tu decías de un aumento de casi 2.000.000 % en los precios.

Todo eso lo estimula, en sus aspectos esenciales, la ausencia de un capitalismo genuino y el enorme relieve del acceso parasitario a la renta petrolera en la dinámica de nuestra economía. Sobre todo, lo repotencia el sector hegemónico de nuestra economía, siempre dispuesto a subordinar su dinámica a intereses políticos muy claros, en la órbita de la oposición. Siempre hemos tenido una economía de oligopolios: las «roscas» de la carne, de la papa, del azúcar, del arroz... Realidades que obstruyen el libre juego de la oferta y la demanda. En lo personal, he llegado a cuestionar la llamada «Ley de la Oferta y la Demanda». Los economistas la proponen como una especie de ley natural. Si por «ley» entendemos una regularidad de cumplimiento inexorable, universal, uniforme y objetivo —por ende, ajeno a toda referencia subjetiva— no parece que el intercambio de mercancías, con base en determinados precios, opere conforme con una norma así. Más bien, lo que uno observa en la asignación de precios concretos es la intervención de intereses personales y grupales, muy ajenos tanto al trabajo invertido en la producción de mercancías como a un cotejo de lo que el mercado ofrece y la gente necesita. No se puede negar que una demanda significativamente mayor que la oferta de equis producto incentive en algunos las tentaciones a subir sus precios. Pero eso ya es un hecho ético; algo que colide con la regularidad, la universalidad y la objetividad de una ley. Cuando más, la dialéctica oferta-demanda tiene las características de un juego. Un juego que con frecuencia puede ser avieso. Un juego en el que la famosa «mano invisible» de Adam Smith se comporta de manera demasiado torpe —porque regula muy poco y, sobre todo, no evita desastres— o de plano no existe, cosa que se observa con mucha claridad en contextos neoliberales ortodoxos, que en sí mismos son el colmo del fraude social y político.

JB: *Pueden haber existido esas roscas; pero, en algún momento, según lo que uno recuerda de la IV República, existía un acuerdo entre los productores, los consumidores y el gobierno y se establecían unos precios. Las roscas presionaban para aumentar precios, alegando un problema de costos, de producción... y se tasaba un precio: el PVP. Pero ahora tenemos una situación salvaje. Cada quien pone el precio que quiere, con el temor o la expectativa de que el precio de la divisa aumente y eso impida tener los insumos al mismo costo para la reposición. Obviamente, eso incide en una baja de la producción.*

JL: El juego de oferta y demanda no es neutro, no es ajeno a lo subjetivo-humano. Entonces esta incidido por algún nivel ético. Cuando no existe contención ética ni tenemos contención legal—como lo exige el capitalismo neoliberal—ni hay frenos de carácter procedimental, burocrático etc. ¿qué es lo que sucede? Se le da rienda suelta a la manipulación de los precios, desaparece la posibilidad de toda moderación espontánea en el nudo de la relación entre la oferta y la demanda, que es el precio. Lo que se impone es el manejo oportunista de los precios marcado por un déficit ético, que se suma a la falta de regulación legal, a la ausencia de normas procedimentales o a su incumplimiento deliberado, a las carencias en el plano del control social, comunitario y gubernamental. En este país, eso llega al punto de una ingobernabilidad económica, un fenómeno antipopular, que conecta con una desobediencia civil de los factores de la economía; por cierto, fuente histórica de los motines de subsistencia, allí donde el liberalismo económico extremo ha pretendido tomar las riendas de la economía y la sociedad, pasando por encima de la gente y del Estado.

Cuando hablo de ingobernabilidad económica, estoy diciendo que no es el gobierno quien controla realmente la economía, sino los factores económico-políticos que han hecho de la economía un arma política. Se trata de un sector

que se dedica a hacer negocios sin miramientos, en total enfrentamiento con la sociedad y el Estado. Se trata de un caso claro de *hybris* en el terreno económico. Así obtienen ganancias desmedidas, pese a que no paran de denostar contra el modelo rentista que inventaron ellos –y el chavismo ha terminado por reforzar– y debilitan políticamente el proceso bolivariano.

Nada de lo que digo niega los efectos, con frecuencia, nocivos de los excesos, las torpezas y las actuaciones sustentadas en dogmas ideológicos, en las ejecutorias económicas de las fuerzas bolivarianas y de organismos oficiales en su poder. En eso, destaca la creencia irreflexiva de que un programa de corte revolucionario socializante tiene que contemplar ajuro la confiscación de propiedades. Las expropiaciones que apuntan al interés común deben realizarse, pero con indemnizaciones justas y no de manera impositiva, sin participación de la comunidad y sin conciencia compartida –*socializada*– de su pertinencia. Las que no entren en ese encuadre básico de justicia, deben ser evitadas y, en su caso, condenadas y corregidas. En todo esto debe prevalecer la prudencia y la voluntad de justicia. Si, como afirmaba Pierre Proudhon –no sin bases, por cierto–, la propiedad es en última instancia un robo, se diría que quien expropia roba lo que es un robo, lo cual no lo exime de ser, en principio, tan ladrón como el propietario anterior. Como puede verse, estamos en pleno terreno ético –puesto que no se puede disociar la ética de la economía, pese a lo que piensan y anhelan los neoliberales– y salta a la vista que todo lo que implique afectar la propiedad ajena, más o menos bien habida, debe ser manejado con la máxima *sindéresis*.

Sucede que una revolución es un proceso de redefinición justa de las relaciones económicas, sociales, políticas; pero, en los hechos, rara vez se realiza de buena manera

y creo que, como he podido observarlo en ciertas zonas de México, el proceso bolivariano ha caído en esa práctica errónea de las expropiaciones a la ligera, motivado por un legítimo interés de distribución justa de la tierra y otros medios de producción.

Tiene que haber justicia en el campo, tiene que haber protección de la gente en el campo. Otra cosa muy importante, es que conviene regresar al campo y convertir al campo en la plataforma de las alternativas sociales del porvenir. Algunas expropiaciones obedecen a eso, en gran medida; pero, en muchos casos, no han sido el fruto de la acción de gente con el suficiente nivel técnico, ético, político, como para cimentar una economía socialista, autogestionaria, cogestionaria, cooperativa... Esto, porque en términos generales no hay una base humana suficientemente amplia y bien preparada y organizada, que garantice eso.

JB: *Ok, pero ¿qué tiene que ver todo eso con la hiperinflación?*

JL: En la medida en que afecte la producción, podría tenerlo. ¿El gobierno bolivariano ha perjudicado tanto la producción no petrolera? ¿Hasta qué punto? No lo sé. Habría que examinarlo. Convendría determinar con rigor en qué grado las estructuras de producción que haya tenido el país eran independientes de la economía petrolera. Los indicios más sólidos permiten señalar —al menos, como hipótesis— que al margen de la industria generada en el país y de lo que haya aportado al PIB, siempre ha sido el ingreso petrolero el que ha determinado la dinámica general del país. Entonces, mientras dispone de recursos financieros, el Estado venezolano, tanto en los tiempos de la IV República como en los de la V, puede tenerle sin mucho cuidado lo que pase con la parte no petrolera del PIB.

JB: *Precisamente eso era lo que había que cambiar.*

JL: Chávez no se ocupó de superar el viejo modelo rentista. Su jugada estratégica se centró, casi por completo, en la justicia social, el pago de la deuda histórica con los desheredados de la IV República. Como ya hemos visto, eso le dio vuelo a un asistencialismo enorme, lo que a su vez reforzó el modelo rentista. Pero eso no exime de responsabilidad a quienes han convertido a la economía en arma de guerra, manipulando los precios de manera anti-humana. No todos los comerciantes practican modalidades usurarias, pero esto no niega que los haya ni que sean los que llevan la batuta del comercio y las finanzas. Si el gobierno ha fallado en el combate contra el pernicioso modelo vigente, lo mismo se puede decir de la oposición económica, que no solo no aporta nada para avanzar hacia una alternativa sensata y humana, sino que actúa de manera absurda, como si escupiera al cielo, porque a la larga todos —también los usureros— salimos perdiendo en el actual río revuelto económico. En la medida en que se juega el juego de la hiperinflación todos estamos perdiendo. Y la única vía razonable de superación de la ingobernabilidad que lastra nuestra economía es la de los acuerdos políticos serios, que de verdad se cumplan.

JB: *En concreto, el impacto del petróleo en la sociedad venezolana ¿cómo ha influido en su formación como sociedad democrática?*

JL: La estructuración más o menos modernizante del país, en el siglo XX, estuvo sobredeterminada por las vías con que contaban las élites para acceder a la renta petrolera. Durante unos 80 años, prevalecieron los mecanismos de beneficio básicamente directo, desde el erario público hacia las arcas privadas. Con el asistencialismo chavista, como hemos visto, se pasó al saqueo indirecto de los bolsillos de la gente usufructuaria de las misiones del gobierno, por medio de la creciente hiperinflación.

Lo más importante, en todo ese asunto, es que tenemos un sector económico habituado a ganancias excesivas y ese sí es un grave problema ético-económico. El discurso que propagan los ideólogos del capital sobre las tasas de recuperación, que supuestamente justifican los precios desorbitados suena bastante pasable, pero resulta falso cuando no mencionan que dichas tasas son exageradamente elevadas: toda una *hybris* económica profundamente egoísta, a tono con los ideales neoliberales. Y a su vez, junto a eso, tenemos un sector importante de la población –igualmente egoísta y antisocial– que está acostumbrada a tratar de vivir sin pagar una serie de bienes y servicios fundamentales.

JB: *Has insistido en el componente ético de la economía. ¿Puedes precisar más cómo se da ese vínculo?*

JL: Es muy difícil estructurar una economía de manera adecuada, cuando la sociedad se enfrenta a tendencias antisociales como las que acabamos de ver. Ya hemos visto cómo la hiperinflación escapa a la dinámica propia de la economía y echa sus raíces en el ethos de los propietarios y en el de los consumidores, con frecuencia acicateados por un deseo que no pueden controlar. La ética y la economía se entreveran. La ingobernabilidad económica permite ver muy bien esto. Por un lado, tenemos el deseo de los consumidores sobreexcitados por la mercadotecnia capitalista y dotados del poder adquisitivo que les dan, en parte el trabajo propio, pero en gran medida las misiones asistencialistas. Por el otro, tenemos el deseo de los comerciantes, financistas, empresarios, profesionales libres, rentistas... dotados de los medios para satisfacer los deseos de los consumidores. La voracidad y avidez con que se disponen a realizar esa función lleva a los «propietarios» –para seguir con el término nietzscheano– a la desobediencia civil económica, a la transgresión de las normas reguladoras de la economía y

al rechazo de todo lo que limite sus insaciables ambiciones.

También se puede observar la vinculación entre ética y economía, a la luz de otro grave fenómeno de nuestra economía, que es el mercado alterno de divisas. Mucha gente atribuye la situación de hiperinflación a la aparición de páginas web que pautan la paridad bolívar-dólar en ese mercado. La aparición de esas páginas es innegable y su incidencia en la economía venezolana también lo es. Pero la pregunta clave es por qué ejercen esa influencia. ¿Es que son instrumentos mágicos? Nada de eso. El problema no está en las mencionadas páginas. Si fuera así, uno podría, en una mala tarde de verano, ponerse a programar una página web que estipule una paridad de 10 millones de bolívares por un dólar. Es obvio que no tendría ningún efecto, porque los usuarios de esa referencia la considerarían absurda y se negarían a recurrir a ella. Ahí está el «detalle», como diría ya sabes quién. El «detalle» está en hacerles caso a las páginas de internet que orientan el mercado paralelo, con propuestas que se avienen con la economía global dolarizada y con la codicia de los factores de la economía. Hay un sector abrumadoramente mayoritario que viola la paridad legalmente establecida, al tiempo que se atiene a la cotización alternativa ilegal. Ahí, en el ethos de quienes actúan así, es donde está el problema, no en internet.

Estamos hablando de un sector que opera en la economía, pero motivado por intereses económicos y políticos a la vez. Por eso, la dinámica de la hiperinflación y del mercado de divisas paralelo conecta con el curso de una guerra no convencional destinada a generar enormes sufrimientos a la gente y a destruir las estructuras económicas. ¿Que esto es lo que dice el gobierno? Es cierto, pero no todo lo que dicen los voceros del gobierno es erróneo o falaz. Aquí nadie es propietario del lenguaje en exclusiva y, si las cosas

tienen un nombre, no es ilícito llamarlas con ese nombre. La guerra económica es guerra económica, la caracterice así la gente del gobierno o no.

JB: *Te voy a poner un ejemplo. La industria farmacéutica venezolana, requiere dólares para importar componentes para producir las medicinas. Eso siempre ha pasado así. Se les da una cantidad de dólares, al precio del dólar Dicom, el dólar oficial. Luego, se les acusa de que no compran esos productos y de que no elaboran los medicamentos prometidos. ¿No tenemos ahí un problema más de fondo, que es la ausencia de control de los dólares asignados por parte del Estado?*

JL: En nuestra economía, todo lo que implique controles débiles o inexistentes expresa eso que hemos venido llamado «ingobernabilidad económica», lo cual es más grave que cualquier falta de control. La falta de control, en este caso, también es un baile de dos: la negligencia de quien debe ejercerlo y la negativa de quien tiene que acatarlo. Es altamente probable que las empresas que mencionas —al menos, una parte considerable de ellas— hagan un uso indebido de esos dólares Dicom. Yo, personalmente, no cuento con pruebas que permitan hacer afirmaciones definitivas en este punto; pero sí observo, como muchos otros, notorios indicios. Serán los estudiosos del tema los que puedan presentar elementos, para verificar o desechar esa hipótesis.

Claro, tampoco se puede negar que las estructuras de control de divisas pueden generar distorsiones, lagunas normativas y la posibilidad de manejos corruptos. Este es un punto muy importante, en los alegatos de quienes reclaman la liberación del mercado de divisas. Pero no olvidemos que la corrupción también es un baile de dos: los pasos del corruptor y los de quien se deja corromper. Los empresarios y los importadores tienen su buena parte de culpa en eso. Aquí tenemos otra vía indirecta de acceso a la renta petrolera. Como puede verse, en este país-botín,

hay mucha creatividad para el pillaje. Además, no olvides el dogma neoliberal de la desregulación de la economía. Lo ideal, para el empresariado que se engancha al tren del capitalismo global, es que no haya controles para sus negocios. En el caso venezolano, algunos se esmeran en hacernos creer que es lícito hacer negocios particulares con las divisas públicas. Y, encima que hacen todas sus triquiñuelas, en ese terreno, acusan al gobierno de todos los defectos y calamidades inherentes a esa dinámica perversa. Por su parte, el gobierno tiene que andar haciendo toda clase de maromas para frenar o impedir la fuga de divisas. Si se descuida, los tiburones de las finanzas desbancan el país en un momento. No niego las fallas del gobierno en este campo, pero también tengo en cuenta el asedio de factores externos e internos de la economía, en su afán por apropiarse de los petrodólares.

JB: *Pero da la impresión de que el gobierno no actúa.*

JL: Supongo que los organismos de control oficial deben moverse con una cautela que choca con las justas expectativas de actuación oportuna y eficaz que tenemos los ciudadanos. Si se pone a hacer cumplir las leyes con rigor —como todo el mundo quiere y espera— el sector hegemónico de la economía se encastilla en el boicot. Si el gobierno enfrenta esa ilegalidad —como sucede en cualquier país civilizado y regido por un Estado de derecho— ese sector cierra los negocios, desaparece los productos y el gobierno termina con frecuencia como el villano de la película, porque la aplicación del principio de autoridad siempre implica costos políticos, que además, en nuestro caso, rebotan en el plano internacional, donde no se descarta la intervención militar extranjera en nombre de la democracia liberal y el libre mercado.

JB: *¿Y dónde queda el tema del modelo económico?*

JL: No vamos a insistir en lo que es archisabido: que en Venezuela opera un modelo económico-social rentista y que, en 20 años de revolución bolivariana, ese modelo ha permanecido y ha exacerbado sus potencialidades negativas.

En todo caso, me parece más urgente y pertinente cuestionar la fijación de algunos por los modelos o regímenes económicos-sociales en abstracto. En este país, se puso en marcha un capitalismo distorsionado; con la llegada del chavismo al poder, se ha venido instaurando un híbrido de ese pseudo capitalismo con un socialismo limitado, superficial, siempre alrededor del eje de la economía petrolera. En ese encuadre, se han propuesto algunas líneas estratégicas al modo de consignas o proclamas: «Se debe sembrar el petróleo», pontificó Uslar Pietri; «Vamos a administrar la abundancia con criterio de escasez», prometió Carlos Andrés Pérez; «La meta es lograr la independencia económica y la soberanía alimentaria», proclaman los ideólogos del chavismo... Como bien sabemos, la verdad es que ni disponemos de un sistema económico-social meridianamente operante y equilibrado ni se han realizado las aspiraciones a que respondieron esas consignas. Ya es hora de preguntarse sobre la razón de esas fallas y fracasos. En general, se tiende a culpar al modelo establecido. Todo lo humano es imperfecto por definición y, por muy bien que se vea una estructura sobre el papel, siempre terminará presentando desperfectos y averías. Pero, como no estamos hablando de aparatos materiales, sino de estructuras sociales, el elemento humano es el esencial. Y hablar de «elemento humano» es hablar de ethos, de ética. Ningún modelo va a funcionar bien, si no cuenta con el factor humano que lo organice adecuadamente, que lo ponga en marcha con efectividad. Si no contamos con la base humana, con las personas éticamente bien formadas que se necesiten, ni siquiera el

sistema mejor elaborado podrá operar a satisfacción de la comunidad. Ni la democracia representativa ni la economía neoliberal que impulsa la oposición ni el Plan de la Patria que promueve el gobierno ni nada por el estilo funcionan con gente sin sentido social y político, sin disciplina, sin una preparación técnica indisociable de la formación moral, sin conciencia clara del bien y del mal, sin respeto al otro-otra, sin la asunción de valores estimables y compartibles, sin consideración de las leyes, sin bases mínimas de identidad con un proyecto comunitario... Todo eso es ética y pone en evidencia lo que hemos señalado acerca de la necesidad de una atención prioritaria al ethos.

ni nuevo modelo de sociedad ni nuevo modelo de ser humano

JB: *Ya abordaste el tema del sujeto político en su relación con la Historia. ¿Qué puedes decir de las personas que deben encarar a diario una realidad económica y política tan dura como la venezolana?*

JL: El problema ético tiene una compleja conexión con la estructura económica. Tenemos ese problema del modelo rentista, que continúa y todo parece indicar que no damos con las vías de superarlo. Los que impulsan el socialismo no logran estructurar aquí un socialismo sólido y los que promueven una economía neoliberal no creo que armen algo digno de ese nombre, en sentido estricto, algo que vaya más allá del saqueo del país-botín. No hemos contado con una base ético-social sólida para armar algo mejor.

Pareciera que estuviéramos en un penoso proceso de transición, que todavía está lejos de alcanzar su primera gran meta, que sería una transformación positiva de las relaciones sociales y de los modos de vida. En esa ruta aparecen contrastes y constricciones. Por ejemplo, el gobierno ha venido promo-

viendo otro hibridaje, otra combinación de cosas que no se llevan bien, como es el caso de la que se da entre el impulso oficial de un programa de corte desarrollista y la promoción simultánea de un discurso eco-socialista. Esto es difícil de entender, porque en realidad el afán del gobierno de atender la deuda social es lo que ha estado incentivando la continuación y reafirmación de políticas de carácter desarrollista, que no se avienen con una racionalidad económica sustentable, de cariz ecologista. Eso es contradictorio: por un lado se impulsa un asistencialismo evergetista—porque, por el momento, no se ha logrado armar otro dispositivo para atender a las necesidades de amplios sectores de la sociedad— y por el otro se aspira a un equilibrio ecológico. Con las sanciones norteamericanas a nuestra industria petrolera, esa contradicción se agudiza más, porque se necesita acudir al oro para financiar las misiones y dar de comer a los más desprotegidos. En la medida en que se necesite más oro para tales propósitos, el costo ecológico del asistencialismo va a ser enorme.

JB: *Es una contradicción que puede traernos consecuencias muy graves.*

JL: Pero el asunto no termina ahí. Este es un país donde se evidencia una intersección entre procesos capitalistas de amplio alcance, con iniciativas socialistas o cogestionarias o autogestionarias de carácter socializante, cooperativista incluso, pero de muy escaso alcance. Todas las opciones de organización económica socializante y comunitaria están a la zaga, en la actual economía real venezolana. En eso hay que incluir un sistema de empresas básicas expropiadas de alcances cuantitativos considerables, aunque está muy lejos de representar un contrapeso al singular capitalismo venezolano. Tras 20 años de transitar por esa vía alterna, lo que se ha logrado se parece demasiado a un fracaso, aunque no se pueden negar importantes avances en la parte social.

Otra contradicción que caracteriza al país es la que se da entre el impulso de un programa estratégico de cariz socialista, así como de iniciativas concretas de tono socializante, y la pervivencia de un consumismo popular generalizado, que en el fondo pone en evidencia una discordancia entre el ethos deficitario de amplios sectores sociales y el proceso económico-social que encabeza el Estado venezolano. Por un lado, la atmósfera ideológica está copada por un discurso revolucionario socializante, pero en la vida práctica predomina una fuerte tendencia al consumismo. En el presente, esto es fuente de grandes frustraciones, porque se ha venido debilitando el poder adquisitivo de los salarios, así como la capacidad del gobierno para sostener el asistencialismo en los niveles anteriores a las sanciones y bloqueos impuestos al país por Estados Unidos y sus aliados.

Hablando de contrastes y de incongruencias éticas e ideológicas, me sorprende la amplísima presencia de la Coca-Cola y la Pepsi-Cola, en un país gobernado por fuerzas revolucionarias y socialistas. No entiendo cómo pueden permanecer esos productos tan emblemáticos, tan identificados con un *modus vivendi* anti-revolucionario, con una manera de ser y estar en el mundo tan reñida con el socialismo y todo lo que se parezca, tras 20 años de acción revolucionaria supuestamente hegemónica. Lo que puede estar evidenciando todo esto es la eficacia existencial de la manera capitalista de organizar la producción, la economía y la vida.

JB: *O sea que el tipo de consumo marca el carácter del modelo económico.*

JL: Sí. En concreto, el capitalismo tiene una pasmosa capacidad de penetrar en las vidas de la gente. El capitalismo vehicula un biopoder y la penetración de esos refrescos de

cola en medios sociales tan amplios y de diversos estratos, pese a vivir en un entorno socializante, pone en evidencia que la batalla por un sistema social justo, humanamente realizador, se da más en el campo ético que en el de índole material, aunque este sea de suma urgencia en ciertos momentos históricos. No puede haber una auténtica revolución socialista allí donde la Coca-Cola y la Pepsi-Cola campeen por sus fueros. Tampoco un social-capitalismo como el que aquí se viene proponiendo. Por supuesto, no estoy pensando en algo tan estúpido como la prohibición de tales bebidas. Lo único que digo es que el hecho de ser adicto a ellas es un problema ético y que su proliferación masiva en determinada sociedad es una clarísima prueba del déficit ético de sus integrantes.

Ese biopoder, en el caso venezolano, llegó a un punto muy llamativo. Lo que voy a decir ahora no tiene ningún tinte personalista. No quisiera que se interpretara como un ataque a una empresa o a una persona, Para quitar a mis palabras toda coloratura *ad personam*, no voy a nombrar esa empresa.

Todos sabemos que existe una empresa que hegemoniza la producción de alimentos y ofrece algunos de los productos de mayor demanda en el país. Bueno, pues esa empresa y esos productos han moldeado, durante largas décadas, la existencia misma del venezolano. Así que no solo es importante como factor económico que desempeña un papel protagónico en la política nacional, sino también –y más aun– porque ha alterado y configurado de manera negativa las vidas de la gente. A ella y a la connivencia de mucha gente, que se deja influir por su oferta oportunista, se debe la incidencia alarmante de cardiopatías, desajustes en los procesos digestivos, obesidad y demás –sin contar sus proyecciones en el plano psíquico– en muy amplios sectores de la población. Me parece increíble que 20 años

de un proceso político, que se supone debería transformar muchas dinámicas deletéreas del pasado, no hayan sido suficientes para redimensionar esa empresa e inducir la que sustituya la margarina altamente tóxica que vende, la mayonesa igualmente insana, la harina de maíz precocido asimismo dañina y carente de nutrientes, junto a una larga lista de productos indefendibles desde el punto de vista de la salud, por otros que sean nutritivos, saludables y accesibles a los bolsillos populares. Ni siquiera merece respeto la cerveza que produce. Sé que estoy cometiendo un gran sacrilegio para muchos libadores del, pese a todo, preciado líquido. Pero uno debe procurar lo mejor para uno y para la gente y no conformarse con lo que la mercadotecnia y el control del mercado le ofrece. Puede sonar a prurito exagerado, a arrogancia o lo que se quiera, pero los venezolanos deberíamos tener derecho a acceder a cervezas que se elaboren conforme con reglas de calidad del máximo nivel, como hacen los alemanes, que producen sus excelentes cervezas de acuerdo con lo establecido por alguna *Reinheitsgebot*, alguna norma de pureza en la producción de la bebida. Como digo, esto puede parecer el reclamo de un «sabrosito» por demás exigente y excéntrico, pero en la Colonia Tovar, aquí mismo, en Venezuela, se produce cerveza con apego a la *Reinheitsgebot* de Baviera. Esto último debería ser lo normal, no lo excepcional, como ahora. Habría que pensar, también, en una revolución de las bebidas y de la alimentación: una revolución alimentaria, sin la cual se dificulta mucho la de carácter político y ético. Pero el principal obstáculo, para este justísimo anhelo, sigue siendo el déficit ético de la mayoría, más allá de las clases y los estratos sociales.

JB: *Te estás metiendo con verdaderas «instituciones» de la comida nacional.*

JL: Sí, porque somos lo que comemos. Repito: no es nada

personal contra los dueños de la mencionada empresa. Y no niego las buenas obras que también hace y tengo siempre en cuenta que los perjuicios de salud que propicia, así como el *modus vivendi* que ha estimulado, cuentan con la anuencia de una muy extensa porción de la comunidad, literalmente mal educada y, por ende, de muy débil ethos. La empresa no tiene la culpa de que la gente, por la razón que sea, prefiera lo peor a lo mejor, aunque sí tiene mucha responsabilidad en inducir esa actitud y conducta en quienes terminan siendo sus consumidores. Sería más digna de respeto, si cultivara en el país, con técnicas racionales y ecológicas, el maíz que emplea; si su harina precocida fuese integral, si renunciara a producir grasas nocivas como la margarina, si su mayonesa se hiciera con ingredientes naturales y si sus dueños consumieran sus propios productos. También se le respetaría más si estos actuaran como capitalistas productivos, que no dependieran tanto de los petrodólares del erario público.

JB: *Pero esa «revolución alimentaria» que planteas implica, entre otros aspectos y una vez más, el tema de la regulación. ¿Quién o qué organismo regula la elaboración de esos productos? ¿Un ministerio de sanidad, un ministerio ecológico?*

JL: El punto del control social y de la regulación institucional de la producción y consumo de productos imprescindibles para una vida digna es importante. En los países en los que más se ha avanzado en cuestiones como la salud preventiva, el fomento de la alimentación sana, la cultura del reciclaje, la conciencia ecologista y todo eso, hay organismos públicos y privados que, junto con las organizaciones populares del caso, regulan y controlan la dinámica del ramo. Pero mucho más importante que eso —pese a que resulta imprescindible— es la situación ética de la gente. Una «revolución alimentaria» requeriría una solidez ética de la gente, lo que a su vez se logra por medio de una rigurosa

educación; también exigiría una alteración sustancial de los hábitos alimentarios comunes, por lo general muy nocivos y que, en buena medida, la gente adquirió por el influjo anti-educativo de la publicidad, los medios, la mercadotecnia... Además, sería muy bueno que empresas como esa pensarán en actualizarse en este terreno.

Ahí es donde uno se da cuenta de que, en 20 años, el proceso bolivariano no logra incidir allí donde el capitalismo sí ejerce su influjo, como biopoder, que es en la existencia de la gente. En general, la tendencia sigue siendo el consumo de más y más productos, incluyendo los de carácter comprobablemente tóxico. Hasta ahora, ese proceso no da muestras de potenciar de manera significativa una nueva humanidad, un nuevo ser humano —hombre y mujer, para dejar atrás aquella fórmula fallida del «hombre nuevo» revolucionario de la vieja izquierda—. Esa sería la base de una revolución en los componentes primordiales de la vida cotidiana. Una transformación de la vida en el plano alimentario —y, claro, en otras facetas de la vida— iría pareja a una modificación sustancial y hacia mejor en el terreno ético. Esto implica un ideal de lo humano que no debe rendirse al valor tan exaltado en nuestro tiempo de «lo nuevo». Lo que más importa es una humanidad buena y eso no debe limitarse a épocas determinadas. Si hablamos de que sea «nueva», es porque sería una modificación actual de un estado superado, algo del pasado, «viejo». Así que estoy pensando en la promoción sistemática y masiva de un modelo de ser humano caracterizado por la honradez a toda prueba, el sentido de responsabilidad, la disciplina personal y social, la autonomía de decisión y de acción, el espíritu de trabajo, la solidaridad, el compromiso con ideales y metas trascendentes. Ningún modelo económico-social y de organización de la vida puede funcionar razonablemente, si no es obra cotidiana de gente con esa consistencia ética.

JB: *No sé si lo que planteas tiene que ver con algo como una «calidad ética» o también «espiritual» de la gente, más allá de aspectos políticos, sociales y materiales.*

JL: Por supuesto. En la lógica del capital y del consumismo, se le da toda la importancia a la calidad de las mercancías y de los servicios, pero casi nadie se ocupa de la «pasta» humana, de aquello que conforma el alma, el ethos. Este es un viejo problema al que no escapa ninguna sociedad capitalista y al que tampoco ha sabido responder positivamente un proceso que proclama el socialismo. En la Venezuela actual, se advierte una contradicción —otra más— entre la vocación comunitaria, colectiva de un proyecto así y el egoísmo predominante en la gente, en la ciudadanía. Ese egoísmo y la inconsciencia con que se practica el consumismo en sectores sociales de todo tipo habla, además, de una falta de conciencia cívica, de una enajenación social, una falta de identidad comunitaria y de carácter civil, que vaya más allá del individualismo más ramplón. Sigue siendo mayoritaria la gente que no distingue con claridad el espacio público del privado. A cada paso, uno se encuentra con situaciones donde algunos «vivos» se apropian del espacio público y lo convierten en una instancia de provecho privado, en las narices de uno y de las autoridades. Por ejemplo, destruyen bienes públicos porque así conviene a un interés personalista. Rompen una acera e instalan una tubería a modo. Instalan negocios obviamente de interés privadísimo, utilizando bienes públicos, usando una electricidad que no pagan ni otros servicios ni derechos de uso de un suelo público. Eso va a tono con que hay un sector muy importante de la población que piensa que es correcto vivir sin pagar una serie de servicios. Hay lugares en los que no se paga por el agua. Abundan los lugares donde no se paga la electricidad, el aseo urbano etc. Sin olvidarnos del grave

delito de lesa solidaridad, que es el bachaqueo en todas sus expresiones. Y lo peor es que todo se sustenta en la creencia muy difundida, en muy amplios sectores, de que eso es lo correcto, de que un estado petrolero debe garantizar esos servicios de manera gratuita.

La pregunta de cajón, ante todo eso, es ¿dónde han estado las fuerzas bolivarianas, cuando todo esto se ha venido expandiendo y asentando en la sociedad venezolana? Es fácil señalar los elementos anti-éticos del capitalismo, especialmente en su modalidad liberal extrema. Pero, en 20 años ¿qué ha hecho el proceso bolivariano para enfrentar ese gravísimo cuadro ético?

más sobre la situación ética: la anomia

JB: *Poco a poco, estás señalando varios elementos de una caracterización del país. Lo que dices confirma la idea general de que ya estamos entrando en un momento de anomia más o menos generalizada.*

JL: La anomia es un estado de inconsciencia ante las normas, tanto de parte de la gente como de la autoridad. Eso puede ser meramente individual o alcanzar dimensiones colectivas. Lo que ese fenómeno denota es la incapacidad de las instancias de socialización (la familia, la escuela etc.), para implantar en la persona una conciencia normativa. ¿Cuándo observamos esta situación? Cuando vemos a gente que actúa, primero, sin importarle el entorno comunitario ni si hay normas que puedan regular sus actos o no y, segundo, cuando al adquirir alguna idea de esas regulaciones, decide no acatarlas. Esto induce a pensar en la anomia como un estado de deterioro o incluso muerte de la civilidad, la moral cívica. Estas actitudes toman fuerza y se expanden, cuando no hay una instancia pública que garantice el cumplimiento de las normas, cuando se transgreden reiteradamente ciertas

disposiciones legales, porque sale gratis hacerlo y, claro, cuando poco a poco las instituciones públicas, por razones múltiples, van cediendo ante la desidia ética que todo esto implica. Puede decirse, entonces, que la anomia es un modo de desobediencia civil, sin su componente de confrontación política. Esto conecta con circunstancias de debilitamiento y hasta descomposición del sistema de impartición de justicia. En general, los cuadros anómicos pueden reflejar situaciones de inconsciencia social generalizada. Esto me parece particularmente grave, en un Estado de corte socializante, que debe sustentarse en una ciudadanía de muy elevada y sólida conciencia social. Como puede verse, caemos una vez más en el terreno ético y en sus proyecciones en el plano educativo y también legal, propio del ámbito de ejercicio de la justicia. Pero, además, la anomia puede estar expresando una erosión gravísima de la democracia; de hecho, un déficit de democracia, perfectamente vinculable a la anti-política y a la partidocracia que penetran la vida civil, la dinámica judicial, la socialización de la gente, el curso de la creatividad axiológica (es decir, el vasto mundo de los valores) y su proyección en la educación y el conjunto de la acción social cotidiana.

JB: *¿Qué otro aspecto agregarías a esa caracterización que has venido haciendo in crescendo?*

JL: Me apena mucho constatar una situación de deterioro general del país: sus servicios, sus infraestructuras, sus instituciones. Se percibe el efecto de las sanciones, de los embargos, los bloqueos, las trabas financieras y de todo tipo con que Estados Unidos y sus aliados han venido castigando al país y a la gente. Una vez más, no se pueden negar las importantes fallas del sistema bolivariano. Estoy convencido de que se irían superando, poco a poco, con iniciativas adecuadas, con el ejercicio de la crítica y de la

autocrítica, con vaivenes, subidas y bajadas, obstáculos y facilidades, sinsabores y alegrías. La injerencia abrupta, abusiva y gansteril, en la vida nacional, de una potencia extranjera, por medio de las mencionadas sanciones, me parece un atentado contra la gente. Sectores de la oposición están conscientes de la inutilidad y la total inoperancia práctica de las sanciones, de cara al propósito de tumbar al «Régimen», que es su meta estratégica primordial. Esos sectores perciben que las iniciativas hegemónicas de EU perjudican también a sus intereses y a su propia gente opositora, procapitalista, y por eso señalan, aunque con timidez, el despropósito de la sancionadera gringa. Pero otros grupos y personalidades de la oposición justifican todo eso con el peregrino alegato de que Venezuela está intervenida —y aun «invadida» dicen los más extremistas— por Cuba, Rusia y China. No vale la pena detenerse en serio en este punto. Cualquier persona honrada y con un mínimo de inteligencia sabe que no es lo mismo entablar lazos de cooperación recíproca con países extranjeros que ser sometidos a la imposición unilateral de ejecutorias de una potencia hostil. Ya sabemos que, en el fondo de todo eso, está la Trinidad Gringa (el Destino Manifiesto, la Doctrina Monroe y el Gran Garrote), los intereses electorales de Trump y su *gang*, el afán de evitar que sus «grandes valores» capitalistas neoliberales sean puestos en peligro, por ningún proyecto mínimamente socializante.

No entiendo cómo el gobierno no moviliza más a la gente, frente a ese cuadro de deterioro de la vida. Por ejemplo, el estado del metro de Caracas es deplorable y representa lo que pasa en el país. Casi ninguna escalera eléctrica funciona —lo que dificulta las cosas a los ancianos y personas con limitaciones físicas relativas—, carencias obvias de personal que inducen a pensar en los efectos cuantitativos y cualitativos de la emigración, el aseo deja mucho que desear, abundan

los aparatos de aire acondicionado que no funcionan en vagones que fueron diseñados para depender de él y un largo etcétera. Todo eso, en una situación de extremas limitaciones de dinero ¿A qué esperan, por ejemplo, para organizar un voluntariado para mejorar en algo el servicio de metro, que además es gratuito? Los alemanes y los japoneses –bien que con la fuerte ayuda estratégica externa– dejaron atrás el estado de ruina de sus países, en cosa de pocos años. Aquí, uno no ve que la gente se movilice y organice –más allá de ciertas iniciativas con algún color político o grupal– para superar el ruinoso cuadro que ya despunta en nuestros paisajes rurales y urbanos.

Habrá que hacer cosas extraordinarias, aunque siempre razonables, para afrontar un cuadro general de vida que se coloca, en lo que hace a la mayor parte de la población, en la línea de sobrevivencia, por la combinación de hiperinflación, reducción drásticas de los recursos y las inversiones públicas por obra de las sanciones, deterioro de las infraestructuras preexistentes, déficit ético, imprevisión en cuanto al curso de algunos servicios, la falta de organizaciones sociales no sectarias, las divisiones sociales y de cariz racista etcétera.

déficit de democracia

JB: *Hace un momento hablabas de «déficit de democracia». ¿A qué te referes, en concreto? Sería interesante definir el concepto de democracia, porque uno ve cómo lo invocan, como una especie de ritual de apropiación maximalista.*

JL: Buena pregunta. Podríamos tener un rango de definiciones de la democracia. Iría a la que me parece más genuina y también más radical, es decir, más apegada a la raíz de ese modo de ejercer la política. La primera democracia históricamente documentada fue la democracia ateniense.

La democracia ateniense tenía varias grandes limitaciones, pero no por eso deja de ser modélica e imprescindible, a la hora de pensar la política. Una limitación era que se reducía exclusivamente a los ciudadanos atenienses libres, dotados de *isonomía*, es decir, igualdad social y política ante la ley. Dejaba de lado a la mujer, que no tenía ninguna presencia en el espacio público; en compensación era la que tenía un control casi omnímodo en el espacio privado, en el ámbito familiar. La otra gran limitación es que también excluía políticamente a los esclavos y a los metecos (los extranjeros residentes en la polis), pese a que ambos sectores eran de suma importancia para la base económica de la democracia. Y una limitación de la máxima importancia —aunque pocas veces se la suele tener en cuenta—, es que se trataba de una democracia imperialista. Estamos hablando de una estructura económico-militar dirigida por el *demos*, la gente del pueblo, en perjuicio de otros pueblos, de quienes recibía tributos de diversas clases. Por último, se trataba del dominio del pueblo sobre la aristocracia oligárquica. Cuando hablo de «dominio», me refiero a la imposición coercitiva de la asamblea sobre el sector aristocrático y el conjunto de la sociedad. Ese poder de coacción era, en lo esencial, la base de una cohesión política relativa, que duró aproximadamente 100 años. El ejercicio de ese poderío incluía la posibilidad del ostracismo contra ciudadanos incómodos o peligrosos para el *establishment*, así como la pena de muerte por razones políticas.

Sin olvidar esas limitaciones, desde el punto de vista de su funcionamiento interno, la democracia ateniense me parece un régimen ejemplar, en muchos sentidos. Por un lado, todo ciudadano libre tiene una responsabilidad política, en tanto que es miembro de la asamblea, la *ecclesia*, que está integrada por todos los ciudadanos libres atenienses.

Normalmente, funcionaba una asamblea de unas 5 mil personas, una cantidad muy respetable, no conocida en ninguna entidad parlamentaria en el mundo actual.

JB: *¿No incluía mediaciones?*

JL: Sí. A eso vamos. Estaban la Boulé (el Consejo de 500 miembros), la Pritanía (un grupo de 50 ciudadanos dedicados a la atención de la dinámica cotidiana de la polis) y la presidencia, que duraba un día. La estructura democrática contaba con un mecanismo de participación popular, sustentado en la *isonomía*: la selección por sorteo para el ejercicio de la mayoría de los cargos públicos. También había instancias de carácter judicial y religioso, en una atmósfera en la que la religión y el ejercicio de responsabilidades públicas estaban estrechamente vinculadas. Otro dato importante: no había un ejército profesional; era el propio pueblo el que se organizaba y movilizaba para toda iniciativa bélica acordada por la asamblea y los estrategos —o sea, los «generales» conductores de la guerra— eran electos en ese organismo, por medio de votaciones, para cada campaña militar específica. Finalmente, más allá de las limitaciones que ya se han señalado, la democracia ateniense era un mecanismo de ejercicio del poder del pueblo común, en primer lugar, contra la aristocracia que siempre pretendía estar por encima del interés general. Junto a eso, esa estructura democrática se sustentaba en la participación «total» de la ciudadanía, así como en el ejercicio del debate, en principio, libre y abierto a todos los ciudadanos. De ahí la importancia de la retórica, del uso cultivado de la palabra, con la intención de convencer. La relación de los voceros de los *demoi* (las «tribus» en que se agrupaba la gente común, en Atenas) con los aristócratas era compleja. El grado de confrontación de clase, en las instancias de la estructura democrática ateniense es muy elevado, pero esto es algo que

no se oculta ni se disimula; simplemente se sobrelleva de manera tensa. Pese a que el pueblo se imponía de manera coercitiva a los antiguos oligarcas, estos también formaban parte de la asamblea. Todos estos elementos permiten advertir un margen de participación política ciudadana sin par en la democracia ateniense y eso es lo que la hace modélica.

No está de más señalar que, junto a la estructura democrática específicamente política, en Atenas existía una importante estructura cultural-religiosa paralela, sin la cual la democracia ateniense sería demasiado deficitaria. Sin la tragedia y la comedia —marcadas primordialmente por la incidencia del dios Dioniso, aunque también por la de Apolo— y sin el ejercicio de la retórica forense —la oratoria de los tribunales, ante los jueces, por medio de la cual se sacaban todos los trapos sucios de las tensiones interpersonales y grupales a la biosfera del espacio público— la calidad de la vida política, en Atenas, sería insignificante. La liga de la política con la religión siempre ha sido decisiva, aunque eso hoy parezca extraño.

JB: *Y esa democracia ¿podría servirnos de modelo hoy en día?*

JL: Para mí, esa democracia originaria tiene componentes de una gran actualidad. Como sucede con toda experiencia histórica importante, la democracia ateniense puede servirnos como referencia. Pero todo eso con la condición de asumirla de manera crítica y creativa. No para calcarla, sino para reinventar sus procedimientos de participación civil y de responsabilidad política. Se trataría, en todo caso, de reinventar sus aspectos positivos, tras descartar los negativos. Son positivos, para mí los elementos que favorecen el equilibrio y la cohesión comunitaria, así como la participación popular amplia, abierta, plural, con base en el debate racional, la escucha, el uso prudente de la palabra, las formas comedidas de acción y el respeto al otro.

JB: *¿Tu idea de un déficit de democracia viene de una comparación de la política actual con ese modelo originario?*

JL: Solo en parte. Le doy mucha importancia a la condición popular, de clase, que distingue a una genuina democracia como la ateniense, pero reconozco que la historia política de la humanidad, en muchas partes, desde las comunidades indígenas de varios continentes hasta las refinadas y complejas formaciones políticas de la Modernidad y los tiempos contemporáneos, con todo y su gran inventario de luchas democráticas y revolucionarias, emprendidas por hombres y mujeres generosamente consagrados y consagradas a la búsqueda de una vida mejor, siempre tiene mucho que enseñarnos.

Si se toman en cuenta esas referencias, a la hora de comprender nuestro presente político, la conclusión es que tenemos una democracia bastante deficiente. La anti-política y la partidocracia han desvirtuado, mercantilizado y corrompido la política. La simbiosis entre economía y política que ha exacerbado el capitalismo neoliberal, ha determinado la conversión de la praxis política en negocio y, más aun, en actividad cleptocrática. Por el lado del chavismo, lo menos que podemos decir es que no ha logrado el equilibrio deseado entre programas socializantes y formas de participación popular realmente democráticas. El asunto es más complejo que lo sugerido por la propuesta declarativa de una democracia «participativa y protagónica». Se le imputa al chavismo el instaurar una supuesta dictadura —ya hemos visto que esto es falso y perjudicial, cuando se trata de comprender la realidad política— y es cierto que no es un modelo de democratismo, al estilo de los países nórdicos, por ejemplo, pero la oposición ha contribuido al déficit y aun a la descomposición de la democracia representativa desde cuando era gobierno, es decir, desde los tiempos de la IV República.

JB: *¿Cuáles serían los principales signos de ese déficit de democracia que planteas?*

JL: La expansión de una idea dogmática y sectaria de la democracia —algo muy lejano del poder popular ateniense—, como un dispositivo de representación limitada y de dominación de las clases hegemónicas y las élites, ya implica de por sí un déficit de democratismo. Se acusa a la izquierda tradicional de su tardía incorporación histórica al juego democrático, pero es que los teóricos del siglo XIX, con Marx a la cabeza, habían observado bien la simulación de democracia que venía fomentando el liberalismo burgués. Ellos descubrieron que se trata de una encubierta dictadura de clase. Los formalismos democrático-representativos se prestan a la perfección a ese efecto simulador. Por cierto, cuando Vargas Llosa, hace unos 30 años, denunció que la democracia mexicana, manejada por el viejo PRI, era una «dictadura perfecta» (motivo por el que fue expulsado del país por el gobierno de Salinas de Gortari), estaba actuando como un marxista o un radical decimonónico (quién lo dijera). En fin, la democracia burguesa es en sí misma deficitaria, en lo que respecta a hacer valer los intereses de la gente común. Si a eso agregamos aspectos como el ventajismo electoral, el manejo inequitativo de los medios de comunicación y propaganda, el empleo de recursos de procedencia inconfesable para ganarse voluntades, el clientelismo, el peso de las tendencias a la partidocracia y la cleptocracia, la compra directa de votos, las manipulaciones en los padrones de votantes y todo eso, el déficit de democracia alcanza niveles de escándalo. Y lo cierto es que Venezuela viene cargando ese lastre, desde los inicios mismos de la etapa democrática puntofijista, pero el proceso político chavista está muy lejos de una pulcritud democrática y, en el fondo, ha dado continuidad a ciertos vicios antidemocráticos disfrazados de democracia de los tiempos de la IV República.

JB: *¿Qué quieres decir, que la IV y la V Repúblicas son iguales en lo que se refiere a la vida democrática?*

JL: No sé si iguales, pero me parece absurdo que ciertas fuerzas políticas se abstengan de participar en algunos procesos electorales de la era chavista, alegando pruritos de pureza democrática que ellos nunca tuvieron, cuando controlaban el sistema político. Todo régimen democrático es perfectible y esto vale también para las estructuras de relaciones democráticas y de participación popular impulsadas en el periodo chavista. Pero cosas como aquella de «acta mata voto» y el robo de sufragios emitidos a favor del contrincante en las casillas, el ventajismo institucional y mediático, la manipulación de padrones, las presiones intimidatorias a los votantes y hasta la venta de la presidencia por parte del candidato ganador son prácticas en las que destacaron adecos y copeyanos. Terminaré con un «detalle» antidemocrático que pocos suelen recordar y mencionar: el uso de los colores de la bandera en los símbolos y logo del partido Acción Democrática, así como por los sindicatos y gremios bajo su férreo control. Por cierto: lo mismo hizo el PRI, en México, hace unos 90 años y lo sigue haciendo. Lo más probable es que AD se inspiró en el PRI, para ese abuso antidemocrático aceptado por nuestros grandes demócratas y liberales.

JB: *Aquí, en Venezuela, tuvimos un tiempo que se financiaba a los partidos con dineros públicos.*

JL: Así es, pero eso es algo que se hace en muchos países. En México, sin ir más lejos, se sigue haciendo.

JB: *Si, pero eso no distorsiona el sentido del político y los partidos como servidores públicos.*

JL: Si y no, porque también tienes el problema de que, si no financia el Estado a los partidos, estos se ponen a buscar

dinero de cualquier manera –incluyendo algunas no santas– para sus campañas cada vez más caras. Más aun, cuando la visión cleptocrática y partidocrática de la política hacen del acceso a las instancias de poder un negocio, una inversión costosa, que reeditaré dividendos, por medio del saqueo del erario público. Por eso, siempre aparece dinero en abundancia en los procesos electorales. ¿De dónde procede ese dinero? Muchas veces de fuentes peores que el Estado y las leyes de financiamiento de los partidos, como la delincuencia organizada y las chequeras de los grupos empresariales hegemónicos. Todo eso es anti-política y anti-democracia.

También los problemas de fondo de la actual democracia representativa, simbióticamente unida al capitalismo, hundida en la simulación y en la distorsión crematística y las prácticas corruptas tienen un carácter ético. El abandono de los compromisos morales por parte de los factores de la política está en la base de la decadencia de la democracia representativa. De hecho, la democracia tiene severas tensiones con la moral, desde sus comienzos, desde los tiempos de la experiencia ateniense, como lo vieron Sócrates y Platón. Las modalidades modernas de ese régimen lo que han hecho ha sido agravar esas tensiones o «resolverlas» a favor de prácticas éticamente indefendibles o simplemente por medio de la renuncia total a la ética, a veces ampliamente racionalizada por plumíferos e ideólogos a sueldo. Este es el problema principal y el más difícil de abordar y resolver, también en este punto.

Siempre me ha parecido importante la incidencia del liberalismo moderno en el modelo democrático de base. Son encomiables los aportes del liberalismo al juego democrático: el respeto formal al contrincante, los procedimientos de debate parlamentario, el reconocimiento a las minorías, la aceptación de la pluralidad política, la alternancia pacífica en

el acceso a los poderes, la escucha de la palabra del otro... La inmunidad parlamentaria es una prerrogativa antigua; existe por lo menos desde los tiempos de los tribunos populares romanos, como mínima protección en tiempos en que era frecuente asesinarlos por sus actuaciones políticas. Pero el liberalismo democrático modernizó y consolidó ese privilegio, aunque en estos tiempos de chalaneos y bandidajes los políticos, algunos parlamentarios, usan la inmunidad como impunidad ante sus fechorías. El problema con todo ese juego es la caída frecuente en un formalismo insustancial y en la simulación; una vez más, en la confusión de medios y fines. Por eso, en estos tiempos de acumulación de tensiones extremas, presenciamos un agotamiento general de las prácticas liberales.

JB: *No solamente en el caso venezolano. Los partidos de América Latina, en general, se caracterizan por presentarse como democráticos, se autodenominan democráticos, pero son liderados por algún caudillo.*

JL: La democracia representativa se distorsiona, en lo esencial, por el déficit ético que estimula la presencia activa del dinero, de los negocios, de las ambiciones, junto con el abandono de todo compromiso social y comunitario, la ausencia de gente consagrada al bien de la polis, en las instancias de acción política. La partidocracia y la cleptocracia están en la base de todo eso. La partidocracia es, en sí, el asalto de las instituciones públicas por los partidos y demás factores de poder y ese asalto se traduce en un saqueo constante y cada vez más sofisticado. Es la manifestación de una pseudo-política entendida como actividad mafiosa. Esos agentes de la anti-política se ponen por encima de la sociedad y relegan por completo el interés común, la voluntad general, las expectativas populares, el interés nacional.

una democracia multimodal

JB: *¿No es la formación de grupos y más grupos dentro los partidos?*

JL: La formación de tribus intrapartidistas puede ser la expresión a escala de la anti-política general. O sea que, lo que se diga sobre las mafias partidistas de nivel macro y externo sirve para lo que sucede con las de alcance interno. Pero, aparte del déficit ético implicado en todo eso, lo que genera ese orden de simulación política es un peligroso déficit de representatividad. Lo más pernicioso para un régimen democrático, en comunidades complejas, es que se vulneren los procedimientos, prácticas y dispositivos de representación. Y justo lo que ha sucedido, desde hace mucho, ha sido eso.

Hay una crisis general de representatividad en los sistemas políticos de ahora. Esto ha generado una crítica que ha tenido una deriva, a mi modo de ver, incorrecta: el rechazo total a la representatividad misma, como concepto y valor de todo orden político comprometido con las aspiraciones populares.

El chavismo se ha aprovechado de esa crisis y siempre ha tratado de llevar agua a su molino, de cara a la organización del poder popular. Por eso se esfuerza tanto en rechazar toda variante de la representación, al tiempo que procura armar una democracia de sello propio, más acorde con los intereses populares. Eso me parece bien. Pero pienso que sus ideólogos han errado en la caracterización del problema. El mal de la llamada «democracia liberal representativa» no está en su condición propiamente representativa, sino en el derrumbe fáctico de esa representatividad, en su desaparición efectiva, en su reducción a un formalismo simulador que abandona a las comunidades a su suerte.

La reivindicación de pueblo soberano, en términos de una conjunción de ciudadanos/as autónomos/as, «protagónicos» y con voz propia, en el plano moral y político, como agentes de un programa socializante, me parece consistente. Esto está bien como supuesto de base. El problema se presenta, cuando ese reconocimiento de la soberanía popular lleva dogmáticamente a su reducción en el plano del individuo, con la intención de negar —al menos, teóricamente— la delegación en algún representante de ese poder soberano personal. ¿Por qué es errónea esa postura? Por su rigidez, por no tener en cuenta que el acceso directo a las instancias de poder o a quienes las controlan está en función de la complejidad de las comunidades humanas. A mayor complejidad, mayor necesidad de mediaciones y esas mediaciones no son otra cosa que representación, delegación.

JB: *Entonces ¿estás planteando una crítica a la democracia participativa y protagónica como algo que queda en el nivel del discurso político?*

JL: No. Eso es harina de otro costal. Justo lo que, en este momento, impugno es el discurso que dice que la representatividad es en sí misma negativa y que, por ende, debería desecharse a todos los niveles. Como puede observarse, el chavismo no es congruente con esto, porque sigue habiendo instancias de poder político, en las que se aplica el principio de la representatividad. Ejemplos elementales: los diputados, chavistas y no, a la Asamblea Nacional y a la Asamblea Nacional Constituyente; los directivos del PSUV son electos, entre otros, por medio de mecanismos de representación de las bases. Todos ellos representan a electores, en un conglomerado social complejo, como no puede ser de otro modo. Con eso, critico también la exaltación e incluso la absolutización de lo que podríamos llamar el «principio de participatividad directa», que no puede ponerse en práctica

en cualquier organismo o instancia. Una vez más, depende de la complejidad social, comunitaria.

JB: *¿Eso quiere decir que la comuna no puede sustituir a cualquier instancia de representación democrática?*

JL: La comuna es lo que más ha impulsado el chavismo. En teoría, me parece un mecanismo positivo de participación popular, que combina aspectos de representatividad con aspectos de coparticipación; por ejemplo, los consejos comunales que conozco han sido nombrados por vía de decisión democrática y de participación directa. El punto es —y debo insistir en ello— que el ejercicio de la soberanía popular va en función de la complejidad social y política. Yo sería partidario de recurrir mucho más frecuentemente al mecanismo del sorteo, con base en la isonomía que básicamente existe aquí. Lo que propongo es que se consideren los niveles de mediación, conforme con el grado de complejidad característico de toda entidad política, desde una comuna hasta un Estado o la sociedad venezolana en su conjunto; un sindicato, una universidad, un parlamento regional, una instancia nacional... Un aspecto importante en la complejidad social y política es la dimensión cuantitativa de la ciudadanía. Las maneras de relación entre la gente dependen, en gran medida de la demografía. Y ya que en la distribución política hay territorios de diversos tamaños y con diferencias en cuanto a su desarrollo económico y político, con tradiciones de organización política comunes, pero también singulares, me parece que las estructuras de participación popular deben asumir ese hecho y configurarse de acuerdo con él. Por eso propongo una democracia multimodal, en la que se combinen de manera equilibrada la delegación representativa, la democracia directa, la participación práctica sin mediaciones, el sorteo, la asamblea, la elección universal, directa y secreta, la elección indirecta, las reuniones consultivas etc.

dos miedos que se enfrentan

JB: *Sí, pero mientras tu planteas una representatividad en el marco de una «democracia multimodal» (con diputados, alcaldes, dirigentes comunales y otros agentes de mediación) el oficialismo repite hasta el cansancio que nada de eso volverá y los que siguen casados con la democracia representativa «no volverán».*

JL: Eso último que estás diciendo me parece también un elemento propio del estado de déficit de democracia de que estamos hablando. Entiendo que el reiterativo «no volverán» que gritan los chavistas se refiere más a la vieja partidocracia puntofijista y sus personeros y caudillejos, que nunca se han autocriticado ni han pagado ante la Ley por sus injusticias. Como sea, esa actitud expresa con fuerza el déficit de democracia de nuestra realidad política. Ese déficit es imputable a todos los sectores. En el caso concreto del gobierno, se nota que enfrenta con tensión el blindaje teórico e ideológico que supone el identificarse con un plan de la Historia que le corresponder ejecutar. ¿Te acuerdas de lo que hablamos sobre el historicismo? El chavismo se asumió a sí mismo como el agente histórico potenciador e impulsor de una transformación social.

Ese es el grave problema del historicismo: que asume que el curso de la Historia legitima y justifica la actuación de un grupo en el poder. El chavismo estaría cumpliendo una misión histórica. Hay un mesianismo de fondo ahí: la asunción firme de una responsabilidad histórica, que no quiere que nadie le arrebatte. Pero eso entra en colisión con los procedimientos democráticos y me parece que es un factor que distorsiona e incide fuertemente en el déficit de democracia. Además, está aquella cosa que dijimos en su momento: que en este país se vive una confrontación de miedos. La oposición tiene miedo a que esa función

histórica autoasumida por el chavismo se convierta en un estado asfixiante de las libertades, garantías e intereses con que ellos se identifican y se convierta Venezuela en una especie de Cuba.

A los chavistas, por su lado, les aterra la llegada de esta oposición al poder. Creen que eso se traduciría en una masacre de chavistas de dimensiones inconmensurables. Pienso que tienen razones históricas para esperar una venganza feroz, atroz. El hecho de que las fuerzas opositoras no se hayan cuestionado los desmanes que cometieron en los tiempos de su IV República y de la Guerra Fría (represión indiscriminada contra los pobres, asesinatos y desapariciones de revolucionarios y luchadores sociales...) induce a pensar que podrán volver a perpetrarlos en un eventual derrocamiento del sistema bolivariano. Eso está operando en el imaginario chavista como una fuerza de apego al poder. Ese temor, junto con el ideal mesiánico de que están cumpliendo una misión histórica, los induce a jugar el juego absurdo de la permanencia eterna en el poder, a creerse la ficción de que, a pesar de todas las limitaciones que aquejan su acción política, nadie será capaz de sacarlos el poder. Ese es el «no volverán». ¿Por qué digo que es absurdo? Porque el futuro —como decía la gran María Zambrano— es un dios desconocido y toda potencia humana, por muy sólida que llegue a ser, sucumbe al desgaste de fuerzas en el tiempo. Además, en política ni las victorias ni las derrotas son eternas.

la crisis en el orden institucional

JB: *Algunos dicen que aquí las instituciones han desaparecido, que no hay Institucionalidad. Otros afirman que sí la hay, pero a favor del gobierno. Y así encontramos argumentos y contraargumentos. Por ejemplo, el Tribunal Supremo de Justicia siempre ha decidido a favor*

del gobierno; no se conocen casos en que haya fallado a favor de una denuncia o demanda de la oposición. La Fiscalía también favorece sistemáticamente al poder oficialista, no a la población. Está también el CNE, en general, favorable al sector bolivariano.

JL: La irrupción de un nuevo proceso político nacional puso en cuestión la vieja estructura institucional y puso en marcha una nueva. Esto suscita muchos temores, ansiedades y también genera muchísimos errores, fallas y abusos. Máxime, si se encuadra en un ámbito de miedo recíproco y de déficit de democracia, que también incluye las intentonas de derrocamiento del gobierno bolivariano, los intentos de magnicidio y, en general, las violentas incursiones en atajos antidemocráticos que hemos conocido, en estos 20 años. No voy a justificar nada de eso ni voy a defender a nadie. No es mi papel ni mi intención aquí. No estamos ante una pugna de santos contra diablos, sino en una especie de guerra de intereses que, en el fondo, es una guerra de clases y de factores de poder. Todo eso, genera una alta tensión anti-política que abre las esclusas a afanes por evitar ser derrotado y derrocado, que pueden derivar—como de hecho ha sucedido— en abusos, excesos antidemocráticos. Insisto en que nada de eso tiene una justificación desde una ética y una política correctas, pero es justo reconocer que, en general, la oposición se ha tomado de manera muy intensa su función opositora, hasta el punto de que su praxis ha sido, con frecuencia, de mera obstrucción, dirigida a impedir que el gobierno gobierne, a poner trabas sin fin a la gestión oficial. Así como, según tu certera observación, el gobierno siempre aparece manejando de manera sectaria las instituciones públicas, la oposición nunca reconoce nada positivo del gobierno ni, menos aun, ofrece su apoyo a ninguna iniciativa oficial. Conclusión: que estamos en un estado de guerra, en una pugna entre enemigos, reafirmando a cada paso el

déficit de democracia que sufrimos. Casi casi se ve como algo «natural» que la oposición se la haga siempre difícil al gobierno, sin darle un segundo de tregua ni respiro, y que por eso mismo el gobierno aproveche su relativa hegemonía institucional para aplastar a sus oponentes. En esa conflagración, es ridículo ponerse a chillar reclamando la condición de víctima. Aquí, como pasa en toda confrontación de cariz bélico, los implicados son víctimas y victimarios, según el caso y el momento.

Ahora, hablando de crisis en el orden institucional, el neoliberalismo me parece mucho más antiinstitucional, una verdadera amenaza contra las instituciones. No olvidemos que el neoliberalismo, en sus planteamientos más extremos, que son los que generalmente se tratan de impulsar a escala global, atenta abiertamente contra el Estado, procura debilitar las estructuras estatales, eliminar toda regulación, todo obstáculo legal y social a las más burdas ambiciones del *homo oeconomicus*, el negociante a cualquier escala, el productor maniático y obsesivo de ganancias y réditos, sin miramientos éticos ni pruritos políticos. El capitalismo neoliberal es un atentado a la justicia, a los sistemas jurídicos con los que se hace posible una cohesión social y una convivencia humana meridianamente digna, más allá de individualismos y egoísmos salvajes. Entonces, curiosamente, quienes más se quejan de que los revolucionarios fracturan, debilitan y, como sea, perjudican las estructuras institucionales que dan cuerpo y forma a una sociedad, a una comunidad, son los que fomentan la variante más extrema de capitalismo, una manera de organizar la producción, la vida (un biopoder), la sociedad y demás, que se basa en la aniquilación casi total de las instituciones. Su ideal sería que no hubiera ninguna instancia interviniendo o afectando el libre juego de las relaciones finalmente económicas, en un mundo de eco-

nomización prácticamente total de la vida, donde la única «institución» aceptable fuese el mercado absoluto.

JB: *Pero hay países en donde ese esquema funciona.*

JL: Depende de cuál y de las maneras específicas de aplicar las recetas neoliberales. No me parece que Chile, sumida en el modelo neoliberal desde los tiempos de Pinochet, sea un buen ejemplo, desde el punto de vista humano. A lo mejor, algún país europeo pueda medio salvarse en ese punto. En general, en los países del viejo Tercer Mundo, ha sido un desastre de desigualdad, crispación social, debilitamiento de los lazos de relación interhumana solidaria, mercantilización de la vida, materialismo burdo, insatisfacción constante, deshumanización de los procesos productivos, destrucción ecológica, economización ramplona de la vida... En fin: deberían revisarse las imputaciones desde ambos bandos en pugna polar —chavismo y oposición—, porque desde ambos lados se cuestiona algo que me parece muy importante, que es la configuración de un Estado que realmente se comprometa con el bien común y con la justicia y así pueda ser efectivamente la instancia reguladora, administradora, equilibradora de los intereses en pugna.

Estoy de acuerdo con eliminar los gigantismos aparatistas y con poner, incluso, en cuestión el clásico Estado armado a base de aparatos institucionales. Me parece mejor pensar en un Estado relacional, es decir, un espacio público relacional. Este es un planteamiento del que están lejos los neoliberales y los socializantes, desde un extremo y otro.

JB: *En todo ese planteamiento ¿dónde dejas la legalidad?*

JL: Pienso que hay una parte de la tensión política polar que afecta a una institución primordial: la ley, el orden jurídico, el sistema de impartición de justicia. Se observa una tendencia partidocrática a recurrir a la ley como instrumento

de carácter político y ya parece raro que se la asuma como un elemento de regularización y de racionalización de las relaciones humanas de forma tal que los conflictos, las tensiones, los intereses en juego no desintegren la sociedad y generen situaciones que puedan llegar hasta a la confrontación, la guerra pura y dura. Pero esa es una práctica de todos los factores políticos. Es muy raro encontrar una fuerza política en Venezuela que sea pulcra en el respeto a la ley. Por ejemplo, el hecho de que el Tribunal Supremo de Justicia tenga una composición política como la que tiene, favorable sin duda al gobierno chavista, es visto por un bando como resultado de una negación del orden legal. Me parece un tanto exagerada esa interpretación. En todo caso, parece algo más próximo a una especie de prevaricación – habría que revisar muy bien el concepto técnicamente– en el sentido de que se pone la legalidad al servicio de intereses políticos concretos. Eso, con todo y que es un delito, es distinto a romper con el orden jurídico o a una fractura en el orden constitucional, cosa que la oposición sí ha hecho en varias ocasiones. Esto no es cosa de santos. Aquí, todos tienen sus grandes pecados originales, capitales, mortales y veniales. No hay que confundir iniciativas como un golpe de Estado con esas infracciones puntuales de la ley, cosa que en general hacen todos los que tienen el poder para hacerlo, aquí, en Venezuela, y en cualquier lugar del mundo, por aquello de que quien tiene más saliva traga más harina. Algo que de ninguna manera apruebo; más bien reivindico una estricta observancia de la ley, como parte componente esencial de la praxis política. La caída en los pecados de la *realpolitik* es algo que a todos se puede imputar.

Hago estos señalamientos no con la intención de avalar ninguna práctica ilegal, sino con el propósito de exigir un respeto estricto a las leyes por parte de todos, incluso cuando

la *realpolitik* presione en sentido contrario. De ese modo, pueden desaparecer incluso los intentos de justificar ilegalidades de unos con las ilegalidades de sus contrincantes. Esto resulta por demás patético, cuando uno observa a algunos imputando infracciones a otros y clamando justicia ante los tribunales, al mismo tiempo que ellos transgreden la legalidad. El caso más grave de esto —por las consecuencias que ha acarreado, así como por la estupidez y los gestos *hybricos* con que se perpetró— es el acto ilegal cometido por la oposición, que derivó en la declaratoria de la Asamblea Nacional como institución en desacato. Es suficiente con señalar que fue ilegal la inclusión, en el órgano legislativo, de tres diputados del estado Amazonas, supuestamente electos en un proceso objetado formalmente por el oficialismo, conforme con los procedimientos regulares para ello. En lugar de esperar a que la impugnación chavista se dirimiera en los tribunales, una oposición ensoberbecida por el aplastante triunfo que logró contra el gobierno decidió ponerse por encima de la ley. Bueno, además de arrogancia, en ese acto había otro ingrediente de capital importancia: la oposición perdió la brújula política, hasta el día de hoy, por su empeño en dar un golpe «constitucional», desde dentro del parlamento, contra el gobierno de Maduro, para lo cual requería los votos de los diputados de Amazonas. Un análisis minucioso de ese caso da para un tratado sobre prevaricación de parte del gobierno y de la dirigencia parlamentaria y política opositora. No se salva nadie del señalamiento de un uso bélico, extremista, anti-político de determinados instrumentos legales. Por donde quiera aparecen los indicios de que la crisis institucional del país se debe a los dos agentes de la polarización política nacional, en el encuadre de déficit de ética y de democracia que afecta al país.

Desde toda la ecuanimidad de que soy capaz, me veo

obligado a concluir que la Asamblea Nacional, en manos de la oposición desde enero de 2016, se ha convertido en un foco de ilegalidad y, con ello, en un peligro para la institucionalidad. Me adelanto al señalamiento revanchista de que al chavismo también se le puede imputar esa falta. No voy a defender todas las actuaciones de los chavistas, cuando tuvieron el control de la AN. Es obvio que también cometieron abusos, excesos *hybricos*. Pero ahora estamos hablando de la responsabilidad de quienes tanto han dado muestras de supuesta preocupación por la suerte del orden institucional y que, cuando han estado al frente de una institución clave, como la AN, han cometido severos atentados contra ese orden. El colmo de todo eso ha sido el burdo golpe de Estado efectuado por el presidente de la AN, el diputado Juan Guaidó, el 23 de enero de este año, tras declarar arbitrariamente a Maduro como usurpador del poder, pese a que ganó las elecciones del 20 de mayo de 2018. El hecho de que una parte de la oposición, por voluntad propia, no participara en ese proceso electoral no basta para su deslegitimación. Convengamos, aunque no lo aceptemos, simplemente para efectos de análisis, en que Maduro no debió haberse juramentado el 10 de enero de este año, porque supuestamente no era legítima su elección. Supongamos, sin admitir, que Maduro no reuniera las condiciones para ser el presidente constitucional y el país se viera en una situación de falta absoluta del principal gobernante. En ese caso, lo que la Constitución establece con toda claridad, en su artículo 233, no es lo que Guaidó y la Asamblea Nacional hicieron.

JB: *Que establece unas condiciones para que el presidente de la Asamblea Nacional sea el presidente interino del país.*

JL: Siento tener que decirte que no. El artículo 233 constitucional no le confiere al presidente de la AN el encargo de

ser el sustituto provisional del presidente de la República, en caso de que este se ausente totalmente.

Por cierto, este país ya vivió una situación de falta absoluta del presidente, con motivo de la muerte de Hugo Chávez, en pleno ejercicio del poder. O sea que no es un enigma de exégesis constitucional lo que tenemos aquí. En aquel momento, todo el mundo supo lo que había que hacer, puesto que —insisto, está muy claramente señalado en el artículo 233—. Allí se asienta que, al quedarnos sin el jefe del gobierno, asume la presidencia interina el vicepresidente y convoca a elecciones, en el plazo de un mes. Recordemos cómo Maduro fue presidente interino, cuando murió Chávez, porque él era su vicepresidente. Según nuestra constitución, la presidencia de la AN tiene atribuciones para otra clase de situaciones relativas a la deposición y nombramiento del jefe del gobierno; no para el proceso de sustitución de un presidente que se ausenta por razones que se suponen son extrañas a la dinámica del cuerpo legislativo. Así que, las ejecutorias de Guaidó y sus adeptos en este punto han sido un rosario de ilegalidades, con las que han pretendido sorprender la credulidad interesada de quienes hegemonizan la geopolítica mundial, por medio de las corporaciones mediáticas al servicio de los intereses de Estados Unidos, cuyo gobierno ha prohiado, promovido y financiado todo ese atentado contra la legalidad, la democracia, nuestros derechos etc.

los efectos de la falta de confianza

JB: *Hasta aquí pudiéramos coincidir en varios aspectos, por ejemplo, el tema de que se cumpla la legalidad, en lugar de que ciertos artículos sean manipulados por interés político. Eso ha generado una gran confusión y la esperanza en una solución a la actual crisis se ha ve-*

nido diluyendo. Se ha generado una gran desconfianza colectiva. Me gustaría que hablaras de esa desconfianza y sobre lo que pueda estar produciéndola, a veces a niveles alarmantes, como cuando el gobierno no toca seriamente aspectos como el de una inseguridad general, pese a la destacada aparición de sus voceros en cadenas, en actos públicos, en documentos, en espacios mediáticos...

JL: En realidad hay dos puntos en tu pregunta. Uno es el de la confianza, el otro —que puede abordarse desde una perspectiva jurídica o desde el criterio de la seguridad pública— el de la inseguridad. Eso conecta, además, con los niveles de incertidumbre en la política y la economía. También está la desconfianza generada por «los dos miedos» que señalé hace un momento.

En lo que se refiere al primer punto, tu pregunta me recuerda al eminente filósofo uruguayo Carlos Pereda, autor de un imprescindible tratado sobre la confianza. Asumo con él que la confianza es, en general, una actitud vital de expectación, más o menos razonable, del bien que provenga de los otros o del entorno social y que las relaciones humanas solo pueden operar sobre la base de un horizonte o plataforma de confianza. Pero todo eso puede irse al traste, si aparece la traición o la trampa o en el momento en que la realización de una expectativa o una ambición es obstruida y no puede darse a la velocidad y la intensidad que se quiere. Desde esas premisas, hay que colocar la confianza en diversos niveles. Por ejemplo, el de la confianza a que se refieren los grandes inversionistas que deciden la economía de cada país. Esa idea de confianza me parece de poco fiar, porque remite a sectores y a intereses que, si no se cumplen en el tiempo y de la manera que les conviene al 100 %, ponen el grito en el cielo y se ponen a vociferar, *urbi et orbi*, que determinada estructura económica de un país o ciertas políticas económicas no suscitan la suficiente confianza. Eso

genera graves perjuicios a las economías de los países que dependen tanto de las grandes corporaciones globales. Lo vemos a cada rato en México y, claro, en el caso de Venezuela, es peor, porque su economía está tan estigmatizada por calificadoras de riesgo de muy dudosa sindéresis que ni siquiera entra en la lógica de la confianza económica que dinamiza el capitalismo global. Esa confianza se convierte en la clave las inversiones que requiere la dinámica económica de ciertos países. Y esto ya no me parece una idea vital de la confianza, sino todo lo contrario: una idea egoísta que provoca frustración y diversas expresiones de desconfianza. Conviene tener en cuenta, entonces, que una noción abstracta de confianza, demasiado comprometida con intereses en general ajenos a los de la gente, se convierte en un factor de presión tremendo contra el orden institucional de muchos países y tiende a violentar y debilitar la dinámica de Estados completos y, así, la vida misma de la gente.

JB: *Una acotación a ese punto. Es cierto que hay grupos que no invierten aquí porque no hay una estructura legal que les dé confianza, para garantizar sus inversiones. Pero también hay aspectos que generan mucha desconfianza e inseguridad jurídica y económica: por ejemplo, que el Estado decida expropiar un bien, porque se le declara de interés nacional.*

JL: Me parece que vienes justamente en la dirección de lo que estoy argumentando. El punto está en que hablamos de intereses que rechazan cualquier regulación, desechan niveles razonables de ganancias o manejos financieros impecables. Estamos ante una idea neoliberal de la confianza si puede hablarse así. La idea de aquellos entes económicos que solo se sienten a gusto y tranquilos allí donde no haya sindicatos, donde no haya protección de trabajadores, donde nadie pone pegas ecológicas, donde se les exoneran los impuestos, donde la legislación laboral sea leonina en

contra de los trabajadores y siempre tratan de burlar las leyes o pasar por encima de todo mecanismo regulador o de control social. En general, se trata de corporaciones que, sin rostro ni referencias claras de identidad, profundamente deshumanizadas y sin compromisos con las comunidades en cuyo entorno donde operan.

En el caso de las expropiaciones, tal vez, hay que empezar por evitar generalizaciones. Es mejor pensar en una vía casuística. No se pueden negar algunos errores y hasta exabruptos, por parte de factores chavistas. Pero tampoco se puede negar que existen el interés nacional y el interés social. Eso por un lado y, por otro, la existencia de entidades privadas que no solo perjudican a la sociedad con ciertas prácticas, sino que fracasan, quiebran y dejan a sus trabajadores al garete. Entonces, hay casos de todo tipo, en este asunto.

En principio, no parece correcto condenar toda expropiación. Podría, incluso, decir que las expropiaciones en sí son ética, económica y políticamente indiferentes. Pueden ser positivas, si subsanan un problema económico, si contribuyen a la riqueza del país en la medida en que impulsa la prosperidad de su región de referencia. Aquí, ha habido casos en que los empresarios han abandonado la fábrica y su personal y han volado al extranjero. Se ha dado el caso de chantajes recíprocos: empresas que amenazan con cerrar, para doblegar a los trabajadores, y obreros que amagan con tomar la fábrica, si notan que algo vulnera sus intereses. Cuando se trata de bienes deliberadamente depauperados o de declaratorias de quiebras fraudulentas o inspiradas en intenciones extra-económicas, se justifica que el gobierno proteja a los trabajadores por medio del rescate del negocio. También ha habido casos de nacionalizaciones de empresas quebradas, en beneficio de los inversionistas fallidos.

Igual ha habido confiscaciones arbitrarias de propiedades en plena producción, con efectos desastrosos. Así que el manejo de este asunto reclama mucha sindéresis, mucha prudencia, mucha sensatez y tacto, porque está en juego el delicado punto de la afectación de la propiedad. Siglos de pugnas en las que se ha decidido la suerte de muchas propiedades han derivado en una insensibilidad ante este tema. A eso se le suma la creencia de cariz marxista en que la acción en el plano infraestructural —que es donde entra la propiedad material—, junto con las medidas políticas del caso, basta para acabar con el capitalismo y sus males. Eso ha fomentado cierta ligereza expropiatoria, sin reparar mucho en otro aspecto decisivo: las condiciones éticas y técnicas de quienes se hagan cargo de las empresas confiscadas. Ojo: ya lo señalaba el astuto Maquiavelo: los factores de poder pueden ser bastante flexibles en muchas cosas, pero no toleran que se toque la propiedad. Estoy «citando» de memoria. Pienso que debemos escuchar al viejo florentino, en este punto, aunque en lo personal no comulgo con casi nada de lo que sostiene en *El príncipe*.

JB: *Pero tú mencionabas otros niveles de la confianza.*

JL: Ya: está el punto de la diseminación de una desconfianza generalizada en la sociedad. Es decir, se llega a una situación tal que parece que ha desaparecido la gente de palabra. Nadie confía en la palabra empeñada por alguien; se la reduce a una especie de *flatus vocis*, sin crédito. Estamos en una atmósfera de egoísmo exacerbado y eso fomenta la traición, la violencia, la agresión anuladora del otro, el despliegue de una inseguridad pública muy amplia y destructiva. Se recela del extraño, se sospecha de minorías, se procede con temor ante las posibilidades de actuación de grupos o personas y factores que hemos reducido, de manera estereotipada, a imágenes inapropiadas, sin sustento en nada fáctico. Sí:

efectivamente vivimos en un mundo de inflación, muchas veces inducida y muchas veces justificada, por hechos muy lamentables, de una desconfianza general. Este es un síntoma más de eso que hemos hablado de un déficit ético.

JB: *Tú hablas de cosas como el déficit ético y creencias estereotipadas que estarían generando esa desconfianza social, general. Pero ¿no te parece que también han ocurrido situaciones que explican esa actitud?*

JL: Claro. Estoy de acuerdo. Por ejemplo, está la actividad permanente del hampa a todos los niveles; con refinamiento o de la manera más burda. Está la delincuencia de poca monta y la delincuencia organizada. Y también una derivación de la delincuencia en la política, que es la acción de grupos irregulares, que se mantienen en la tenue línea de la relación del delito con intereses políticos. Todo eso contribuye al déficit de confianza que padecemos a todos los niveles.

En el caso concreto de Venezuela, esto último incluye a los grupos paramilitares desgajados de las primeras generaciones colombianas y a algunos de los colectivos afines al gobierno bolivariano. Conste que no equiparo colectivos con paramilitares, puesto que no son lo mismo, y que tampoco igualo a todos los colectivos que se proclaman chavistas. Como sea, estamos hablando de grupos irregulares, organizados para ejercer presiones, para someter por medio del terror a adversarios y enemigos. Eso ha existido, existe y existirá en el entorno de fuerzas armadas y partidos legales. No por ello exoneró ni justificó nada de esto, puesto que se trata de una de las peores manifestaciones de las fallas éticas que se presentan en ciertas zonas de la política. Pero no veo que, en esto, los chavistas —sin que sean castas palomitas— hayan llegado a algo peor que las bandas armadas de la IV República o a las llamadas «autodefensas» colombianas. Con perdón de las comparaciones, que ciertamente siempre son odiosas.

El caso de las graves deficiencias en seguridad pública es bastante complejo. También es uno de los grandes síntomas de la debilidad ética de nuestra comunidad. Pero también se vincula con la realidad económica. No tanto por la pobreza que genera, como por el hecho de que la delincuencia organizada está respondiendo a un modelo económico. En medio de la economización opresiva de la vida, de la absolutización del mercado, de la mercantilización de todo, del predominio de los valores e intereses meramente crematísticos y materialistas etc., que es lo que impulsa el neoliberalismo, dejando de lado el alma humana, prospera una falsa economía hamponil, que busca ceñirse de manera extrema a la lógica del capitalismo neoliberal.

La pobreza generada por el capitalismo cataliza las conductas delictivas, pero los delitos que se registran con más frecuencia no están directamente asociados a verdaderas necesidades materiales no satisfechas por carencias de recursos. Hay muchas otras variables que entran en juego en la opción de algunos por vivir fuera de la ley. Son demasiado conocidas como para que nos detengamos a enumerarlas.

En un principio, Chávez y sus seguidores se tragaron el dogma obtuso de la vieja izquierda, en el sentido de que las inclinaciones de algunos a delinquir están esencialmente asociadas a un estado de carencias económicas: la pobreza y de que una organización justa de la economía y de la vida, traería consigo el fin de la delincuencia, de manera rápida y definitiva.

JB: *Y que los no pobres eran delincuentes de cuello blanco...*

JL: ...Y otros tópicos por el estilo.

Cada persona trae un carácter por naturaleza y se convierte rápidamente en víctima de un sistema socialización y de pseudoeducación muy deficiente, que no se ocupa del

alma o el ethos de la gente. Esto, en medio de una crisis institucional que afecta seriamente a las familias, a las entidades religiosas, a los partidos políticos... Aquel que tenga predisposiciones caracteriológicas a infringir las leyes, a cometer injusticias, a vulnerar a los prójimos por medio de robos y agresiones de mayor o menor grado de violencia (violaciones, secuestros, asesinatos...) se va a encontrar con escasos medios de contención ética y legales, porque uno de los ámbitos más afectados por la decadencia y la crisis es, justamente, el sistema judicial. Al contrario, se verán rodeados de los incentivos que, en ese sentido, suponen la pobreza frustrante en medio de una sobreexcitación constante y descontrolada del deseo, la falta de opciones de vida digna, el salvajismo egoísta sobreestimulado por la mercadotecnia, la banalización y «normalización» de los actos delictivos, los valores puramente materialistas, el culto a lo violento —a lo «rápido y furioso»—, la competencia pragmática, la banalidad de las convenciones sociales, la hipocresía de ciertas deontologías *light* que ni así se cumplen por completo. En el fondo, muy poco se hace para prevenir los actos delictivos y por sofrenar y reorientar las malas energías en que se sustentan.

conjugación ética personal con organización comunitaria

JB: *Pero ¿bastaría con la prevención y el desarrollo de la ética, para resolver el problema de la inseguridad?*

JL: Obviamente, eso no es suficiente, pero es de suma importancia, incluso, decisivo. Habría que ir a las causas profundas del fenómeno, que son muchas y complejas. Lo cierto es que, si no se hace nada en el terreno de la ética, en la atención sistemática de nuestras almas junto a los cuidados del cuerpo, en la educación, en la formación del carácter y

la voluntad de valor, en la conciencia del bien y del mal, en el control autónomo del deseo... no podremos esperar que haya un ambiente de seguridad mínima, por mucho que nos encastillemos en nuestros barrios y aumente el control policial, la vigilancia, el número de cámaras por habitantes, la eficacia y confiabilidad del poder judicial, la eficiencia de las fuerzas policiales tras su depuración y reeducación y cualquier otro elemento heterónimo de contención de las conductas y prácticas sociales. Se trataría de afrontar este grave problema de la inseguridad tanto en el frente individual, como en el entorno comunitario y en el de las estructuras legales y de control público nacional. Y en este último nivel, adquiere una relevancia cada vez mayor el combate multifactorial contra la delincuencia organizada, que es la que mueve la necroeconomía de la droga, la trata de personas, el tráfico de armas y de órganos, el secuestro, la extorsión y todo lo peor de lo peor.

Además, el punto de la seguridad también hay que colocarlo en otra instancia, que es el de la conciencia de que la seguridad plena es imposible. La seguridad plena es algo que casi todos anhelamos, pero es una ilusión. El mundo es un peligro. Hay que asumir esa verdad y hay que constituir el ethos, el carácter, el modo de ser de cada quien, para afrontar bien esa realidad. Y, claro, aunque esa labor ética se basa en la subjetividad de personas concretas, no se limita en exclusiva al plano individual. También es importante la organización comunitaria en pro de la seguridad, siempre que tenga sólidas bases éticas. Entonces, la seguridad aparece como lo que en realidad es: un problema personal, un problema comunitario y un problema de Estado. Se debe actuar en todos esos niveles, con apego a firmes principios éticos, a la ley y a valores esenciales como la dignidad humana y con respeto por los derechos fundamentales.

JB: *O sea que la clave está en una correlación adecuada de medidas y estructuras sociales con el desarrollo ético de los individuos.*

JL: Mira: si por ejemplo tú tienes una sociedad donde los jóvenes no pueden tener expectativas de vida digna, porque no hay una educación decente que garantice igualmente empleos decorosos, vivienda para una familia propia, en un contexto de crecimiento demográfico inmanejable y de disfunciones económicas permanentes, estás armando la bomba de tiempo que estallará como delincuencia salvaje y organizada, aparte de otras posibilidades antisociales.

Pero, además, todo eso tenemos que colocarlo en el encuadre de una crisis global de seguridad. Son muy pocos los países del mundo que no sufren este azote, por las razones que sean. Allí donde la lógica del capitalismo neoliberal campea por sus fueros, en las llamadas «sociedades abiertas» —con todo lo que puedan tener de atractivo, frente a las sociedades autoritarias y dictatoriales—, la delincuencia es una realidad brutal de magnitudes prácticamente incontrolables.

Por todo eso, en la atención concreta de la necesidad de seguridad pública y ciudadana, es deseable procurar un equilibrio entre el cuidado del alma —que es lo que garantiza la formación sólida del ethos personal— y las estructuras y políticas convenientes en el terreno económico, social, legal, de control policial etc.

JB: *A pesar de lo que dices, parecería que para ti estaría en el ethos individual la raíz de la inseguridad. Esta no es la tesis que prevalece entre la mayoría de los analistas y estudiosos del problema. Menos aun en este país. Ellos apuntan más a factores sociales.*

JL: Trato de no caer en la unilateralidad. Las acciones individuales, al margen de consideraciones, medidas y estructuras sociales, son demasiado limitadas, aunque sean vitales. Y viceversa: no hacemos nada con puros programas

a desarrollar en el espacio público, si dejamos que cada alma quede a la deriva, al garete. Lo más frecuente es la unilateralidad de las políticas y programas públicos. Pero incluso ahí, se tiende a manejar la situación en un plano burocrático, suprasocial, vertical. No se puede prescindir de políticas públicas de seguridad, pero tampoco funcionan si no armonizan con políticas de organización comunitaria. Pero esto también tiene sus bemoles. Los organismos de autoprotección comunitaria deben contar con mecanismos de control social, buena conducción política y técnica y apego estricto a las leyes. De lo contrario, suman problemas a los ya existentes. Por ejemplo, la autoprotección espontánea, silvestre, está afectando a la sociedad por la alta incidencia de linchamientos que propicia. Según datos recientes, por ejemplo, en México, en lo que va de año, se han registrado entre 500 y 600 actos tumultuarios de gente haciendo justicia por su propia mano. Hay sociedades en que la gente ya está desesperada y desesperanzada con la justicia formal. Ya no esperan nada de la policía y de las demás fuerzas de coacción pública. Por todo eso se requiere la máxima prudencia en este complicado asunto.

negar las realidades, obstruir las convergencias

JB: *Al principio hablabas del negacionismo prevaleciente en la política nacional. ¿Qué consecuencias tiene eso, en el momento de impulsar el diálogo y el acuerdo entre las fuerzas políticas existentes?*

JL: El negacionismo a lo que lleva es a realimentar los blindajes ideológicos y teóricos que posibilitan y sustentan una racionalización y una y pseudolegitimación de las peores iniciativas políticas. Ya hablé, al principio de nuestro diálogo, de los blindajes de este tipo. Los más importantes de todos

son, por un lado, la Trinidad Gringa (Destino Manifiesto, Doctrina Monroe y Gran Garrote) y, por el otro, el blindaje mesiánico-milenarista, de corte marxista, que acoge el chavismo y que induce a sus adeptos a pensar que están cumpliendo un mandado de la Historia. También hay que incluir en esto el blindaje ideológico local adaptado, «tropicalizado», de una oposición completamente casada con los ideales neoliberales, que no son solo económicos. Ya hemos visto que también son sociales, éticos y políticos, como lo evidencian la absolutización del mercado y de la economía, la conversión de la economía en un biopoder. La oposición venezolana está cuadrada con todo eso, aunque su excesivo pragmatismo impida verlo con facilidad y claridad.

Negar por sistema y blindarse ideológicamente es algo que empobrece y entorpece la dinámica de la política. La relación de la política con la verdad es muy compleja; pero no se puede negar que la política también tiene un compromiso con la verdad y con el bien. El hecho de que Platón, en *República*, reivindicara una «mentira noble», como parte de la acción política, da un poco la pauta de lo complicado del asunto. Al negar algo que de verdad se está haciendo, estás apostando a la falsedad. Al minusvalorar, sobre bases falsas, los factores de poder, los agentes de acción política, se cae en el hoyo de la anti-política. Si en las relaciones entre grupos, partidos y dirigentes de diverso signo impera la calumnia pérfida, la mentira, la simulación, la hipocresía, la manipulación mediática, la figuración falaz del oponente, las interpretaciones sin fundamento y todo lo que dificulte el conocimiento de lo que realmente pasa y de lo que ciertamente son las cosas, las posibilidades de dialogar y acordar lo necesario en pro del interés nacional y del bien público tienden a esfumarse. Así se dificulta mucho el respeto mutuo y la confianza. Así, no puede haber apertura recíproca entre los contendientes, lo que

hace imposible un verdadero diálogo y todo lo que conduzca a los pactos y acuerdos inherentes a toda realidad política. Sería conveniente asentar, como conclusión orientadora, que no hay diálogo genuino sin verdad. Hay que procurar, en lo posible, ser veraces, si se quiere sanear la política. Claro está: esto es un modo de recalcar el reclamo de que la política tenga un vínculo macizo con la ética.

JB: *Pero tu planteamiento implica un problema bien difícil: ¿qué debemos entender por «verdad»?*

JL: En los tiempos de las llamadas *fake news*, de la «posverdad» y los «hechos alternativos» (términos con los que se quiere evitar, casi que por snobismo, los de siempre: mentira, calumnia, falsedad...) se tiende hacer creer a la gente que no viene al caso procurar la verdad, al tiempo que se fomenta un relativismo ramplón —esa antiquísima tontería de que habría varias verdades, en lugar de una, y se pregunta uno: y quien dice eso ¿no lo hace con la convicción de que es una verdad universal?—. Pero no hay tanto misterio. La mente humana puede construir representaciones que se adecuen a lo que se presenta. Esa adecuación entre mente y cosa manifiesta es la sencilla y pura verdad. Puede dificultarse el acceso a los datos de lo real, pero el esquema también en ese caso es el mismo; al lograrse dicho acceso se da la adecuación. Así actúa la gente con sentido de veracidad: el periodista honesto, el historiador riguroso y toda mente científica, sea en el campo de las humanidades, sea en el de las ciencias exactas y naturales. La gente honrada no tiene problemas con la verdad.

en política, el meollo de todo está en la ética

JB: *Todos los caminos nos están llevando a la ética.*

JL: Y lo hacen de la manera más natural, sin necesidad de esfuerzo. ¿Qué significa esto?. Significa que la realidad

económica, social y la política no han encontrado un verdadero correlato en una moral correspondiente. Significa que un país petrolero, aurífero, con una riqueza material inmensa requiere un amplio contingente de personas con un ethos capaz de afrontar los problemas morales que traen aparejados la riqueza fácil, masiva, vertiginosa. Significa, también, que este no ha sido un asunto del interés de los poderes fácticos. Esas carencias éticas se agudizan ahora por la sorprendente combinación de riqueza inconmensurable con precariedad y carencias materiales de todo tipo, que afrontamos en la circunstancia actual. Las exigencias de solidez y consistencia éticas, ahora, son mayores que en otros momentos históricos.

Recordemos lo que decíamos acerca de la voluntad de cambio político y social. Todos los agentes políticos principales apuestan por lo mejor y por dejar atrás realidades que se consideran indeseables y mejorables. Otra cosa es el signo concreto de cada concepción y proyecto de cambio. Pero a lo que voy es a que ninguno de ellos repara en el hecho de que no habrá transformación de la sociedad, si no marcha a la par de una transformación ética de la ciudadanía, las personas que la integran. Nadie podrá construir un mundo mejor, si no se hace nada por que las almas de la gente sean cada vez mejores. Sin avances en el ethos no habrá avances en la vida económica y política. Para mí, al menos como hipótesis, esta es la razón principal del fracaso de todos los modelos económicos-sociales que se vienen impulsando en el mundo desde el siglo XIX. También pienso que esa puede ser la causa primordial de las fallas que presenta el proceso bolivariano y, en un plano de analogía estructural, se podría decir lo mismo ante las deficiencias de la oposición. En principio, no me parece descabellado proclamar que, sin una transformación positiva en el ethos de la gente, no

habrá transformación positiva de la sociedad. Si decidimos hablar en claves políticas más audaces —aunque también bastante gastadas—, podríamos decir que sin revolución ética no habrá revolución político-social.

Al carecer de buenos soportes individuales y comunitarios, las expresiones del ethos en el espacio público, el lugar natural de la política, son deficitarias. En el plano ético, quedamos a merced de las reservas morales que inconscientemente, por fortuna, posee la gente.

Entonces, hay reservas morales, pero que no encuentran un canal ni un soporte ni una plataforma de realización, de educación y de consolidación y eso es lo que configura lo que hemos caracterizado como una situación de déficit ético. Y eso es lo que dificulta la existencia de elementos de autocontención moral, de contención autónoma del ethos de cada quien. Lo que, a su vez, hace que debamos apelar a factores heterónomos de control ético y social, como normas morales claras y potentes, la ley, la policía, las fuerzas armadas, que imponen cierta estabilidad y equilibrio desde fuera de nuestras almas. De todas maneras, hay un desfase entre factores de control heterónimo, a los que se les asigna una función social disuasoria, persuasoria, represiva etc. y las condiciones del ethos a escala individual. Esto facilita fenómenos como la anomia.

JB: *Hemos tocado muchos aspectos del tema de la ética, pero a lo mejor podemos abundar más. Según tu punto de vista ¿qué es lo que explica esa situación del país en el terreno moral?*

JL: Ahora esa situación de déficit ético es lo único que podemos esperar de un orden institucional que no se ha ocupado de la ética, que no se ha ocupado del alma de la gente. Hemos abandonado el alma. Hemos renunciado a la vida interior y hemos dejado de lado el desarrollo ético de la persona. Cuando digo «hemos» me refiero a las ins-

tancias públicas y personales a las que les toca hacer eso. Hoy en día, las familias no saben cómo hacer con esto. En buena medida, porque la misma institución familiar está en crisis. Las propias familias piensan, en medio de aprietos, confusiones y la inercia social, que el sistema educativo es el que se va a encargar de formar el ethos de sus hijos. Pero, en este punto, el aparataje educativo a nivel mundial es un fraude y el neoliberalismo ha contribuido, de manera decisiva, al abandono del ethos en los programas educativos a escala planetaria.

A todas estas, una mercadotecnia invasiva, abusiva, y los medios de comunicación literalmente deformadores, se esmeran en enfermar el alma de la gente y en aniquilar los efectos de los procesos verdaderamente educativos que, al menos, focalmente se registran en escuelas y universidades.

Las religiones tradicionales también están atravesando situaciones críticas muy graves. Ellas mismas están muchas veces afectadas por situaciones de depravación o de carencias muy fuertes de moralidad, aparte de que esa misma crisis las ha llevado, en algunos casos al menos, a subordinarse a instancias de poder político y de poder crematístico, lo que las desvía de una misión de carácter ético y doctrinal. No me estoy fijando en una religión en concreto; hablo en términos generales. De hecho, las situaciones difíciles y críticas lo que hacen es potenciar la irrupción de movimientos y agrupaciones de índole religiosa o parareligiosa, que se aprovechan de la difícil circunstancia de la gente, para cavar en las almas desvalidas de algunos y para obtener lo posible de dinero y poder.

JB: *¿Hasta dónde llega el déficit ético? La palabra «déficit» ya supone que estamos ante algo que es medible.*

JL: Habría que tramar buenos métodos para medir los

alcances del déficit ético. Sobre todo, me interesarían las investigaciones de índole cualitativa que pudieran hacerse. No tengo noticias de que se haya hecho algo de eso. No es de extrañar, porque —insisto— el ethos, el alma de la gente, no importa más allá de sus potenciales reacciones consumistas o electorales. De todos modos, también tienen importancia heurística los indicios que uno capta en la vida cotidiana. En todo momento, escucho quejas sobre hechos que denotan falta de consistencia ética; por ejemplo, la hora en que llegan algunos funcionarios públicos a trabajar y cuando salen de sus oficinas de regreso a sus casas o la cleptomanía del trabajador que se apropia de pequeños objetos de la empresa (resmas de papel, puñados de bolígrafos o de lápices, botellitas de agua...), sin que aprecie en ello un hecho inmoral y delictuoso, o la indolencia del comerciante del vecindario que, de un minuto a otro, sube hasta el empíreo el precio de un producto de consumo imprescindible o los bachequeros del entorno que sacan provecho del hambre del pueblo y de recursos públicos o del empresario que ofrece billetes al modesto inspector de un ministerio y luego se rasga las vestiduras hablando de «la corrupción del Régimen»... la lista no tiene fin. O te topas con el anciano al que le acaban de faltar al respeto o con el motorizado o el ciclista que se sube a una acera y casi atropella a unos escolares y más adelante ves a otro anciano lívido de temor y rabia, porque no sé si el de la moto o el de la bicicleta le grita «¡Apártate viejo estúpido!». La inconsciencia indolente y miserable que hoy impera en muchas familias, hacia sus ancianos, es un signo de falla moral. También lo son las confusiones sobre el papel de los maestros, en su relación con sus alumnos, cuando surgen contradicciones y tensiones con las familias que reaccionan a la defensiva y con alcahuetería, porque se les impone algo de rigor a sus hijos. Aumentan las noticias

de casos en que algunos familiares —que, por lo regular, hacen muy poco por una educación directa y propia de sus hijos— entorpecen el trabajo de los maestros en la escuela, quejándose de las exigencias de estos. En fin: la lista de indicios de déficit ético podría ser prácticamente infinita; también la de marramucias y tropelías de todo tipo que se cometen todos los días, en nuestro entorno. Esos actos de latrocinio y corrupción a pequeña escala —corrupción hormiga— o de humillación indolente y de falta de respeto, son un indicio de suficiente solidez como para hacerse una idea del déficit ético existente. No se diga, si sumamos las noticias cotidianas, relativas a infracciones de mayor calibre: secuestros, asesinatos, asaltos, corruptelas gigantescas; también, si tenemos en cuenta los actos de picardía anticuadana, parasitaria: la famosa «viveza» que, por desgracia, no es solo criolla, como creen muchos aquí, sino que se da en todo el mundo.

JB: *Ahora es curioso ver que hay tanta gente que comete todas estas triquiñuelas inmorales todos los días, que incluso se va formando una especie de antiética, cuando en los centros de trabajo ahora abundan los manuales de deontología, que son los códigos de conducta que tienen que cumplir, para que funcionen bien las empresas y las instituciones.*

JL: Es muy importante lo que estás diciendo. Esos códigos de ética o manuales de deontología o decálogos de conducta en las empresas y en las instituciones pueden ser relativamente útiles, cuando tienen un nivel mínimo de seriedad. Es mejor que existan, en lugar de una ausencia incluso de esos instrumentos; pero no son la respuesta adecuada a las necesidades éticas en las relaciones interhumanas y, menos aun, en un momento de decadencia y crisis moral como el actual. Son prescripciones que marcan restricciones a las prácticas sociales, «desde fuera»; es decir, no responden a un ethos autónomo. No se basan en una conciencia autó-

noma que sustente las acciones justas y correctas. La razón principal de su inoperancia general está en que no alcanzan a afectar el centro de la ética, que es el alma y sus deseos. En el núcleo de la ética está el control del deseo. La ética es el saber relativo al ethos y el ethos es tu carácter, es tu modo de ser, es tu interioridad, es tu ser. Y ese ser que eres tú por lo menos se muestra, se manifiesta como dos espontaneidades: una dirigida a conocer y la otra encauzada a querer. Y es en el plano del querer donde se cifra la acción que es la conducta. Y es donde se cifra también por supuesto la ética. Las deontologías no pueden hacer nada efectivo ante esto, salvo introducir algún grado de constricción o represión del deseo.

Este punto alcanza un nivel de densidad teórica mucho mayor, si tenemos en cuenta la conexión necesaria entre deseo y lógica del capitalismo neoliberal. No se puede negar el condicionamiento de lo económico en lo ético, justo por la incidencia de la dinámica mercantil en el orden de las necesidades, que son expresión del deseo. La lógica capitalista impele al impulso de la mercadotecnia, al despliegue de las relaciones dirigidas a satisfacer necesidades, deseos. La ética autónoma afronta esto desde la contención y la satisfacción adecuada: tener conciencia de los satisfactores moral y humanamente sanos y realizadores, contener los deseos según los casos, aprender y ejercer la satisfacción.

JB: *Y ¿cómo regulas el deseo, se puede regular?*

JL: Claro que sí. El deseo se regula por la vía de la educación del ethos, por medio de la formación del ethos. Así se alcanza, por ejemplo, la conciencia de que algunos deseos son naturales y necesarios y de que, por consiguiente, hay que atenderlos sin falta, porque si no lo haces te mueres (como el deseo de comer, de beber, de dormir) y eso es algo

que se puede hacer con meridiana facilidad. También te da luz sobre otros que son deseos relativamente postergables, porque son naturales pero no necesarios, porque su satisfacción o postergación no es un asunto de vida o muerte (como, por ejemplo, las apetencias sexuales). Y, además, están los deseos que no son naturales ni necesarios, como las ambiciones de gloria, dinero, poder, honor y similares. Esa es la gran promesa y la gran contribución de toda ética: llegar al lado de una virtud consistente en la contención y en la relación adecuada con el deseo. Esto ya lo decía por ejemplo Epicuro, miles de años atrás.

JB: *¿Cómo conformar ese ethos?*

JL: Conformamos el ethos por medio de un proceso vitalicio de educación y de autoformación. Se necesita desplegar una vida práctica, que se sustente en una formación ética, al tiempo que esta se adquiere, en la medida en que ejercemos con regularidad acciones virtuosas. No bastan las asignaturas de moral en la escuela, tampoco —como ya hemos visto— los códigos deontológicos ni los cursos de ética ni las proclamas y consignas que pueda difundir alguna institución. Se trata de todo un proceso individual y colectivo de carácter permanente.

JB: *Pero ya traemos eso de alguna manera.*

JL: Es una conjunción de lo que traemos por naturaleza con lo que construimos, lo que formamos, por medio de la educación. Un ethos «silvestre», basto, que no ha sido pulido por una labor educativa, difícilmente alcanza una significación ética positiva. El ethos ésta siempre formándose. Es tu casa interior, que tú pintas, decoras, refuerzas... y así consolidas tu fortaleza interior.

Al abandonar el ethos, al descuidar el alma, la gente está a merced de la sobreexcitación de su dimensión volitiva. Se la pasa deseando, buscando, ansiando, y la satisfacción

se da de manera parcial y fugaz, aunque puede suceder que más bien abunde la frustración. ¿Qué pasa con seres permanentemente insatisfechos o con niveles francamente deplorables de satisfacción? Es el estado ideal para el mejor despliegue de la mercadotecnia, que en principio procura acortar el tiempo de la satisfacción o inhibirla, para poder estimular la necesidad de manera inescrupulosa, aunque muchas veces se trate de necesidades artificiosas.

JB: *Esa casa llena de deseos ¿cómo se relaciona con el poder?*

JL: Más o menos te adelanté la respuesta a esa pregunta, cuando hablé de la tipología de los deseos de Epicuro, que puede tener una gran utilidad práctica. Recuerda lo que dije acerca de deseos que no son naturales ni necesarios. Entre ellos estaría el afán de poder, que en realidad se convierte en algo como una distorsión o perversión del ethos. Los antiguos lo tenían muy claro; a eso se le llamaba *libido dominandi* y está conectado con una grave condición moral, que es la *hybris*, la desmesura, y con otra pasión igual de reprochable: la pleonexia, es decir, el querer siempre más, el no estar conforme nunca con nada, que es una cosa que tiene que ver con la satisfacción.

JB: *Hemos abordado varias veces el tema de la construcción del bien común. Hemos visto que supone una actitud positiva, en la medida que implica reconocer al otro. Pero también se puede manipular o distorsionar por medio de un uso interesado del poder. Alguien puede decir: «Yo trabajo por el bien común, por eso necesito tener el poder».*

JL: Eso es cierto. Es que todo lo bueno puede ser envilecido y ese es un arte frecuentemente ejercido por el ser humano. Pero, en este momento, no nos vamos a fijar en la corruptibilidad del ser humano, no nos vamos a demorar en la labilidad del ser humano, salvo para denunciar sus efectos.

Me interesa más llamar la atención sobre el bien común.

Ese es otro nudo de lo ético y lo político. Ahí es donde creo que se define, se realiza como algo palpable la dimensión ética de la política. La praxis político-económica es nociva, cuando se mueve por el propósito de servir a intereses egoístas, antisociales, a costa de la insatisfacción constante de las necesidades de la gente común. La praxis política se convierte en un arte sofisticada y en un saber digno de la máxima estimación, cuando posibilita la cohesión comunitaria, por medio del equilibrio entre lo individual y lo colectivo. Esa armonización exige el control de un egoísmo intrascendente, el manejo sensato de sus apetencias, en favor del interés general. De ese modo, se accede a un nivel superior de «egoísmo», el de la persona que experimenta la satisfacción íntima de haber contribuido a un orden político, moral e incluso espiritual de alcances mucho mayores.

JB: *Entonces, según lo que planteas aquí y lo que has señalado en distintos foros y espacios, es fundamental la conjunción de la ética y la política.*

JL: Sí. Ese es un esfuerzo que se debe hacer de manera permanente y, en la actualidad, tiene un carácter urgente. E iría más allá. Diría que es el punto central –supraestratégico, en tanto que condición de todo lo que contiene el ámbito de la estrategia política– de cara a la crisis que afecta a todos los órdenes de la vida nacional: le economía, la política y el resto de la acción social.

En un nivel un tanto más concreto, eso supone el regreso al alma, la recuperación del alma como centro de atención, en la vida de todos y en las estructuras sociales y políticas. Ese es el punto: activar todo en función del ethos, de la satisfacción de vivir, de la felicidad de existir, como resultado del trabajo justo, del equilibrio político obtenido sobre bases democráticas, de la lucha constante por una

buena vida, contra los elementos y contra las tendencias negativas de la voluntad de poder. Y eso significa, que la política repare no solo en sus consecuencias económicas o en sus determinaciones legales, sino también en la manera de hacer mejor a la ciudadanía, procurar que esta viva bien, más en el plano anímico que en el material (aunque este aspecto siempre sea importante).

Alguien dirá que esto es una utopía y le imprimirá a la palabra un tono despectivo. Pero sí: ciertamente, no solo es una utopía, sino que para mí es la más grande y pertinente utopía. Soy de los que considera que el sentimiento utópico de la vida, se actualiza conforme con cada momento histórico. Por eso, tenemos la tarea de inventar la o las utopías que se necesiten. Tiene pleno sentido el proponernos un mundo mejor siempre. Esto es algo inherente al ser humano: procurar siempre lo mejor. Así, la utopía opera como una especie de luz lejana en el horizonte, que orienta esa voluntad de ir hacia lo mejor. Ahí es donde me parece que, la meta suprema, sería una política sustentada en fundamentos de carácter ético, que es algo muy difícil pero no imposible.

un suelo ético común

JB: *Pero ¿cómo podríamos avanzar en esa ruta, en un país tan polarizado?*

JL: Podría ser un buen antídoto contra la polarización. Cuando hablamos de «polarización» estamos hablando de la reducción de la praxis política socialmente vigente, al despliegue de las apetencias de un grupo ínfimo de partidos y grupos. La polarización es el colmo de la anti-política encarnada por la partidocracia: todo en la acción política gira en torno a la confrontación de dos programas contrapuestos. Se prescinde de la pluralidad, se instaura una

especie de espíritu de guerra, se induce a la división de la gente según el lugar que ocupe en el teatro de operaciones, se blindan las posiciones, no se escucha a quien piense y opine de manera diferente, se menosprecia y abandona la creatividad política flexible, se atropella a las minorías que escapan al magnetismo de los polos, se constriñe la participación popular, se empobrecen las relaciones interhumanas... En el caso venezolano, la polarización que uno observa en la arena de la política concreta y cotidiana expresa algo todavía más grave —que ya es decir—: un profunda fractura social. Los polos políticos ponen en evidencia polos sociales y el abismo que los separa está lastrado de racismo, exclusivismo, desconfianza, creencias y relatos fragmentadores, rencor, frustración, odio al otro configurado ideológicamente como enemigo digno de lo peor, deseos de venganza, además de otros sentimientos torcidos y pasiones de baja estofa.

Debemos cifrar en la ética la mayor esperanza en la superación de esa anti-política polarización y el lamentable pozo de pasiones en que, en gran medida, se sustenta. Si esta prescripción tiene alguna pertinencia, se hace necesario dar un poderoso impulso a la ética, desplegar las energías necesarias para superar el déficit ético que afecta al país, así como consolidar y dar forma consistente a la enorme reserva moral de nuestra gente, sin distingos de ninguna índole. Ese impulso debería derivar en la edificación progresiva de un suelo ético común. La ética no tiene, *per se*, signos de distinción interhumana de ningún tipo. Se puede hablar, por supuesto, de una ética burguesa, de una ética proletaria, de una ética republicana, de una ética feminista, de una ética deportiva y expresiones parecidas. Pero se trata de maneras de hablar destinadas a referir modos específicos de realizar un fundamento ético común. Es claro que el orden de la ética contempla virtudes como la honradez, la gratitud, la

solidaridad, la sinceridad, la templanza, el respeto al prójimo, la valentía y otras. Pero es igual de claro que la sinceridad de un empresario es estructuralmente análoga a la sinceridad de un trabajador o de un campesino o de un niño. No podemos andar viendo una determinación de clase en realidades anímicas de carácter cualitativo, como quien se pone a figurar las luchas de clases en la sonrisa de la Mona Lisa, según el conocido dicho. Eso es, sencillamente, un exceso. Entonces, un piso ético común debe de beneficiar a todo el país y hacia esa meta debemos hacer que confluyan los esfuerzos de la gente de buena voluntad, sin distinciones.

Ahora, ese proceso debe ser catalizado e impulsado por un agente neutro, que atienda a las expectativas de la sociedad también en esta materia. Estoy hablando, por supuesto, del Estado. Y lo planteo porque, en este momento, en este país, no hay otra entidad capaz de asumir la tarea de poner en marcha un proyecto a escala nacional, regional y local de promoción sistemática y rigurosa de la ética. Eso sí: al hacerlo, sería de esperar que incorporara a las demás instituciones en un proyecto nacional de fomento de la ética: las familias, las empresas, el sistema escolar público y privado, los partidos, los movimientos sociales, las instituciones religiosas y todo organismo independiente que se comprometa con una iniciativa impostergable como esta.

JB: *Todo un proyecto de acción general, pero con actividades paralelas, desde la diversidad social...*

JL: Y desde el compromiso institucional y personal que todo eso implica. Porque la conformación del ethos y la consolidación del trabajo en el ethos, por el ethos y para el ethos es una actividad constante, es una labor cotidiana y vitalicia, en el terreno del alma de cada persona. Una labor que implica conocerse a sí mismo, tener conciencia del

carácter de uno, del ser íntimo y fundamental de uno, así como de las capacidades y limitaciones de uno, de cara a las responsabilidades personales y comunitarias.

Todos sabemos que se trata de un proyecto complejo y cuyos resultados solo pueden verse después de muchos años de labor incesante y bastante ingrata, para las apetencias de los dirigentes políticos y sociales, porque no da réditos económicos ni votos ni compensaciones por el estilo. Además, corre el riesgo de verse seriamente afectada por una polarización axiológica.

También en el plano de los valores se enfrentan dos polos. Están, por un lado, los valores de quienes asumen las doctrinas neoliberales y, por otro, quienes generan valores de tonalidad socializante. Los que se colocan en campo neoliberal se mueven más por una estimativa de carácter material; es decir, todas sus referencias de bienestar y felicidad tienen que ver con el consumo, con la adquisición de objetos y más objetos, con el cumplimiento de ciertos patrones de vida cimentados en la dinámica del mercado: casas de determinado tipo, ropa de tal clase, automóviles de tal marca..., y el prestigio de que mis hijos estudian en tal país o en tal universidad de tal país o en tal colegio de mi ciudad. Se trata de tics aristocratizantes, de apego a un patrón de vida artificioso y socialmente oneroso. ¿Quién ha adjudicado a quienes se colocan en el polo de la aristocracia la condición de aristócratas? En última instancia, es la propia nobleza constituida en clase protagónica la que se autoproclama como aristócrata. «Aristocracia» quiere decir «poder o dominio de los mejores», de los *aristoi*, y quien establece ese carácter son ellos mismos. En general, este polo axiológico se identifica con el polo político opositor, que en este momento histórico se aviene con los valores propios del pensamiento neoliberal y sus expresiones en la dinámica económica hegemónica. Esos valores van circulando en una

especie de riel muy terso, sin tener que sortear obstáculos como la compasión, escrúpulos en las maneras de actuar, metas extraindividuales, sentimientos de culpa... Lo propio del ethos neoliberal es la eficacia en el cumplimiento de sus apetencias económicas a como dé lugar.

Por el lado del polo axiológico socializante, los valores más estimables conectan con la identidad nacional, la soberanía nacional, el igualitarismo en el plano legal, la solidaridad, el desprendimiento, la justicia... En los hechos, esos valores exigen una alta cuota de sacrificio y abnegación: de negación de sí, en favor de los demás y de la comunidad de referencia como entidad política, en muchos momentos, por encima del individuo. Esta es una especie de condena axiológica y moral de la izquierda, que siempre tiene que estar peleando contra obstáculos hercúleos, para hacer valer cada acto política y moralmente correcto como modo concreto del bien común. Para ser congruente con sus tesis y promesas, la izquierda requiere llegar hasta el plano del ascetismo, de la santidad. Y eso es mucho más exigente para cualquier mortal. ¿Cómo haces tú para vivir una vida socialista, que sea realmente igualitaria? Tienes que renunciar a ti mismo, tienes que abnegarte y eso se parece bastante a la santidad. Y ¿quién alcanza esa condición? Y ¿qué hace la izquierda para llegar a eso? Hasta donde se ve, muy poco; porque, en gran medida, la crisis de la ética en la política se debe a que la izquierda está atada a esa paradoja; procura la realización de valores de alto compromiso social y proclama algunas de las virtudes que lo harían posible; pero, por otro lado, en general, el discurso de la izquierda, desde el propio Marx, pone en un segundo plano la ética, al tiempo que reivindica las modificaciones estructurales de la economía como fundamento de la solución de los más graves problemas humanos.

Ya es hora de que el sector neoliberal —es decir, la oposición venezolana, sin negar su diversidad interna— reconozca que el pragmatismo económico puro, al margen de regulaciones incluso morales, conduce al desastre, como se comprobó claramente en 2008. También es tiempo de que el sector socializante admita que no bastan las transformaciones en el plano infraestructural. Es decir, urge reconocer el vínculo indisociable de la ética con la economía y la política y nos apliquemos todos a impulsar la plataforma ética común que el país en su conjunto necesita.

Esta propuesta no pierde de vista un peligro latente: la ética también se presta para manipulaciones y es cierto que hay ideólogos del neoliberalismo en curso, que han dado con la fórmula por medio de la cual incluso sirva a los intereses del capital, por ejemplo, por medio del fomento de una disciplina laboral. Eso viene a ser como un paso más en la economización de la vida, en el despliegue del biopoder capitalista; algo como grasita deontológica que agilice el funcionamiento de los engranes de un modelo económico que se acerca a sus límites finales. Esa es una falsa bandera en la promoción de la ética, que se debe denunciar y rechazar.

ethos personal y ethos colectivo

JB: *Has venido proponiendo algunas medidas en favor de una especie de «política de la ética», estrechamente vinculada a «una ética con política». ¿Qué más habría que hacer?*

JL: Entre las metas que justificarían un proyecto de impulso de la ética, está la urgente necesidad de consolidar un ethos en la gente, que se traduzca en autocontención moral y en un compromiso consciente, lúcido, consigo mismo y con los demás. Esto sería el correlato de una estructura legal justa y de un sistema jurídico adecuado.

Se trataría entonces de la contención de las tendencias destructivas del ser humano, de manejarlas de forma tal que se conviertan en fuerzas positivas desde uno mismo. A eso llamo «autocontención». Esto implica una configuración muy sólida del ethos y eso significa un desarrollo ético cotidiano y vitalicio. Pero tiene que haber, junto a esto, una legalidad sustentada en la justicia y en ambos lados estamos mal. Entonces, tiene que hacerse un esfuerzo por mejorar sustancialmente el correlato legal del ethos, el sistema de impartición de justicia, porque sin eso no hay sociedad, no hay convivencia, sino enfrentamiento y conflicto, desunión y fractura. Es claro que gente con un ethos débil no puede garantizar la existencia de una sociedad ética y políticamente satisfactoria. Lo personal va indisociablemente unido a lo colectivo. Y esto es lo que niega y combate el neoliberalismo en marcha. Ahora ¿qué instancias tienen que promover y posibilitar una reforma judicial a tono con la «reetización» de la política y la vida? Pienso que se trata de una clara labor del Estado.

Cuando digo labor de Estado, no pienso en el Estado como aparato, sino como una efectiva organización del servicio público, desde la comunidad y para la comunidad, como una ágil conducción del espacio público, con proyectos que no se ciñan a la permanencia legalmente pautaada de quienes los proponen (un sexenio, por ejemplo). Los engranes de un Estado así deben funcionar conforme con las necesidades sociales, aunque se vaya más allá de los límites de determinado mandato, porque se trata de tareas de Estado, no de compromisos de determinado gobierno. Un orden público así tiene la tarea de reetizar la política y de actualizar las estructuras de impartición de justicia que eso exige.

JB: *¿Cómo se desarrolla eso, cómo lo aplicamos, cómo lo construimos? Porque suena muy bien un plan de desarrollo de la ética para todo el*

país, compartido por todos los factores políticos y sociales, pero ¿cómo lo echamos a andar?

JL: Sería cuestión de elaborar un plan específico; una pauta de acción que contemple la conformación de equipos especializados, instancias de formación de formadores, programas de actividades para las familias, las escuelas, el personal de las empresas etc., organismos de vinculación social e interinstitucional, presupuestos estables... en fin: lo necesario para el desarrollo sistemático, permanente, de la ética a todos los niveles. Un plan así debería prever, también, la organización de una estructura de planeación, programación y ejecución de carácter estable y dinámica situacional. Las iniciativas de un organismo de esta clase deben contar, en lo esencial, con la anuencia y la participación de las personalidades y los entes que posibilitan la participación comunitaria. Lo que proponga y haga el órgano en cuestión debe penetrar todas las instancias, todas las estructuras, todas las Instituciones, procurando llenar el alma de la gente, con algo distinto de la basura de los medios, a la basura de las redes, que es lo que prácticamente está cubriendo un vacío del alma desamparada y abandonada de tanta gente.

Se ve como algo difícil y, por ello, ambicioso. Y lo es. Pero nada importante es fácil y existe la buena ambición. Ojalá todo el mundo tuviera aspiraciones constructivas, aunque fuesen un tanto temerarias. Si hay conciencia, voluntad y recursos suficientes, todos los obstáculos serán sorteados.

JB: *Hay un componente material y un componente espiritual en el tema...*

JL: Sí, claro: está el elemento tangible y el elemento abstracto: el de los modelos económico-sociales. Es un error apostar todo por algún modelo fijo, prefabricado. Eso es una trampa. Los modelos son simples construcciones, son

constructos de carácter mental para ordenar el pensamiento y para orientar la acción. En los hechos, en la vida, todo confluye en las personas que realizan acciones cotidianamente para dinamizar una vida social, una vida económica, una vida política; el que trabaja en su trabajo, el que da clases, el que cultiva la tierra, el que es hijo, el que es padre, el que es juez, el que es policía, el que es sacerdote, el trabajador común y corriente, el que tiene un lugar en la sociedad, está realizando lo que un modelo parecería establecer. Pero, en la vida real, si las personas que efectúan la acción conforme, supuestamente, con un modelo, no están a la altura ética necesaria, pongan el modelo que pongan, incluso «el mejor», no va a funcionar. Siempre lo fundamental es el alma, incluso «el alma de las cosas».

JB: *Pero, visto así, ni el modelo que está en el poder ahora ni el que pretende el poder funcionarían. Toda esta crítica que hemos formulado, en esta larga conversación, pone severamente en cuestión la posibilidad de transformaciones significativas en las estructuras del país. Incluso la posibilidad de que se acepte un proyecto en pro de un suelo ético común. Entonces, ¿vamos a una tercera opción?*

JL: Se puede aspirar a reformas parciales desde el gobierno y no desilusionar a priori a quien confíe en correcciones autocríticas de quienes están comprometidos con el programa neoliberal y aspiran a aplicarlo sin paliativos. Pero eso no niega la pertinencia de procurar una tercera opción que estuviese fuertemente cimentada en una política con ética.

Hay que partir de la idea de que, en lugar de un modelo prefabricado, lo mejor sería ir armando de manera adecuada lo que más se avenga con nuestra realidad. La primera evidencia al alcance de todos es que Venezuela es un país bendecido por una riqueza extraordinaria. Hay que ser capaz de asimilar éticamente la riqueza, como condición

para que funcionen bien todos los demás elementos de la vida económica y política.

modelo flexible, estructuras dinámicas

JB: *Pero necesitamos estructuras que permitan procesar con eficiencia todo lo necesario para vivir humanamente.*

JL: Por supuesto. Sería absurdo negar la necesidad de estructuras; pero no tienen por qué ceñirse a cartabones que no se avienen con la realidad de un país inconmensurablemente rico. Por eso, pienso en estructuras dinámicas.

JB: *¿Qué quieres decir con «estructuras dinámicas»?*

JL: Me baso en una visión opuesta a toda idea de Estado aparatista (y hasta fetichista), entendido como superestructura —predefinida en abstracto— de instituciones y de instancias, que desde una distancia infranqueable para su comunidad de referencia, realiza efectos de poder. Eso debe ser descartado, en nuestro caso.

Quiero ser lo más claro posible en este asunto, porque aquí se nos cuele una vieja disyunción. Parecería que la polarización política que vivimos está ocultando la conocida confrontación entre Estado sí y Estado no. El neoliberalismo apuesta, por lo menos, por una reducción drástica del Estado. Y, aunque parezca bastante quimérico y patético, debemos reconocer que aquí hay gente que se traga completo el relato neoliberal o incluso cierto anarquismo de derecha; es decir: la tesis de la eliminación del Estado. En el polo opuesto, está el proyecto de conformar un poder popular, lo cual se entendería como la instrumentación de instituciones integradas al modo de aparatos estáticos y centralizados. Ahí es donde habría que meter una cuña, una opción que se distancia de las otras dos; primero, porque

sí reconoce la necesidad de estructuras de organización del espacio público —por ende, un modo de Estado— y, segundo, porque se trataría de un poder comunitario, al modo de redes de instancias flexibles que se movieran según los requerimientos de lo que se planteó hace un momento: el social-capitalismo. Una relación ética de la gente con la riqueza nacional, brindaría al país los recursos que posibilitaran un sistema relacional dinámico como este.

JB: *¿Se trataría de estructuras entreveradas en el Estado?*

JL: Depende de la salud funcional de las estructuras estatales existentes. Por el momento, hablo de instancias flexibles, ligeras, abiertas a una adaptación situacional efectiva a la realidad política e institucional existente y siempre al servicio del bien de individuos y comunidad.

Cuando las instancias de acción y administración políticas se convierten en un fin en sí mismo, es cuando tenemos un Estado superestructural, una burocracia anticomunitaria y parasitaria, muchas veces sometida a la partidocracia. Estoy pensando en un Estado como organización del espacio público, que se asuma y actúe como medio, como instrumento de apoyo de la vida social y cultural de la comunidad.

En el interminable debate entre el neoliberalismo y el viejo socialismo aparatista, yo me distancio de ambas, estoy en contra de ambas. Pienso que debe haber un poder público comunitario, de alta participación social —insisto, un modo de Estado—, pero sin pretensiones de intervención vertical en ningún nivel de la dinámica de la sociedad.

JB: *Cuando hablas del «poder público» ¿a qué te refieres? Porque puede confundir.*

JL: Lo que rechaza el neoliberalismo es la injerencia de una entidad de poder —que normalmente llamamos «Estado»— en la economía. Se opone de manera virulenta a que un

poder fáctico de la política se inmiscuya en los negocios y limite la realización de unas aspiraciones de riqueza que nunca tienen límite.

JB: *Siempre hay una regulación.*

JL: Si, pero para ellos esa regulación habrá de ser inmanente, espontánea —la famosa mano invisible smithiana del mercado— no por obra de los órganos e instancias que procuran la vida social estable que hace posibles los dichos negocios. Esa es la esencia del pensamiento neoliberal. Frente a esto, en el polo opuesto, está el viejo estatismo aparatista de los socialismos reales. No estamos obligados a dejarnos llevar por esa polaridad ni a aceptar posturas intermedias entre sus dos extremos. Fuera de eso, considero que la comunidad debe contar con maneras de organizar el espacio público que conformen un poder público, que yo entiendo como un poder popular, es decir, una genuina democracia. Es decir, la comunidad tiene que hacer valer su interés comunitario. Y a eso llamaríamos en ese sentido, muy lato, un Estado, porque sería la organización del espacio público en función del bien común, en función de la justicia, ese sería un poder público que a los capitalistas les diría: «Mira: tasas de ganancia de tanto por ciento, no. Acaparamiento de artículos, no. Manipulación de la producción de tales clases de mercancías, cuando hace falta esto y lo otro, no; más bien lo que la comunidad necesita. Destrucción de sistemas ecológicos, no». Eso es lo que un poder público debería hacer, no como obra de burócratas inspectores, sino de órganos populares bien regulados por leyes y con fuertes determinaciones éticas, sin negar la existencia de un sector privado de la economía; es decir, en un contexto de pluralidad de opciones de actividad económica.

JB: *Sería un poder comunitario.*

JL: Pues sí, pero nada tumultuario, nada ajeno a reglas racionales claramente estipuladas, algo fuertemente sustentado en el uso riguroso de la palabra, en la escucha atenta y en formas respetuosas; es decir; algo bien organizado, como corresponde a la edificación de una estructura, a la disposición adecuada de las instancias del espacio público. Para eso, por ejemplo, podría ser útil una resignificación del esquema hegeliano, que reconoce todos los niveles de pertenencia del individuo a la sociedad: la intimidad, la vida privada, la vida en la comunidad, la sociedad civil y el Estado, lo que él llamó *Sittlichkeit* (eticidad o condición de vida ética). Esto último, la cúspide del espacio público debe ser estructurado de la mejor manera. Para eso son los procesos constituyentes, que conviene impulsar para armar no aparatos de intervención antisocial, sino mecanismos de apoyo a la dinámica social, a la acción social, a la vida comunitaria, a la manera de medio, no como un fin.

JB: *Pregunta: ¿cómo te imaginas ese modelo flexible y dinámico?*

JL: Hay toda una tradición de procesos y procedimientos de conformación fáctica de los poderes. Es conveniente aprender de ese cúmulo de experiencias. No soy partidario de cortar con ese pasado. Más bien, me inclino en pro de una reorientación de un aparataje que se ha convertido en un fin y lograr que funcione como un medio eficaz de gobernanza y, en general, de garantía de una buena vida para la ciudadanía. Abogo por la edificación o, en su caso, reestructuración de instancias estáticas y suprasociales, de modo tal que se transformen en espacios de interrelación comunitaria dinámica. En ese sentido, no se trata de una armazón blanda ni de un cheque en blanco para ningún sector o grupo particularmente fuerte y aun hegemónico. Ese sistema de poder comunitario incluye instancias rigurosas de impartición de la justicia, así como de participación social.

Sobre estas últimas, ya planteamos la democracia multimodal: el equilibrio de los poderes conforme con los niveles de complejidad social. Se trata, entonces, de una estructuración plural del poder popular —lo realmente democrático—, donde coexisten delegación, representatividad, participación política directa, cogestión, autogestión... Ese es el contexto democrático, para la reinención de la división de poderes; es decir, contemplaría la modalidad correspondiente de poder legislativo, judicial y ejecutivo conforme con un esquema de actuación política situacional y siempre con fuerte sustento en referentes éticos. No es que se necesite un poder moral, sino que todo lo relativo al poder sea moral.

JB: *Pero todo eso tendría que generarse a partir de una nueva constitución o de una revisión de la existente.*

JL: Así es: tendría que emanar del proceso constituyente del caso. Me inclinaría, incluso, por un cambio del modelo de proceso constituyente. Lo que se ha conocido hasta ahora, en los casos políticamente más fecundos, ha sido el impulso de determinadas movilizaciones de la sociedad, hasta desembocar en la elaboración consensual de la constitución correspondiente. Esto supone una separación entre proceso y resultado. El primero es un hecho dinámico y el segundo un *corpus* legal estático. La idea sería superar ese corte, ese hiato, y cimentar la legitimidad del orden político en una constitución que contemple la permanente reconstitución de dicho orden; algo como una constitución reconstituyente, abierta a la modificación situacional del orden de relaciones políticas, que posibilite la estructura plural del espacio público. Estamos hablando de una norma capital en constante adecuación a la compleja dinámica de la vida política, negada al estancamiento y la petrificación. Esto implica hacer del espacio estructural legislativo un legislador situacional y no un adaptador de actos legislativos a una referencia inmóvil

y, en general, prácticamente inamovible (la constitución que esté en vigencia).

Para mí, la concreción del poder popular se halla en los procesos de constante reconstitución legal y normativa, no en la sacralización de una constitución cosificada, sujeta cuando más a modificaciones ocasionales y de muy difícil realización. Así que la constitución debería prescribir, primordialmente, la posibilidad de la revisión y modificación constante de sus contenidos, de acuerdo con la situación que haya de regular. Se trataría, pues, de una constitución en movimiento, una constitución situacional, una constitución para la reconstitución permanente del espacio público. Tal adaptabilidad jurídica del referente constitucional de fondo, nos ahorraría muchos abusos debidos a lagunas legales, en las que se cifra gran parte de la impunidad que aqueja a sociedades como la nuestra.

JB: *¿No temes una inestabilidad constante? Reconstituyendo la sociedad, ajustando leyes con tanta celeridad... estaríamos en una situación de permanente crispación legal.*

JL: Ojo: no olvides que estoy partiendo del supuesto de un orden político fuertemente cohesionado por la ética. Estoy pensando el Estado como eticidad plena, aunque no al modo hegeliano, sino al modo de estructuras relacionales en movimiento, situacionales. Tampoco a la manera del eticismo radical de la *República* de Platón, donde el orden político sustentado en la justicia absoluta casi puede prescindir de leyes. Me inclino, más bien, por un equilibrio entre eticidad y regulaciones jurídicas. Esas premisas tratan de ajustarse a lo que considero un dato de la realidad: su vertiginoso dinamismo. La velocidad de los cambios a todos los niveles exigen estructuras ágiles y respuestas puntuales. La única perspectiva de análisis y de acción que se puede medio ajus-

tar a eso es la perspectiva situacional: la respuesta concreta a cada situación concreta, sin cesar, en pleno dinamismo. Me preocuparía más un relativismo de las referencias para la decisión y la acción. Aun así, pienso que los principios éticos, políticos y legales no se modifican por los vaivenes de las situaciones; eso, junto con el compromiso ético de los agentes políticos del caso, el respeto escrupuloso de las garantías y derechos de la ciudadanía, así como los candados normativos que se coloquen para la evitación de abusos, arbitrariedades, traiciones voluntarias o no a las referencias éticas y legales de fondo, garantiza la posibilidad de una política de justicia, en medio de las complejidades de la pluralidad y la velocidad situacional. Ahora, si lo que preocupa es la estabilidad, efectivamente lo dinámico es en apariencia lo opuesto a lo estable, pero también es cierto que la verdadera estabilidad es la que se mueve. Esa visión heraclíteica puede verse como una justificación ontológica de un constitucionalismo situacional.

JB: *Me parece demasiado audaz tu planteamiento, pero te concedo el beneficio de la duda, porque es obvio que estamos viviendo tiempos de movimiento acelerado y agitación constante. Ahora, en tus explicaciones no aterrizas en el ciudadano de a pie como alguien a quien afecta la legislación.*

JL: Es verdad, en el fragor de una conversación se escapan cosas importantes. Una que me interesa mucho destacar: el desequilibrio entre derechos y deberes que hay en este país. Venimos de historias muy rudas, de pugnas feroces entre clases y grupos defendiendo a muerte sus intereses o imponiéndoselos a otros, por medio de la coacción y las leyes ad hoc. Este país ha estado sometido a leyes, aparatos y fuerzas represivas por demasiado tiempo. Esto es muy cierto, pero también lo es que, en general, el pueblo venezolano se ha comportado siempre de manera muy díscola y

libertaria, ante los abusos de cualquier agente de poder. No es fácil pasar del antiguo régimen al nuevo, pasar del binomio legalidad represiva-pueblo contestatario, a un orden jurídico nuevo —el de la V República— cimentado en un desajuste entre los derechos y los deberes. En la constitución vigente y en la normativa que de ella deriva, los deberes ocupan un lugar ínfimo en comparación con los derechos. Una sociedad sustentada en el cuidado y cultivo del ethos, implica una fuerte conciencia del deber y fuerte compromiso comunitario: una armonía entre el interés del individuo y el interés general. Aquel que rompa este equilibrio debe esforzarse por restituirlo, por medio de iniciativas propias como por obra de la ley. El individuo tiene derecho a defenderse y la comunidad también, por medio de las leyes que establecen las garantías y los deberes. Los contrargumentos egoístas al respecto, como los que esgrimen los fanáticos neoliberales «de uña en el rabo» dan pie a la fractura de la unidad comunitaria, en su afán de hacer valer derechos que, a la postre, son privilegios. La justicia exige, aquí y en Manila, que a una serie de derechos le corresponda una serie de deberes: que no haya ni derechos sin deberes ni deberes sin derechos.

JB: *Y en ese esquema ¿dónde queda la famosa burocracia?*

JL: También eso se maneja de manera muy confusa. No es lo mismo burocracia que burocratismo. El burocratismo es una distorsión, es una disfunción de carácter social y político, que consiste en la conversión de una estructura que está al servicio de la comunidad en un fin en sí mismo. O sea: algo que es un medio, un instrumento, una vez más, actuando como si fuera un fin y eso hace que arrastre todas las energías y todos los recursos.

Cuando Weber usa la palabra «burocracia», lo hace de manera demasiado ligera. No manejó bien la desinencia griega, «Kratía», que refiere un poder impositivo, dominante.

Si nos apegáramos a su significado estricto, al hablar de burocracia estaríamos hablando de un poder imperativo de los oficinistas y administradores sobre la sociedad. Las sociedades complejas requieren estructuras administrativas eficaces, pero estas no tienen por qué dar sustento a una voluntad dominio, por medio de la función pública. Más bien, deben ser la garantía de un servicio público eficiente y comprometido con la buena vida de los miembros de la comunidad.

Ahora, para poder contar, en Venezuela, con una estructura de servicio público operativa y realmente comprometida con la ciudadanía, hace falta conformar un ejército, decenas de miles de personas forjadas en el fuego de la ética, del ethos político y comunitario.

Los procesos políticos silvestres y aluvionales tienden al fracaso o se les dificulta mucho la gestión y la relación adecuada con la comunidad, porque carecen no de una burocracia, sino de un cuerpo de servicio público, con sólidas bases éticas y técnicas. Lo que generan esos movimientos políticos son burocracias en el sentido peyorativo de la palabra: estructuras de dominación de la ciudadanía.

JB: *No sé si te estoy siguiendo bien. ¿Estás tratando de replantear la relación entre el nivel individual, el del control social y el jurídico etc., para un equilibrio entre dinamismo y elasticidad?*

JL: Lo que, en el fondo, planteo es un triple juego de contenciones de la acción. Está la contención personal, ética, está la contención comunitaria y está también la contención jurídico-política, Eso equivale a hablar de un autocontrol privado, individual, un autocontrol social y autocontrol de quienes imparten la justicia. Adonde quiero llegar es a destacar la importancia de las bases éticas desde donde pueden poner en práctica los controles, que para mí deben operar de

manera equilibrada. En general, la teoría política ha asentado una disyunción entre sistemas normativos fríos –que serían los modelo económicos-políticos; por ejemplo, el modelo de democracia representativa liberal, que siempre va aparejada a formaciones sociales capitalistas– y programas cuyo soporte primordial no es tanto un orden normativo, un cuerpo de garantías y cosas por el estilo, aunque dé cabida a estos, sino la posibilidad del ejercicio del poder con determinado sello personal, a fin de cuentas carismático. Esa contraposición me parece artificial. Lo idóneo es la armonía entre bases estructurales objetivas y humanidad de la praxis política. No excederse por ningún extremo. Acción política con ciencia y arte, en conjunción con estructuras y normas impersonales. El juego de recíprocas contenciones que planteo apunta a la superación práctica de la falsa disyunción de esos términos. El control social y político, para que sea efectivo, tiene que sustentarse en la contención ético-política de quien lo ejerce, sea un individuo o una corporación. Pienso que, debido a que los agentes políticos de control político-social no siempre cumplen con ese requisito, en los hechos la comunidad no consigue controlar el poder ejecutivo ni tampoco el poder judicial ni logra hacer que el poder legislativo la represente realmente etc.

el poder público como «acompañante» de la economía y la comunidad

JB: *¿Cómo quedaría la división de poderes en tu propuesta? ¿Qué piensas del Estado como propietario de bienes de producción? ¿Y la relación entre inversión y propiedad privada con la propiedad pública?*

JL: Son varios puntos en una pregunta. A ver cómo sintetizo una respuesta decorosa.

En esos aspectos, como en todo, me parece que debe

actuarse en términos no dogmáticos. Sobre los diversos planos de poder y las formas de que puedan ser controlados por la comunidad, ya he adelantado varias respuestas. No vamos a repetir, aunque en algún momento habrá que ampliar y profundizar en todo eso.

En cuanto al punto de la propiedad, rechazo las creencias y supuestos dogmáticos. Para algunos es un dogma positivo e incuestionable que sea el Estado el propietario de los medios de producción. Eso lo rechazo. Pero también rechazó el planteamiento de que el Estado no debe poseer ningún medio de producción. Son dos extremos, que deben rechazarse y, como sucede con frecuencia, la solución radica en colocarse en el justo medio entre ambos polos. Por ejemplo, la producción de armas ¿por qué tiene que ser una tarea de empresas privadas, como proponen los cruzados del neoliberalismo, sin que medie ninguna otra consideración que el respeto ciego a la libertad económica? En la actualidad, por lo general, los ejércitos son cuerpos especializados; no es como en las sociedades antiguas, donde existía una identidad entre ser miembro de ellas y ser combatiente. Ahora, la defensa de la comunidad y de la nación es obra de fuerzas dedicadas especialmente a los asuntos de la guerra. No le veo ningún problema al hecho de que el instrumental que ese sector necesita para ejercer sus funciones sea producido por Estado y, cuando sea el caso, sea adquirido en el mercado internacional con recursos públicos y bajo normas y controles de carácter público. Ese es solo un ejemplo.

Todo depende de lo que convenga realmente al bien común. Por lo general, hay ramos estratégicos de actividad económica —como la extracción minera, la explotación de recursos energéticos, la defensa nacional etc.— que conviene que estén bajo control público, de manera racional y manejados de manera eficiente. Hay áreas de interés común

que no deben estar a merced de intereses particulares, por la obvia razón de que un sector minoritario, oligopólico, resulta favorecido en detrimento de la mayoría y del país. Pero puede haber actividades que realicen de manera más efectiva los inversionistas privados y eso también es aceptable. Una política dinámica, multimodal, situacional... también debe contar con un sector de economía mixta, en un contexto de pluralidad y flexibilidad.

JB: *¿Compartirías, el viejo esquema de que el Estado debe garantizar cuatro cosas básicas: salud, educación, seguridad y la justicia?*

JL: Sí, pero con ese argumento se ha pretendido privar al Estado del acceso al control de sectores estratégicos de la economía.

JB: *También es cierto que hay ramos de la producción, para los que el Estado no cuenta con la destreza, la experiencia y la capacidad tecnológica que sí tienen las empresas privadas, las corporaciones...*

JL: En principio, no tengo nada contra la economía mixta, siempre y cuando el interés nacional y social no salga perjudicado por convenios corruptos, como ha pasado tantas veces.

Además, ya hemos hablado de la coexistencia plural de modos de producción, no todos sustentables por la iniciativa privada y la comunitaria. Podríamos tomar como ejemplo a la salud. Ahí la combinación de modalidades y campos de competencia llega incluso al ámbito personal. Es decir: la salud es responsabilidad de cada persona y también del Estado, pasando por toda una serie de instancias intermedias; desde el plano de la prevención y el cuidado personal hasta la diagnosis y la cirugía con tecnologías de punta, que solo pueden obtenerse con recursos del Estado, pasando por niveles intermedios de atención médica diversa, de carácter público y privado.

De acuerdo con el esquema de configuración dinámica y situacional del espacio público –algo muy diferente del Estado aparatista y fetichista al que estamos habituados–, no viene al caso constreñir la presencia y las responsabilidades del Estado a tres o cuatro rubros, como dictan los manuales de economía y política neoliberales. Bienvenida sea la pluralidad y diversidad combinada de opciones. Eso sí: siempre sujetas a reglas dirigidas al bien común y bajo la mirada de los organismos comunitarios –no burocráticos– de control.

Pienso que debe fomentarse la diversidad económica, la variedad en los modos de producción y en los procesos productivos y que coexistan en un libre ejercicio de la economía. Hay que dar cabida a las grandes corporaciones, pero con apego a normas que beneficien al país y a la gente. No puede ser que la confianza de las corporaciones esté cifrada en la ausencia de controles y regulaciones, en la permisividad inhumana ante la sobreexplotación, en la indefensión de los trabajadores, en la disponibilidad total de nuestros recursos naturales y toda esa morralla neoliberal. Que la confianza se sustente en la posibilidad de que la actividad de las corporaciones cuente con la debida acogida de las comunidades del caso, que laborarán a su servicio, siempre que sea con dignidad y con miras a contraprestaciones favorables a la comunidad.

En el plano de la economía interna, quien sea capaz de producir honesta y correctamente por su propio bien y el de la comunidad, debe contar con facilidades para ello. Venezuela puede «inventar» todo eso al estilo rodriguista, porque posee los recursos materiales para eso. Es cuestión de adaptar las potencialidades anímicas, éticas, a todo eso.

JB: *Que no aparezca por ahí un Leviatán, o sea, un Estado sin límites.*

JL: No habría Estado, en los términos que imaginas; sino

un Estado configurado como organización dinámica, flexible y situacional del espacio público. No el aparato-fetiché del que nos cuesta desprendernos. Tampoco se trata de la vieja idea anarquista de la abolición del Estado, porque me parece imposible la sociedad sin un espacio público y la manera como se estructure este siempre consistirá en un modo de Estado.

JB: *Eso coincide con lo que planteabas sobre la democracia multimodal.*

JL: Exacto: es la estructuración orgánica de la democracia multimodal y comunitaria.

JB: *Tiene que haber algo que regule, que evite los excesos de todos los que intervienen en la economía. Estoy de acuerdo con eso. Pero hay que tener en cuenta la economía global.*

JL: Sí, muy bien: debemos tener en cuenta el contexto global y las determinaciones que implica en nuestra economía. Pero debemos hacerlo, sin someternos a su lógica, que se atiene por completo a los intereses hegemónicos de una oligarquía mundial. Venezuela cuenta con los recursos necesarios para inventar, de manera autónoma, con bastante independencia y sin necesidad de conflictos, su manera peculiar de encuadrar su dinámica económica interna en la de la economía global. Pero no puedo negar dos obstáculos muy poderosos a este respecto: la persistencia en la aplicación dogmática y sectaria de modelos predefinidos —la negativa a inventar, que siempre implica el riesgo de errar ¿y qué?— y la determinación norteamericana de aplicar la Doctrina Monroe, esencialmente sustentada en el rechazo a toda independencia de acción a quien, como la Venezuela bolivariana, se niega a pasar por las horcas caudinas que le ha puesto Washington.

JB: *Tú hablabas de la economización de la vida como algo cuestionable. ¿Es posible vivir de otra manera?*

JL: Entiendo que el ardid más efectivo del mundo-de-la-vida

tal como le conviene al *homo oeconomicus*—según hemos visto, el «sujeto histórico» de las glorias neoliberales— consiste en «vendernos» (fíjate en lo adecuado del verbo) la idea de que la economía, tal como la conocemos y se ha asentado, es algo «natural», por ende, indiscutible e inmodificable.

De acuerdo: dado que somos animales sociales y culturales, vivimos en espacios habitables que llamamos «casas» y, para que estas funcionen, deben contar con un orden sujeto a alguna clase y nivel de normas. Eso es lo que los griegos llamaban «economía»: la ley de la casa. No voy a negar las normas de la casa, pero lo que sí debo hacer es oponerme a que se tome esa necesidad como pretexto para sumergirnos en una lógica que regula toda la existencia de uno, dentro y fuera de casa: el biopoder inmanente del que está dotada una economía que se ha convertido en un fin en sí, dejando su función de ser un medio para la buena vida. La economización extrema de la vida ha derivado en la pretensión de figurar la organización del espacio público, de acuerdo con el modelo del Mercado. Ya no necesitaríamos el Estado, sino el Mercado absoluto.

Cuando hablo de deseconomización de la vida, estoy hablando de la urgencia de superar todo eso, de poner la dinámica de la producción, de la lucha por la sobrevivencia e incluso por la abundancia y de todos los elementos que intervienen en la generación de bienes y servicios necesarios para la vida, en favor de nuestras vidas y no al revés, como ocurre ahora.

El mercado es un orden de relaciones imprescindibles en la configuración y despliegue de la vida comunitaria, pero no debe pretender ser lo que regula a esta, lo que define cómo va a ser nuestra existencia cotidiana, cómo vas a educar a tus hijos, en qué tipo de casa vas a vivir, qué vas a consumir, lo

que marque los alcances de nuestra vida social y privada ateniéndose a patrones como el «crecimiento de la economía». Por cierto: éste es otro dogma del discurso economicista: la obligación de un aumento de la producción, del consumo, de la generación de basura, desperdicios, contaminación, destrucción de ecosistemas, con el fin de mantener siempre a la alta la *hybris* expansiva y acumulacionista del capitalismo.

JB: *Pero necesitas un crecimiento para que el país mantenga unos estándares sociales y una estabilidad general.*

JL: Claro que sí. Necesitamos alcanzar, socializar y mantener unos niveles dignos de calidad de vida y eso contribuye a la estabilidad social y política. Pero lo que no está claro es el supuesto vínculo necesario entre esas aspiraciones justas y el crecimiento económico como tal, la ansiedad por elevar la productividad a costa de la sobreexplotación de los trabajadores o de su subordinación enajenante a las tecnologías y de la extenuación e incluso aniquilación de la biodiversidad. Sin negar que debemos contar con bases económicas considerables, apostaría más por un crecimiento ético de la gente, que por cierto, ayudaría mucho a una economía más sana, más acorde con las necesidades de una vida digna, que es lo que importa.

Como habrás comprobado, admito todas la posibilidades de la economía, siempre que se den conforme como un justo medio, se combinen entre sí de manera equilibrada, se comprometan con la vida de la gente y con el país (al mismo tiempo que obtienen ganancias razonables), no aniquilen las potencialidades de los sistemas ecológicos, acepten las virtualidades de la tecnologías blandas en correspondencia con los avances de punta en ese campo, respeten la dignidad realizadora del trabajo, no vulneren la justicia ni en el nivel de la producción ni en el de la comercialización, no atenten

contra la salud física y mental de la población y tantas otras aspiraciones humanas (más bien, humanistas) de cara a la economía. En el fondo de todo esto, está la idea de superar la vieja ilusión progresista que elevó el crecimiento en sí, la acumulación, la productividad y todo lo que se le parezca a valores de aceptación universal y obligatoria.

La misma actitud mantengo con respecto a la modernización técnica de la economía. Se deben rehabilitar las técnicas premodernas –de manera especial aquellas que todavía aplican los pueblos indígenas– pero con miras a su remodelización, a su adaptación al juego de relaciones que pueda entablar con las tecnologías de punta. No veo una colisión, en sí misma destructiva, entre la robótica y la agricultura de conuco o entre biotecnología avanzada y productividad agrícola respetuosa de los ecosistemas. Finalmente, estamos hablando de una humanización de la economía: ciertamente una aspiración humanista, pero en el sentido de un humanismo del ser humano como problema y como proyecto abierto de realización ética, no como bobalicona reivindicación de la supuesta centralidad del hombre en el universo. Así como hemos planteado una etización de la política, reclamamos también una etización de la economía.

otros pasos hacia «otra» venezuela

JB: *Has venido insistiendo en el respeto a la naturaleza y achacas a la economía neoliberal un alto nivel destrucción ecológica. Pero, en nuestro caso, vemos cómo el gobierno también atenta contra los sistemas ecológicos.*

JL: Qué bueno que lo recuerdas. Es verdad: el gobierno no ha encontrado la manera de afrontar adecuadamente la contradicción entre las necesidades de una comunidad demandante, el recurso supuestamente inevitable al desa-

rollismo, para satisfacer dichas necesidades, y el respeto a los ecosistemas. Esto es difícil, no hay recetas mágicas para esto y, encima, hay una presión interna y geopolítica que dificulta una atención adecuada a este asunto, que se suma a la escasa disposición gubernamental a afrontarlo. En este punto, no veo otra opción que el despliegue de la formación ética, como base de una conciencia ecologista comunitaria, y la consiguiente resistencia social a todo proyecto destructivo, al nivel que sea y venga de quien venga, siempre sin caer en extremismos. Así como he reclamado en algún momento la aplicación del principio *primum nihil nocere* (ante todo, no dañar, no matar) en el plano de la acción social y política, también le reivindicó ahora, para toda actividad que comprometa en algo nuestra flagelada realidad natural.

JB: *También tocabas el tema la modernización de la economía.*

JL: Lo que está planteado es algo que rebasa la cansina y triste dinámica cotidiana de nuestra economía, que se mueve entre la voracidad cortoplacista de los inversionistas, la paridad del bolívar con respecto al dólar, la guerra económica antipopular, la escasez o no de mercancías en las tiendas, las sanciones financieras y geopolíticas que nos impone Estados Unidos, los niveles de usura en los precios, la falta de efectivo y la dolarización informal del mercado real, las majaderías de los bachaqueros, el caos en los servicios y todo eso que conoce bien la ciudadanía.

Lo menos que podemos hacer es aspirar a superar todo esto, por vía de un acuerdo nacional, un nuevo pacto económico-social, pero con la mira puesta en metas más elevadas y de implicaciones más profundas. Un acuerdo en ese campo debe desembocar, entre muchos otros aspectos, en uno de los factores de distorsión de nuestra economía: las exageradas tasas de ganancia de los factores económicos. En fin: esa cotidianidad de plomo nos impide ver que

debemos ir hacia una reestructuración de la economía, no de la manera sectaria y egoísta de los factores económicos de la globalización neoliberal ni a la de los anacronismos del socialismo real, sino al modo derivado de una reorganización actual y humanista de la comunidad, en términos que ya hemos adelantado.

Será necesario, entonces, prepararse para los cambios acelerados y el constante dinamismo, que se están dando en los procesos productivos, desde las innovaciones tecnológicas más asombrosas; ver cómo se lleva eso con las tecnologías blandas y los procedimientos antiguos remodelizables. Habrá que abrirse a todo eso y considerar las consecuencias esperables; entre otras, el incremento del ocio por un lado o una revolución en el empleo –sin descartar las tendencias al desempleo sin más–. Podríamos estar entrando en una nueva paradoja terrible: por un lado, un incremento de la población, que sigue sin detenerse, y por el otro, la tendencia cada vez mayor a prescindir de la fuerza de trabajo y de insertar a las nuevas generaciones en la dinámica económica, con sus implicaciones en la vida social y política. La precarización del empleo es ya un fenómeno muy expandido en las principales economías. A lo mejor quieren que nos alegremos por el momento, porque lo que espera a las generaciones de relevo es el limbo, no del desempleo, sino de algo como una «inservibilidad» –perdón por tan espantoso neologismo, pero no me parece lo mismo que «inutilidad»– de gente en la flor de la edad, desplazada por robots y sin encaje en los nuevos procesos productivos.

JB: *Eso trastocaría todo lo que conocemos sobre economía y sociedad, sobre las secuelas de algunos modelos en la sociedad.*

JL: Lo grave está en que, según parece, ya no debemos hablar de eso como una posibilidad. No es que «trastocaría», como dices –me parece– sino que trastocará, alterará y

agudizará tendencias. Por ejemplo, están los niveles brutales de desigualdad que ha generado la oleada capitalista neoliberal. Según informes ampliamente difundidos, el 1% de la población mundial posee más del 50% de la riqueza del planeta. Los niveles de desigualdad registrados en el país, en las etapas finales de la IV República eran alarmantes. El proceso bolivariano los ha frenado y, en parte, revertido, aunque la situación de purgatorio social y político en que ha entrado el país, a raíz de las presiones de Estados Unidos y sus aliados, puede dar cabida a nuevas modalidades de desigualdad; por ejemplo, la minoría con acceso a dólares frente a quienes dependen del salario aniquilado y el asistencialismo (la caja CLAP, algún bono ocasional...) Esto exige, no solo los consabidos correctivos económicos, que esperaríamos de un pacto económico-social de emergencia, sino también ahondar los esfuerzos en el plano educativo y de desarrollo ético. Donde en verdad se cifra la igualdad entre los miembros de una comunidad no es en tanto en la nivelación material, como en el acceso igualitario al saber y a los procesos de realización humana.

JB: *Los niveles actuales de dependencia económica del país, también inciden en esas nuevas formas de desigualdad que señalas. Sin soberanía alimentaria real, por ejemplo, los sectores que no reciben dólares siempre estarán viviendo en desventaja.*

JL: Ya estamos viendo que eso es así. Esta parte de nuestra conversación me facilita ahora analizar un aspecto de importancia capital. La peligrosa dependencia alimentaria del país pone de bulto las consecuencias de un antiguo proceso prácticamente suicida: el abandono masivo del campo. No entiendo cómo los de la Generación del 28 y quienes les sucedieron en el manejo político del país no advirtieron ese grave error estratégico. Ni siquiera el chavismo da muestras de haberse tomado esto con la seriedad necesaria, sino hasta

ahora que estamos con el agua al cuello, por las dificultades para acceder a los dólares que nos permitan importar lo que nuestro campo relegado por un siglo no nos da.

Es bien sabido que el capitalismo, desde siempre, implica una contradicción entre campo y ciudad. Preferiría pensarlo como conflicto entre un universo rural –de alta carga simbólica, además de su importancia económica innegable– y un universo urbano, durante siglos, hegemónico. Cada día me convengo más de que urge superar esa división. Voy más allá todavía: es probable que la era poscapitalista neoliberal, vigente prácticamente en todo el planeta, será sustituida por un nuevo orden económico-social cimentado en un retorno al campo. Pienso que esa puede ser la alternativa a este presente cada día más difícil de sostener y justificar.

Conste que no se trata de una propuesta nostálgica. No se trata de regresar a un mundo perdido y añorado y que nunca volverá. Nada de eso. Lo que estoy planteando es recurrir al campo apoyados en las mejores tecnologías agrarias y de producción pecuaria existentes; echando mano de las efectivas tecnologías de punta, en combinación con las antiguas tecnologías blandas y modos de producción agrícola y con un proceso de recomposición ecológica de la tierra. Irnos al campo, echando mano de aquello que permita obtener rendimientos racionales, respetando los ecosistemas.

Se trataría de una reactivación del mundo rural. Más precisamente todavía: sería una urbanización del campo. Es cuestión de llevar al campo aquello que de más realizador humano ofrece la urbe moderna: las tecnologías adecuadas, los servicios urbanos, la educación, la cultura, la seguridad pública, la seguridad social y la atención médica de calidad... en fin: todo aquello de lo que carece el campo y cuya ausencia hace muy difícil una vida digna y del todo realizadora.

Estoy pensando, entonces, en la edificación de «ciudades rurales» –lo que hasta ahora parece un oxímoron– perfectamente habitables, que no tengan nada que envidiar a las grandes ciudades de ahora y que, al contrario, sean un aliciente para intentar una nueva vida, en mejores condiciones.

JB: *Un plan así podría afectar nuestras maneras de vivir.*

JL: No estoy tan seguro de que un plan de repoblación y recomposición del mundo rural, por sí solo, cambie a profundidad nuestras vidas. Podría limitarse a un traslado de nuestros bienes y males de ahora a otra parte. Por supuesto, en lo personal, apuesto por que una iniciativa así también sea la ocasión para un salto en las relaciones sociales y en nuestra conexión con el mundo, que es lo que importa transformar. Pero esto es algo más difícil, algo que requiere la confluencia de muchos otros factores. Como sea, la reactivación y remodelación del mundo rural puede darse al mismo tiempo que se impulsa y consolida una civilidad renovada.

Cuando hablo de «civilidad», me refiero a la conciencia comunitaria de pertenecer a una ciudad-Estado, una ciudad-comunidad. Y me entusiasmo con la posibilidad de que esto se dé incluso en una atmósfera físicamente ajena a las megalopolis de ahora. La civilidad, esa conciencia, es el cemento ético-político que cohesiona la comunidad. Sin civilidad, sin compromiso civil, sin esa conjunción o nudo de lo personal y lo colectivo, no hay comunidad o sociedad cuyos integrantes comparten una conciencia de pertenencia a un programa general de organización de la vida. Así que la palabra «civilidad» no la uso aquí como lo opuesto a lo militar. Al contrario, implica la integración del mundo de lo estratégico, castrense, al orden de la civilidad. Desde el punto de vista de la identidad política personal, en este planteamiento, un militar es un civil, un ciudadano especializado en asuntos de la guerra y consagrado a ello.

JB: *¿Sería como la «unión cívico-militar» que plantea el chavismo como parte de su proyecto de país?*

JL: Diría que es algo más profundo que eso. La idea de una unión de civiles y militares implica la existencia diferenciada de dos mundos, el civil y el militar. Lo que el chavismo practica es la unificación de ambas esferas y los ideólogos liberales de la oposición pegan el grito en el cielo contra eso, tratando de subrayar siempre la distinción y separación de los dos ámbitos. Lo que aquí planteamos es la civilidad como plataforma del ser político del/la ciudadano/a; en consecuencia, todos los miembros de la comunidad –con independencia de los distingos de clase, de género y de cualquier otro tipo– son, en principio, civiles. Dado que la guerra sigue siendo una posibilidad, dado que las ilusiones dieciochescas como las de Rousseau y Kant sobre la paz perpetua, hoy en día, se ven por completo vulneradas –en esto, lo que antes se llamaba «concierto de las naciones» ha dado un brinco atrás de más de dos siglos– será necesario que algunos civiles se dediquen a la defensa del país y de la gente, ante lo que vulnera su seguridad. Y puesto que incluso no es posible prescindir de estructuras y personal especializado en asuntos bélicos, será necesario que, por una parte, algunos civiles consagren sus vidas a la vida militar y, por otra, el resto de la población tenga una responsabilidad civil en la defensa de la nación.

un órgano especial para el manejo de la riqueza nacional

JB: *En este primer semestre del año, la situación política ha empeorado. La irrupción de un gobierno paralelo, asonadas militares, golpes de Estado, apagones que han paralizado al país, reposicionamientos geopolíticos del gobierno con Rusia, China, los No-Alineados, Cuba*

etc. La estabilidad está en peligro. ¿Dónde está la clave de todo esto?

JL: También están las noticias todavía incipientes y un tanto opacas sobre negociaciones entre el gobierno y la oposición en Noruega, no lo olvides...

JB: *Sí, qué bueno, pero prevalece la inestabilidad.*

JL: Es cierto. Tienes razón. Solo quería que no se obviara ese dato sobre algo que hace apenas unos días era prácticamente impensable.

Es verdad: prevalece la inestabilidad y por los sucesos que se han registrado últimamente, sobre todo, el golpe de Estado fallido del 30 de abril, a cargo de Leopoldo López, Guaidó y otros dirigentes de la oposición, uno diría que se debe a un estallido de desesperación en el bando opositor y sus mandos norteamericanos.

Tú preguntas por la clave de esa situación. Pienso que el cuadro político nacional, interno, está sobredeterminado por las pugnas por el control del espacio geopolítico mundial entre Estados Unidos, Rusia y China, con aliados firmes y circunstanciales en cada caso. Estados Unidos va perdiendo terreno en su gran «patio trasero» y sus peones en la oposición venezolana solo han demostrado ser hábiles en la anti-política y, por esa vía, en el fracaso. Maduro no cae, la Fuerza Armada Bolivariana no cede, el chavismo se mantiene en pie, luego no hay forma de hacer que la realidad política nacional se subordine a los planes de «reconquista» del país que ponen en marcha Trump y sus halcones. La clave de todo, entonces, está en la conjunción entre la riqueza extraordinaria del país, las ambiciones de los paladines de la Doctrina Monroe, las metas geoestratégicas de sus rivales rusos y chinos, la expectativa de la derecha neoliberal de revertir los proyectos socializantes operantes en América Latina y todo lo que confluya en esto. Pero el

verdadero núcleo de ese vórtice de intereses son nuestros yacimientos de petróleo, gas, oro, diamante, hierro, bauxita, coltán, uranio, torio... aparte del agua, la biodiversidad, la ubicación estratégica del país y paremos de contar. En algunos de esos rubros, el país ocupa el primer lugar mundial; en otros, el segundo. Así que se ve que la clave que preguntas está en la afebrada visión de Venezuela como un país-botín demasiado rico como para que los avorazados e insaciables bandidos de la globalización nos dejen en paz.

Si esto que digo es verdadero, como pienso, hay que hacer algo mucho más creativo de lo que se plantea en los proyectos políticos en curso.

JB: *¿Vamos a inventar, como Samuel Robinson?*

JL: No sé si como él, pero sí es tiempo de tomar en serio la exhortación del viejo Simón Rodríguez.

JB: *¿En qué estás pensando?*

JL: No creo que sea una panacea –nada, en este mundo, lo es– pero pienso que la dinámica política del país daría un salto cualitativo favorable, si la conducción de toda esa riqueza no estuviera exclusivamente en manos del Ejecutivo nacional, como sucede ahora y siempre ha sido así.

JB: *Y, entonces ¿qué poder u organismo tendría la conducción de ese rubro fundamental de la economía y de todo en el país?*

JL: Habría que concebir e instrumentar un organismo ad hoc, un órgano técnico-social especialmente dedicado a la definición de las políticas esenciales, para la mejor administración de la riqueza petrolera, en general, energética y minera del país.

Podría tratarse de un consejo de jurisdicción federal, cuya función central sería definir políticas y estrategias generales, favorables para la nación, en todo lo que tenga

que ver con la exploración, explotación, procesamiento, distribución y comercialización de las riquezas energética (de hidrocarburos y de otra índole) y minera contenidas en el territorio nacional. Junto con eso, ese órgano autónomo debería definir, también, las orientaciones políticas generales en torno a la distribución social de esas riquezas. En cuanto al carácter de las decisiones de este organismo, en apego a las normas que regulen sus actuaciones, considero que deben ser vinculantes, es decir: de acatamiento obligado por parte del Ejecutivo y cualquier otro poder público implicado.

JB: *La verdad, nunca he sabido de una propuesta de ese calado. Habrá que diseñarla muy bien... ¿Quién integraría ese consejo?*

JL: Todos estos puntos son discutibles. Alguien puede proponer opciones mejores; lo cual me interesaría, si se inscriben en el plano de un organismo especializado, de gran nivel ético y técnico, no subordinado en lo que concierne a sus competencias a ningún poder constituido, aunque en términos de pertenencia a la estructura del Estado, debería rendir cuentas periódicamente a la Asamblea Nacional y a los órganos contralores del caso. Nada de esto debe vulnerar ni limitar su autonomía técnica.

En concreto, estoy pensando en una corporación que a la vez sea funcional y amplia. Sus integrantes no tendrían por qué ser todos especialistas en hidrocarburos, electricidad y minería; algunos pueden estar ahí por sus trayectorias de personas intelectual y moralmente solventes, con obra que demuestre eso y con antecedentes claros de ejercicio de la sindéresis. Pueden ser unos 15. No más; tampoco muchos menos.

JB: *¿No sería como la famosa meritocracia de la vieja PDVSA?*

JL: De ninguna manera. No porque tenga nada contra la meritocracia en sí. De hecho, en este país, donde el chavismo ha peleado tanto contra la meritocracia, se sigue practicando.

Por ejemplo, la FANB no funcionaría sin el reconocimiento de la carrera militar de cada uno de sus oficiales y eso es apelar a los méritos de alguien, para que ocupe los puestos de responsabilidad. Pero el consejo que propongo no es un lugar para hacer carrera profesional, no es para hacer puntos que permitan ascender en un escalafón, sino un órgano técnico-social, cuyos miembros permanecerían en su seno por un tiempo.

JB: *¿Cuánto?*

JL: Unos 10 años improrrogables me parece bien.

JB: *¿Y de dónde saldrían esos técnicos?*

JL: De mecanismos democráticos. Para empezar, ninguno de los miembros del órgano directivo señalado podrían pertenecer a ningún partido político ni a ningún grupo de interés económico ni a organismos que mantengan algún vínculo con poderes extra nacionales o con negocios. Serían electos por el pueblo, por votación universal, directa y secreta, organizada por el Consejo Nacional Electoral, a instancias de la AN. Los postulados reunirían una serie de requisitos, que se especificarían en su momento, en caso de que se acepte armar el organismo planteado. Por ahora, baste con decir que serían requisitos muy rigurosos.

La dirección del consejo estaría a cargo de uno/a de sus miembros, quien la ejercería por un año. Esto significa que ese cargo sería rotatorio, año tras año.

Por supuesto, ese consejo contaría con una instancia directiva, otra de apoyo técnico y operativo, así como otra, de planeación. También con un consejo consultivo, igualmente, caracterizado por su carácter plural y representativo, pero sus planteamientos y sugerencias no tendrían un carácter vinculante.

En su operación regular, el consejo debería dar cabida a procesos y procedimientos situacionales.

JB: *¿Y cuáles serían las ventajas de un mecanismo así?*

JL: Imagínate: sacaríamos la gran manzana de la discordia del juego político. Pondríamos en manos de la comunidad toda esa riqueza. Si el organismo propuesto —o uno parecido— es bien manejado, ya no estaremos como ahora, a merced de la polarización, en zozobra por los enfrentamientos de clases, grupos e intereses. La ciudadanía podría constatar que tan ingentes recursos le beneficiarían directamente. Y eso alejaría los fantasmas de la guerra.

la urgencia de un acuerdo nacional

JB: *Ya que vuelves con lo de polarización ¿qué tan factible es superarla?*

JL: No podemos saberlo con precisión. Yo me muevo por el principio esperanza: estimo que los cambios políticos positivos son posibles. Pero en la actualidad parece que los procesos de transformación son más difíciles que en el pasado. Además, la riqueza del país es de tal magnitud que desata una codicia global y una serie de pasiones destructivas, que dificultan las soluciones que favorezcan a la gente. Somos un botín demasiado apetecible para los factores económicos de la peor ralea y va a ser difícil que nos dejen en paz. El capitalismo neoliberal, el capitalismo postsocialismo real, con sus eficaces medios de propaganda, de guerra psicológica y mediática y su industria cultural, ha exacerbado su capacidad de asimilar e instrumentalizar toda propuesta alternativa en cualquier terreno. Te pongo un ejemplo, entre muchos: la efigie del Che Guevara como símbolo de las «revoluciones tecnológicas» introducidas en sus automóviles, por una enorme transnacional del ramo. Fetichización del personaje, mercantilización del icono,

anulación de la fuerza simbólica contestataria del revolucionario. A fin de cuentas, todo parece tener un precio y los escenarios tradicionales de lucha son sustituidos ahora por el espacio virtual de las redes (no sé si) sociales. Se trata de diluir y sumir en un glamour inocuo e inicuo todo lo que cuestione la lógica del capitalismo neoliberal y combata sus inevitables estropicios.

El caso de Venezuela escapa un poco a esa siniestra red disolvente, que ni siquiera posibilita una confrontación ideológica y programática plural. Es un fenómeno de virtualización de la política y la acción social, muy útil para neutralizar todo intento de rehumanización de la política y de instauración de estructuras y prácticas en pro de una vida alterna y mejor. Hoy en día, nada resulta más extraño en nuestro mundo de la vida que la expectación y la esperanza en la Revolución. Pero, en el caso de nuestro país, todavía hay vestigios de ese orden de potencialidades rehumanizadoras que siempre encierran las buenas utopías. Por eso, uno puede entusiasmarse con la presunción y el anhelo de que superemos la anti-política y dejemos atrás la polarización, para abrir el espacio imprescindible para el diálogo político, el debate en torno a los asuntos primordiales de la polis, las bases de un vida civil sustentada en la palabra racionalmente articulada, la escucha y la contrargumentación, las formas adecuadas etc. Y, para mí, ese es el primer paso en los intentos por alcanzar esas líneas en el horizonte político: superar la polarización; en la medida en que podamos, ir cerrando la enorme brecha que divide a lo que siempre debería ser una comunidad. Venezuela es un país dividido por el segregacionismo social y el racismo racialista de algunos, por los rencores de clase y las pulsiones exclusivistas que traen aparejadas, por los odios inducidos y alimentados por la manipulación deliberada de almas y cerebros, por el

abotargamiento y aun la anulación del sentido crítico, por la indisposición total a la contricción y la autocrítica, por el chabacano y rupestre abandono del alma...

Por cierto, en eso del racismo me topo con cierta frecuencia con algunas manifestaciones de un «racismo de signo inverso». Hablo de cuando gente de origen indígena o afro rechaza a alguien por el simple hecho de ser blanco, tanto en el presente como en el pasado histórico. Es un fenómeno que ni de lejos tiene la fuerza del racismo hegemónico, pero no por ello hay que dejar de consignarlo y de contribuir a que no se expanda. Cierta intelectualidad practica una suerte de racismo discursivo como de supremacía «antiblanca», en favor de todo lo afro y lo indígena por sí mismos. Ese tampoco es un camino aceptable. No se debe admitir ninguna clase ni posibilidad del racismo. Repito: ninguna.

JB: *Estás tocando un problema grave y difícil. ¿Cómo hacemos para pasar de esa situación de división polarizada a una situación de actividad política «normal»?*

JL: Hay que tener cuidado con la idea de «normalidad». Un estado de injusticia brutal y estable puede ser normal, según ciertos poderes hegemónicos. Me parece mejor hablar de una política genuina, de una civilidad activa, creativa, estimable en la parte ética y efectiva en la parte política. Es decir, me parece mejor pensar en una política del alma y de la justicia plena, donde no tiene cabida la desunión y por ende, la polarización.

Sé que eso es pedir o esperar demasiado. Aunque está resultando tremendamente difícil en los hechos, me sigue pareciendo viable y urgente el impulso de una política de reunificación del país, cuyo primer capítulo fundacional y basamento sea un acuerdo nacional; un acuerdo que no

puede ser solo político y menos aun exclusivo de las fuerzas de la partidocracia. Está bien que los partidos pacten para resolver urgentes problemas coyunturales. Es preferible que existan negociaciones entre los actores políticos, en lugar de la pura confrontación polar. Ojalá Noruega nos facilite al menos algo así. Pero hay que ir más allá: urge un nuevo pacto social, que permita restituir algo que merezca el nombre «comunidad venezolana».

JB: *¿Cuál sería, para ti, la agenda de un proceso de acuerdo como el que estás planteando?*

JL: Un proceso de negociación política puede abordar expectativas máximas y de carácter estructural o aspiraciones de corto alcance marcadas por la urgencia.

Si en verdad queremos salir del hoyo en que estamos como país, debemos plantearnos temas estratégicos, estructurales, como base del abordaje de puntos inmediatos. En este momento, pienso, los objetivos más importantes son garantizar la paz y lograr la gobernabilidad y la estabilidad política necesarias para que funcione el país, ahora y en los años subsiguientes. Aquí tenemos un problema, algo que no se ve claro: la configuración de los agentes de negociación; resulta que hay una dirección inconfundible del chavismo, pero no puede decirse lo mismo de la oposición. ¿Quién puede, hoy en día, arrogarse la condición de líder y vocero unitario de la oposición? Guaidó nunca ha alcanzado esa categoría. No es posible ningún pacto operativo, si no es suscrito por gente que represente realmente a las fuerzas enfrentadas.

Ese nivel de negociación estratégica requiere, además, que se dé un paso previo o, al menos, en paralelo: el acuerdo entre las potencias que deciden la dinámica de la geopolítica mundial. Venezuela es un país-botín que se ha convertido en

parte insoslayable de los cálculos geoestratégicos de Estados Unidos, China y Rusia. El componente más problemático de esa tríada es nuestro vecino del norte, imbuido como está de parapetos ideológicos como la Doctrina Monroe e interpreta una negociación sobre Venezuela, como un intento de reparto de algo que le pertenece y no quiere compartir. Como sea, ha de llegar el momento en que Rusia y China iluminen a los dirigentes norteamericanos, en el sentido de que Estados Unidos no es dueño monopólico de ningún rincón del mundo y que tendrá que aprender a coexistir con sus rivales y enemigos en el sistema global de relaciones económico-político. Si esas tres grandes potencias no acuerdan un régimen de relación multilateral y multipolar de cara a nuestro país, será muy poco lo que pueda hacerse en el frente interno. Y si no se ha avanzado lo suficiente en esa dirección, lo lógico es concentrar los esfuerzos en ello.

JB: *¿Crees que se ha ensayado esa posibilidad?*

JL: No cuento con información certificada como para asegurarlo, pero se han visto indicios llamativos. En las últimas semanas anteriores, se han dado acercamientos entre el canciller ruso Lavrov y el vicepresidente norteamericano Mike Pompeo para ventilar el caso venezolano. También entre Elliot Abrams y diplomáticos rusos. Las constantes negociaciones entre China y Estados Unidos contemplan consideraciones sobre la presencia de la potencia asiática en América Latina. Así que hay elementos para suponer que se han podido generar ciertas condiciones internacionales, para facilitar el encuentro entre el gobierno y la oposición, con la mediación de Noruega.

JB: *Pero, por ejemplo, la oposición, por medio del propio Juan Guaidó, ha dado muestras de reticencia y desconfianza en torno a una negociación que podría poner en entredicho el plan de salir de Maduro, a partir de su juramentación el 23 de enero.*

JL: Sí, es verdad; pero también lo es que, pese a todas esas reservas, titubeos y declaraciones contradictorias, la oposición se sienta a negociar con el gobierno en Noruega, por lo menos, desde mayo pasado y, según poderosos rumores, puede que desde antes. Así que, en la esperanza de que los dos escollos señalados —la existencia de negociadores realmente representativos y los avances mínimos en la ruta de un acuerdo geopolítico sobre el país— se superen de manera más o menos práctica, seguiría todo lo demás. Es necesario acordar las acciones y cesiones que lleven a resolver la actual situación de contraposición entre un gobierno real y un gobierno virtual. Esto está asociado a aspectos como el retorno de la Asamblea Nacional a la legalidad y la recomposición de la relación institucional entre los diversos poderes. Esto, por supuesto, implica concesiones recíprocas de bando y bando. Por ejemplo, la oposición deberá retirar a los diputados de Amazonas y el gobierno deberá aceptar algo que convenga a la oposición. O, dado el tiempo que ha durado esa situación irregular, acordar un proceso electoral para la renovación del parlamento, posibilidad que han empezado a asomar algunos voceros del gobierno, para 2020. Eso es solo un botón de muestra en una parte de la agenda que luce particularmente difícil.

JB: *¿Será una dificultad que tiene que ver con falta de voluntad de ambos bandos?*

JL: Puede ser, aunque te diré que, con las presiones que viene recibiendo por todos lados, Maduro es el más interesado en una distensión, que solo puede venir de un arduo proceso de negociación. En cuanto a falta de voluntad... que le pregunten a Zapatero quién le dio la patada a la mesa en Santo Domingo.

Pero quiero que nos fijemos en otro aspecto. Hay algo

asombroso en la situación política nacional: el tiempo de duración de dos procesos asociados con un estado de duplicidad de poderes. La contraposición entre la Asamblea Nacional y la Asamblea Nacional Constituyente lleva dos años que se sienten como dos lustros, como algo que viene de muy lejos. La conformación de un «poder ejecutivo» paralelo —es un decir— en competencia con la presidencia de Maduro va a cumplir pronto seis meses, que también nos parecen muy lejanos, como si el calendario se hubiera congelado. No conozco ningún lugar, al menos en el hemisferio occidental, donde haya sucedido algo así. No cualquier país aguanta algo así. Uno puede explicarlo por la necesidad, la terquedad, los «dos miedos», ya mencionados, el equilibrio geopolítico mundial que beneficia a tios y troyanos, el peso de los sectores extremistas en la oposición y en el gobierno... Todo eso puede estar jugando. Pero pienso que hay elementos como para formular una hipótesis incómoda: si la duplicidad de poderes dura tanto, es porque resulta beneficiosa para unos y otros; alguien sale ganando con todo eso. Dicho con más precisión: la partidocracia obtiene buenos réditos de esta situación.

La doble duplicidad de poderes que afrontamos los venezolanos es una especie de flor del mal, en medio del humus venenoso de la polarización, ese caldo de cultivo, que posibilita extremos tan inefables. Con la duplicidad 1 (AN vs. ANC) gana el chavismo, porque mantiene neutralizado a un grupo parlamentario opositor debilitado y corroído por divisiones, que tienen alguna que otra ambición como basamento y cuenta con un soporte de cariz legislativo con amplios poderes, como la Constituyente. Para como estaba en diciembre de 2015 y enero de 2016, con esa jugada, el chavismo ha salido notoriamente reconstituido. Pero esa válvula de escape le ha permitido a la partidocracia de signo opositor mantenerse en la palestra

política. Una verdadera dictadura la habría aniquilado desde el principio; pero lo que realmente vemos es que hay un régimen de partidocracia plural a la que le conviene una inercia, en la que de vez en cuando se puede tramar de todo, incluyendo algún que otro golpe de Estado, sin los dramatismos de otros países, otras realidades políticas.

Con la duplicidad 2, tenemos un país real gobernado por Maduro y un movimiento bastante desestructurado, cuyo centro es un poder virtual, una especie de gobierno de maletín —como algunas empresas— a cargo de Guaidó. ¿Por qué se mantiene esa farsa por tanto tiempo? ¿Será por la prudencia táctica del gobierno, consciente de que anular fácticamente al simulador equivale a desatar la furia de Trump y sus halcones, que estarían esperando justamente un pretexto como ese? Puede tratarse de eso, pero habría otras situaciones probables que sería prolijo analizar aquí. Lo que quiero destacar aquí es que, miremos a donde miremos, no se le escapa al ojo suspicaz la presunción de que todo eso está así porque resulta ventajoso para la partidocracia sumida en la polarización. El chavismo sobrelleva bastante bien su estado de víctima de las fuerzas más poderosas del mundo y se las arregla para mantener una fuerte conexión con un sector bastante amplio de la población. Por el lado de la oposición, la era iniciada el 23 de enero del 19 transcurre como la oportunidad para la entronización histórica de toda una generación de jóvenes peones del hegemonismo norteamericano, integrados en Voluntad Popular y Primero Justicia, sobre todo. De ahí tantos embajadores y jueces y funcionarios de paja (si aparece por ahí algún carcamal de la paleopolítica, es porque tiene alguna habilidad aprovechable), pero bien munidos de dólares que el Tío Sam les facilita, echando mano de los fondos confiscados a Venezuela, en nombre de la libertad. Esta gente, encabezada por Leopoldo López, Julio Borges y muy pocos más, ha desplazado a la vieja

guardia opositora y ha tenido la extraña fortuna de asumir una conducción virtual del país que, sin embargo, le reditúa—según muchos indicios—pingües ganancias reales, materiales. Para eso están Citgo y una cantidad enorme de recursos públicos rapiñados por Estados Unidos y sus aliados. Así que en Venezuela estamos fregados por una situación por demás insólita: un gobierno real disminuido por las presiones internas y externas, así como por sus propias limitaciones y un gobierno de juguete, que sin embargo es la ocasión de la realización política de una supuesta generación de relevo, confeccionada como tal por diversas agencias norteamericanas. Vale la pena negociar con Maduro, para que esa gente siga solazándose con ese juguetito y si alguna peripecia, algún golpe de la fortuna, ayuda a que se hagan con el poder fáctico algún día, tanto mejor.

JB: *¿O sea que todo puede estar siendo un juego perverso?*

JL: Yo no lo reduciría a eso. Conozco personas e instancias de la política venezolana que se mueven con honestidad y espíritu idealista. Pero la partidocracia es feroz y tiene copado, sobre todo, el espacio de la oposición; mientras que el gobierno se parapeta más tras el blindaje del historicismo, de la realización de un supuesto plan de la Historia. Si me detengo en esos aspectos es porque encuadran las decisiones y los actos que la ciudadanía necesita con urgencia.

Urge que la oposición acepte hacer política, abandone el «atajismo» inmediatista, conspirativo, reconozca el orden político estatuido conforme con una constitución avalada por la voluntad general y deje gobernar al gobierno. Si los programas socializantes son tan absurdos, impracticables y perniciosos ¿por qué tanto afán por aniquilarlos, tanto en los tiempos de la Guerra Fría como ahora? En muchas partes del mundo, la gente está harta de esa polarización transhistórica cuyas consecuencias antidemocráticas son tan

evidentes. Basta de anti-política destructiva y bienvenida la política para la justicia y la buena vida. Por supuesto, también son perentorios los correctivos que debe emprender el gobierno y sobre los cuales hemos hablado con puntualidad en el momento de hablar de las autocríticas impostergables. Basta de que se nos impongan modelos supuestamente legitimados por el sentido inexorable de la Historia.

JB: *Pero ese es un planteamiento demasiado abstracto.*

JL: Lo que pasa es que una negociación puede contemplar puntos estructurales y aspectos coyunturales y aun puntuales. Los que acabamos de señalar nos remiten a los basamentos de la política nacional, pero eso no niega que haya urgencias más precisas.

En un plano más específico, se debería avanzar en un pacto que sustente dos treguas o una tregua doble: una en el terreno económico y otra en el plano bélico.

La tregua económica vendría a ser un alto en la guerra económica que innegablemente vive el país. Tampoco se puede negar el peso específico de muchos errores de la política económica del gobierno, pero está muy lejos de emparejarse al daño que nos causan las múltiples trapacerías de la iniciativa privada, que ya hemos señalado en su momento. Eso debe parar, como resultado de un pacto que se sustente en una verdadera voluntad de ayudar a superar la situación y de favorecer a la gente y al país. Un pacto practicable y que de veras cumplan de buena fe las partes, sin que ello niegue el acuerdo sobre algunos medios de control de la aplicación de lo acordado.

El otro componente de la tregua económica es el de la suspensión inmediata e incondicional de las sanciones económicas aprobadas por Estados Unidos y países aliados, que nos afectan a los venezolanos. Sabemos que algunas

«órdenes ejecutivas» unilaterales e injerencistas de instancias del gobierno norteamericano procuran perjudicar personalmente a la dirigencia chavista, de Maduro para abajo. Eso es parte de un juego político inaceptable desde los principios democráticos que uno profesa, pero con algún sentido en la lógica de beligerancia y hegemonismo de la potencia del Norte. Lo que no tiene el más mínimo sustento ético ni político es hacer sufrir a la gente, en función de la táctica perversa consistente en presionar a la base popular, para que esta a su vez presione a un gobierno que, según quienes ya sabemos, no debe existir. Esto es un vulgar crimen que puede dar pie a un auténtico genocidio.

No han faltado plumíferos y picateclas en las redes que se han esmerado en insultar nuestra inteligencia, luego de lacerar nuestros bolsillos, nuestros cuerpos y nuestras mentes, diciendo que las sanciones gringas solo dañarán a los jefes civiles y militares de la estructura chavista. Los apólogos de la oposición que plantean esto contravienen su propio discurso. ¿No son ellos quienes exacerban las limitaciones del aparato productivo del país, propagando la falsedad de que «aquí no se produce nada» de lo que consumimos? Si debemos creerles, eso supone –la otra parte de la media verdad o mentira completa– que debemos importar todo. ¿Y con qué dinero se importa lo que no producimos? ¿No es, básicamente, con los petrodólares de PDVSA o con el oro del Arco Minero? ¿Acaso nuestros empresarios, por su cuenta, van a decidir salvarnos del estado de sitio, sobre todo ahora que escasean las divisas necesarias para hacerlo y a las que parasitariamente han accedido durante décadas? Entonces, es obvio que, cuando las «órdenes ejecutivas» de Trump y sus allegados bloquean las cuentas de PDVSA y otros fondos, con el fin de traernos la democracia y el bienestar, el gobierno no va a poder surtir al mercado de los productos necesarios. Porque, además, también

la iniciativa privada queda muy limitada para hacer negocios que impliquen el uso de la moneda nacional norteamericana, que es el dólar. Se trata, pues, de sanciones hambreadoras, directamente destinadas a golpear y disminuir la calidad de vida de la ciudadanía, con el propósito avieso de incitar a la gente a colgar chavistas en los postes y derrumbar al gobierno de Maduro, de preferencia con la intervención golpista de la FANB. Cuando escasea la gasolina, porque las empresas que manejan los buques que nos la traen se niegan a permitir que atraquen en puertos venezolanos, porque reciben la presión amenazante de gente como Bolton ¿dirá alguien en sus cabales que las sanciones no afectan a la ciudadanía? Y cuando esas mismas sanciones impiden el acceso a los elementos necesarios para refinar aquí mismo el petróleo ¿también van a decirnos que las sanciones solo están dirigidas a la jefatura chavista? Mira: por desgracia, yo no necesito muchos argumentos para concluir que las sanciones gringas son la peor receta antipopular: me lo indica a cada rato la dura realidad. No puedo enviar dinero, desde México, a mi familia, amigos y allegados, por medio de empresas convencionales de transferencias monetarias internacionales. Ellos mismos te dicen que se debe a las decisiones del gobierno norteamericano. Tampoco puedo enviar medicinas, sin sortear montones de problemas y condiciones absurdas, que las empresas mismas toman por su cuenta y sin control, estimuladas por la situación de «río revuelto» que generan las sanciones de marras. En fin: lograr un acuerdo en este nivel es prioritario. No voy a aducir nada más en torno al discurso en pro de las sanciones que, por lo general, procede de gente que vive fuera del país o está conectada a la dinámica del dólar paralelo. Ellos no sufren lo que padece la gente común aquí y su indolencia obcecada resulta ofensiva para la mayoría.

JB: *Pero tú hablabas de un pacto en el terreno bélico.*

JL: Sí, también urge un acuerdo dirigido a quitarle hierro a

las batallas discursivas —en las que son muy duchos tirios y troyanos—, pero en consonancia con un «alto al fuego» en la guerra no convencional que se viene dando en el país. Debe cesar la guerra económica, como hemos visto, pero también la psicológica y la mediática. Esto exigirá un fuerte sustento de elementos procedentes de la ética, para sanear los medios de comunicación, superar el recurso a la calumnia y la contumelia gratuitas, los rumores aterradorizantes, las descalificaciones, la negación del otro, la desinformación, las incitaciones al odio, la rabia y la desesperación y otros estados perjudiciales para nuestras almas... En general, debe acordarse lo necesario para neutralizar todo intento para sembrar el caos económico y social, por efecto de cualquiera de las vertientes de la guerra no convencional. En esto es de capital importancia el papel de la FANB, el sistema de defensa nacional y de seguridad interior que, hoy por hoy, ha permitido sortear toda tendencia al desorden sin límite ni control posible y, con ello, ha garantizado una paz estimable. Sé que esto que voy a decir irritará algunos oídos, pero es justo reconocer que, sin la cohesión interna que ostende la FANB y sin la sensatez con que ha actuado hasta ahora, en tantas situaciones difíciles, el caos en este país sería mayúsculo. Uno se sorprende cuando constata cómo Venezuela, a pesar de tantas adversidades y factores en sentido contrario, no padece situaciones de descontrol y de ausencia de Estado, como las que se registran en zonas muy amplias de la geografía de Colombia y de México, por ejemplo. Ojalá los acuerdos a que se llegue contemplen mecanismos para que esta contribución de la FANB a la cohesión social interna y a la integridad nacional sea duradera y sobreviva a los ritmos de otras vertientes de la dinámica política y social del país.

Pero, claro, a estas alturas del partido el aspecto bélico más grave en nuestra existencia como país es la incitación a la guerra pura y dura, tanto a instancias de una intervención

extranjera como por obra de una exacerbación de la polarización, que derive en una confrontación civil armada. No hace falta argumentar mucho en favor de este propósito urgente. La crisis de civilidad no puede llegar a topes más altos que cuando algunos caen en la enajenación, en el extrañamiento ante lo propio, para abrazar lo ajeno, incluso cuando se le impone por la fuerza. Lamentablemente, hay muchos conciudadanos/as que sienten una fascinación por el *american way of life*. Parece que es un fenómeno de larga data en la historia: los bárbaros estaban subyugados con Roma; tanto que se la apropiaron hasta su destrucción y se convirtieron de dominados en dominadores. Lo único «raro» ahora es que no se puede comparar la civilización de talante humanizador que quiso ser Roma y que logró ser al menos parcialmente, con la ramplona oferta puramente materialista, que puede brindar Estado Unidos como potencia económica y militar (no espiritual, no de trascendencia humanista). En fin: que se aplaquen los vientos de guerra, que se le abran cauces a la fuerza de la palabra, que despierten los oídos adormilados por el ruido de los sables y la guerra psicológica y que se haga lo necesario para una paz cimentada en el respeto al adversario, en el sentido crítico ante las creencias ajenas y propias, en la buena voluntad de la mayoría de quienes compartimos país y mundo. Ahí es donde cabe impulsar un acuerdo que asuma como guía de pensamiento y actuación el principio *primum nihil nocere* (ante todo, no dañar nada), que a su vez supone poner en primer plano a la gente. Es cuestión de rechazar toda iniciativa política, económica, ecológica, geopolítica y del orden que sea, que no ponga en primer plano el interés de la gente, a la que siempre se debe procurar no dañar, lo mismo que al país y a todo lo valioso para nuestras vidas.

JB: *¿Y qué se plantearía en el ámbito político?*

JL: No es difícil imaginar que este es el aspecto de mayor

urgencia para la oposición. Es lógico, porque está apostando desde siempre a la salida forzada de Maduro —como antes sucedió con Chávez— y cifra en ello una recomposición de la actual estructura política, por medio de un adelanto apremiante de las elecciones presidenciales. Ya te expuse mis opiniones sobre esta posibilidad, cuando hablábamos de la ley de acción-reacción y de la necesidad de cancelar esa dinámica, por medio del respeto escrupuloso a la Constitución. La oposición tiene todo el derecho de objetar el gobierno de Maduro y la Constitución le ofrece un procedimiento: el referendo revocatorio. Adelante: que le eche pichón. Y todos a acatar lo que resulte.

Claro ahí hay un asunto de la mayor importancia: el reclamo por una reconfiguración del Consejo Nacional Electoral. También hemos hablado sobre el déficit de democracia en el país y sus manifestaciones en la dinámica electoral. No voy a repetirme. Lo que sí puedo agregar, aprovechando la ocasión, es que no veo a nadie —en especial a ideólogos de la oposición— sustentando sus reivindicaciones acerca de unas «elecciones creíbles», en la procura de lo que para mí es vital: la imparcialidad en las decisiones y actuaciones del CNE. Eso es lo que hay que garantizar, eso es lo que hay que reforzar, en un contexto de déficit de democracia que afecta a todos, no a un solo bando. Además, a una mayor imparcialidad del organismo electoral le debe corresponder una mejoría sensible en los muy bajos niveles de honestidad de los agentes políticos. También aquí el juego es de dos. Y todo eso no pasa necesariamente por un rediseño de una estructura electoral que canalizó la aplastante victoria electoral que llevó a Juan Guaidó al parlamento, con lo que ha sacado alas —debidamente tutelado y financiado por Estados Unidos— para montar su gobierno de maletín y de juguete. En aquella ocasión (diciembre de 2015), el CNE, con la misma presidenta de ahora, sí era digna de crédito. La

estigmatización sistemática del CNE está en la base de una de las falacias que le ha hecho más daño a la oposición: la de la supuesta justificación de una política abstencionista, que le facilita las cosas al gobierno. No soy el primero ni el único en señalarlo. Más que medidas exterioristas, lo mejor es que se empeñen los políticos —y, en realidad, todos— por actuar realmente con el espíritu de civilidad que implica ser siempre imparcial, en el CNE y donde sea.

Ahora, una decisión que, a mi entender, sería muy efectiva en la ruta a la negociación política que nos abra las puertas de la paz y la conciliación nacional sería una amplia amnistía política; un borrón y cuenta nueva en favor de todos los conciudadanos opositores a los que no se les haya imputado delitos de sangre o actos extremadamente destructivos. El gobierno debe dar una lección de humanidad en ese terreno y debe hacerlo con urgencia. No se vale acudir, por ejemplo, como hacen ciertos dirigentes chavistas, a referencias como los dichos de Simón Bolívar, en situaciones de confrontación dura y persistente, acerca de las consecuencias del perdón a determinados enemigos y adversarios. Además, no se trata de perdón, sino de un olvido sano para todos.

JB: *Y eso ¿no conecta con el tema de los derechos humanos? El prestigio del gobierno está bastante debilitado en este rubro.*

JL: Este es un punto espinoso y hasta escabroso que no me habría gustado tocar, no porque no sea importante ni muchos menos, sino porque inmediatamente genera divisiones y fricciones. Procuraré hablar con la máxima prudencia, sin el menor viso de irresponsabilidad, frivolidad o indolencia, a sabiendas de que aun así heriré más de una sensibilidad. Con todo respeto: no pondré las manos en el fuego por el gobierno, pero tampoco encuentro elementos para comulgar con el discurso de la oposición sobre las reacciones represivas del gobierno. A muchos políticos les importan

un bledo los derechos fundamentales de la gente —todos los derechos son humanos, pero hay unos que son primordiales; por eso, evito el redundante término «derechos humanos»—, pero son muy hábiles para armar relatos que conviertan el asunto en parte sustantiva de la propaganda y de la guerra política en el plano dialéctico y retórico. Es innegable que funcionarios del gobierno han cometido crímenes y atropellos contra opositores activos y gente inocente. Pero eso, por sí solo, no inculpa al gobierno como tal. Los torturadores afloran en todos los cuerpos represivos y de seguridad del mundo, tanto en los que recurren a la tortura por sistema y con supuestas justificaciones legales —como es el caso de los norteamericanos— como en los que se comprometen con sinceridad con los derechos primordiales. Aquí el punto crucial es sí, para el gobierno de Maduro, la tortura es una política de Estado. No he dado con elementos que me permitan concluir que ese sea el caso. Se tiene noticia cierta —no simples supuestos y rumores— de que el gobierno ha reconocido casos de violaciones de los derechos fundamentales y de grandes atropellos perpetrados por policías y guardias nacionales, a la par de que ha tramitado los procesos judiciales correspondientes y los infractores han sido condenados a sentencias severas conformes a derecho. Sería injusto no reconocer esto. Eso no lo hace un gobierno dictatorial de verdad y me consta que no lo hacían los de la IV República. El gobierno debe ser cuidadoso en extremo, a la hora de seleccionar el personal de los organismos de seguridad y debe elevar a las más altas cotas los cuidados y escrúpulos en el trato hacia las personas que detiene. Debe tomarse muy en serio el respeto supremo por la dignidad de todo ser humano; lo que, en los hechos, significa escuchar con apertura de criterio las observaciones y recomendaciones de los organismos internacionales especializados en este rubro, evaluar regularmente a los/las policías, guardias

y demás agentes y depurar con la frecuencia necesaria las estructuras en las que operan.

JB: *Entiendo tu planteamiento como una propuesta que vaya más allá de las negociaciones desde arriba. Estoy de acuerdo, pero ¿cómo se logra?*

JL: Limitar el diálogo y la negociación al nivel de los cogollos sería un triunfo más de la partidocracia. Hay que ir hacia las raíces, hacia la base comunitaria del país.

Todo lo que hemos estado viendo sobre la propuesta de un gran acuerdo nacional debería formar parte del establecimiento de las bases de un diálogo permanente, entre todos los agentes políticos del país. Que el diálogo y la negociación, siempre transparentes y de cara a la comunidad, sean los procedimientos normales, no algo excepcional. Y más todavía: uno esperaría que un proceso como el que está empezando a rodar, en Noruega, desembocara a mediano plazo en un nuevo pacto social, más allá de los factores políticos. Lo que está en juego, como decíamos en su momento, es la recomposición comunitaria del país, no solo la atención a problemas económicos y políticos urgentes—cuya importancia, claro está, es innegable—. Estoy pensando en un gran antídoto contra la polarización, la división, la segregación, o sea, en las condiciones para un diálogo de base, popular, intersectorial e interclases, de carácter permanente. Es decir: abrir las posibilidades de que, desde la dinámica comunitaria regular y cotidiana, nos dediquemos todos a recomponer el país; desde los sindicatos, las comunas, las organizaciones campesinas, las ONG de trayectoria limpia—porque ya conocemos algunas que están al servicio de intereses inconfesables—, junto con las instancias de representación de cualquier sector de la sociedad, sean de un bando político o de otro, de modo tal que puedan encontrarse, dirimir sus diferencias, reforzar sus coincidencias, como pasos de avance hacia un proyecto común a escala nacional.

Siempre en el encuadre de la democracia multimodal y de la estructura social-capitalista que hemos planteado, ayudaría mucho a avanzar por el camino de la recomposición comunitaria, por ejemplo, la elaboración de planes comunes, planes concertados de rescate de los aspectos más deteriorados de la economía y de la sociedad: infraestructuras de todo tipo, mercados, mecanismos de relación financiera etc., pero desde la propia base. También la conformación de redes locales y nacionales de solidaridad y cooperación mutua; también de trabajo vecinal, como pintar los edificios entre todos, limpiar las calles del barrio... Las instancias oficiales deberían ponerse al servicio de esto, más allá de seguir repartiendo cajas o bolsas CLAP y bonos, que siempre serán bienvenidas para los más necesitados. Recuerdo que Platón, en *Leyes*, propone la realización regular de grandes banquetes populares, para reforzar los lazos comunitarios. Sería muy positivo hacerlo aquí, por barrios, sin excluir a nadie y muy lejos de todo lo que huelga a demagogia o clientelismo. También sería muy bueno poner en marcha proyectos culturales, con propósitos más profundos que el entretenimiento y la erudición. La gran tragedia griega, por ejemplo, cumplía un papel de suma importancia en la cohesión de la comunidad, que es algo que los políticos de ahora ignoran y desdeñan.

JB: *Pero eso de los banquetes ya sucedió aquí, de alguna manera, con el apagón.*

JL: Sí: me tocó presenciarlo, sobre todo, en el Gran Apagón del 7 de marzo. O sea que, más a favor de lo que estoy diciendo. Por cierto: toda aquella convivencia de la gente —niños en pandillas ajenos a toda angustia, madres fuera de sus apartamentos afrontando la situación con aplomo e ironía, adolescentes inventando y practicando toda clase de juegos y caimaneras, los hombres encargándose de las parrillas, todo el mundo conversando, discutiendo, haciendo chistes...— desapareció el

mismo día en que regresó la luz. Ahí volvieron todos/as al celular, al ensimismamiento, a la incomunicación real en medio de la máxima comunicación virtual.

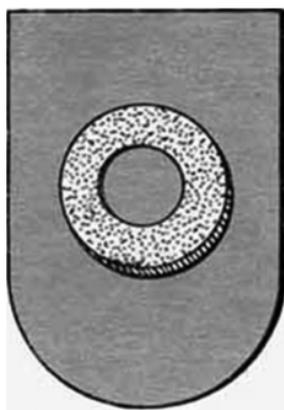
En fin: que hay que echar mano de todo aquello que contribuya a superar todo lo que nos separa y a encontrarnos en el camino de la concertación, del acuerdo, de las coincidencias que permitan sustentar un proyecto común de nación. Todos/as los/las venezolanos/as, como personas, como miembros de un sector social, como practicantes de un oficio o profesión, como fieles de una u otra religión, como miembros de nuestras respectivas familias, como miembros de una ciudadanía, como partícipes de una identidad nacional, como integrantes de un sector o estrato social, como partidarios de esta a aquella ideología, como militantes o simpatizantes de equis partido o movimiento o como independientes en asuntos de política... todos/as debemos sentirnos partes de una unidad comunitaria nacional, como resultado de la conjunción de quienes somos irremediablemente diferentes. Incluso, si vamos a pelear entre nosotros, que sea dentro la comunidad nacional, desechando injerencias externas y todo lo que desestructure la comunidad. La base espiritual de eso tiene un nombre: concordia: el encuentro de los corazones.

JB: *Suena bien el planteamiento, pero se necesita bastante tiempo para concretar esos objetivos. ¿Qué pasos habría que dar a corto plazo, en lo inmediato?*

JL: Hay un aspecto que me ha llamado la atención, a lo largo de todos estos años, que es el hecho de que la polarización impulsada por la partidocracia —a veces, incluso, como estrategia calculada— no ha sido respondida por la comunidad, por medio del impulso de una opción distinta a los dos grandes agentes políticos polares; no ha sido afrontada con la conformación de una tercera opción. Venezuela tiene mentes muy lúcidas, muy sensibles, con un gran conocimiento de la historia política

del país y con una gran experiencia y que, sin embargo, han tolerado y se han dejado absorber por la polarización. Ese ha sido un gran triunfo de la polarización: hacer que la gente con creatividad y sentido crítico se consuma en la confrontación polar, sin inventar una propuesta y una fuerza política alternas. Pienso que urge echar a andar un movimiento social-comunitario amplio que, en una primera etapa, actúe como fuerza de contención ante la partidocracia polar. Si la mayoría, fuera de los dos polos contrapuestos, está en contra de lo que estos hacen y deshacen en el terreno económico, social y político, habría que esperar el surgimiento de un movimiento alternativo destinado a frenar abusos, canalizar reclamos perentorios (por ejemplo, contra las sanciones «matonas» de Estados Unidos), contener prácticas perjudiciales (por ejemplo, gestionar a la intervención militar extranjera o mantener una política oficial de comunicación sectaria), sin el ánimo de concordar con ninguna de las agendas en marcha desde hace años. ¿Cómo es posible que haya tanta gente inconforme con lo que pasa, por obra de la guerra polar, y no insurja un factor político distinguible de la partidocracia establecida?

La conciencia política, el sentido de civilidad, no nos permiten conformarnos con la pobre condición del «niní». Si a partir de una estrategia de contención de los polos, la gente en un movimiento así empieza a hacer gimnasia política y va adquiriendo callo político y va articulando un proyecto específico, podrá pensarse en la organización de una fuerza política diferenciada, algo como una «tercera vía» que deje atrás la polarización y anule la partidocracia existente. Esto último me parece todavía una meta lejana. Por el momento, me conformaría con la aparición de un grupo y un movimiento de contención y defensa frente a la anti-política polar. A fin de cuentas, estoy convencido de que *hay vida más allá de los polos*.



ÍNDICE

- vivir la filosofía, pensar la política venezolana / 11
- división social, polarización política / 13
- coincidentia oppositorum*: todos queremos un cambio / 14
 - el sentido del poder / 17
 - tiempo de política / 20
 - intereses de clase y anti-política / 33
 - rentismo, asistencialismo, evergetismo / 39
 - una economía híbrida / 42
 - el dogma del crecimiento económico / 45
 - del «socialismo real» al social-capitalismo / 47
 - autocrítica pareja / 50
- modernidad chucuta en un horizonte de hipermodernidad / 62
 - formas políticas y blindajes ideológicos / 69
 - la política como racionalización del odio / 75
 - un país híbrido / 80
- las tribulaciones de la ética en la economía y la política venezolanas / 85
 - ingobernabilidad económica / 90
- ni nuevo modelo de sociedad ni nuevo modelo de ser humano / 102
- más sobre la situación ética: la anomia / 110
 - déficit de democracia / 113
 - una democracia multimodal / 122
 - dos miedos que se enfrentan / 125
 - la crisis en el orden institucional / 126
 - los efectos de la falta de confianza / 133

conjugar ética personal con organización comunitaria /	140
negar las realidades, obstruir las convergencias /	143
en política, el meollo de todo está en la ética /	145
un suelo ético común /	155
ethos personal y ethos colectivo /	160
modelo flexible, estructuras dinámicas /	164
el poder público como «acompañante» de la economía y la comunidad /	173
otros pasos hacia «otra» venezuela /	180
un órgano especial para el manejo de la riqueza nacional /	187
la urgencia de un acuerdo nacional /	191



Hay vida más allá de los polos (conversación sobre otra Venezuela), se terminó de imprimir en Caracas, el mes de septiembre de 2019, en los talleres litográficos de Gráficas Lauki, C. A.. En su composición se utilizaron los tipos digitales Garamond de 8, 9, 10 y 12 puntos.

Josu Landa (Caracas, 1953) es filósofo, poeta, narrador y ensayista. Ejerce la docencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, desde hace 31 años. Su pensamiento filosófico gira en torno a la ética y la literatura. Ha publicado los ensayos *Para pensar la crítica de poesía en América Latina* (1997), *Poética* (2000), *De archivos muertos y parques humanos en el planeta de los nimios* (2002), *Aproximación al verso libre en español* (2005), *Nombrar lo que nombra* (2006), *Tanteos* (2009), *Canon City* (2010), *Éticas de crisis: cinismo, epicureísmo, estoicismo* (2012), *El método en Marx* (2013), *Ensayos* (2014), *Maquiavelo: las trampas del poder* (2014), *La idea de universidad de Justo Sierra* (2015), *De camino al ser* (2016), *La balada de Cioran y otras exhalaciones* (aforismos, 2017), *Platón y la poesía* (2017), *Teoría del canibal exquisito* (2019). En poesía: *Bajos Fondos* (1988), *Falasha* (1992), *Treno a la mujer que se fue con el tiempo* (1996), *La luz en el vano* (1996), *Estros* (2003), *Alisios* (2004), *Extinciones* (2012), *Mundo Neverí* (2018). En el campo de la narrativa, ha publicado las novelas *Zarandona* (2000) e *Y/0. Ensamble* (2004) y la colección de «fábulas distorsionadas» *Anafábulas* (2012). Tradujo al vasco los poemas extensos *Piedra de Sol*, de Octavio Paz y *Muerte sin fin*, de José Gorostiza. Ha recibido, entre otros, el Premio Carlos Pellicer de Poesía (México, 1997) y la Orden de Andrés Bello (Venezuela, 1997).

Julio Bolívar (Valencia, 1954). Poeta, ensayista y editor. Ha publicado, en poesía, *Catálogo* (1998), *Corazones de paso* (2012), Con otros autores aparece en la *Guía del promotor de la lectura* (1994), *Lectura y censura en la literatura para niños y jóvenes* (1995), *Desarrollo cultural y gestión en centros históricos* (2000), *Lo bello y lo útil de Lara* (2005). Aparece en las antologías *Imaginar la distancia* (1998), *El libro de Adrián* (2011). Premio Bienal de poesía “José Rosa Acosta 2016”, con el libro *Tocar la puerta*.